

Edurne Portela

No puedes quedarte aquí eternamente



Galaxia Gutenberg



© Asís G. Ayerbe

Edurne Portela

Doctora en Literaturas Hispánicas por la Universidad de North Carolina-Chapel Hill (Estados Unidos). Ha sido profesora titular de Literatura en Lehigh University (Pensilvania) hasta 2015. Como parte de su investigación académica publicó numerosos artículos y el ensayo *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women Writers*. En 2016 publicó en Galaxia Gutenberg *El eco de los disparos: Cultura y memoria de la violencia*, un ensayo que reivindica la cultura como herramienta para dirimir el pasado de violencia en Euskadi.

En septiembre de 2017 salió a la luz su primera novela, *Mejor la ausencia* (Galaxia Gutenberg), una indagación en la Euskadi posindustrial de los años ochenta que ha sido galardonada en 2018 con el Premio Libro del Año del Gremio de Librerías de Madrid. Publicó en 2019 su segunda novela, *Formas de estar lejos*, en 2021 *Los ojos cerrados* (ganadora del Premio Euskadi de Literatura) y en 2023 *Maddi y las fronteras*, todas en este mismo sello. Junto a José Ovejero ha realizado el documental *Vida y ficción* (2017) y escrito la novela *Una belleza terrible* (Galaxia Gutenberg, 2025), Premio Libro del Año del Gremio de Librerías de Madrid en la categoría de Novela. Colabora regularmente en los principales medios españoles.

Marie-Jeanne Echeverria fue una mujer vascofrancesa que, con apenas veinte años, entró a formar parte de la Resistencia contra la ocupación nazi de Francia. Detenida por la Gestapo en junio de 1944, fue deportada al campo de concentración de Ravensbrück. A Marie-Jeanne la reclutó para la Resistencia su prima y madrina María Josefa Sansberro, Maddi, sobre quien Edurne Portela escribió la novela *Maddi y las fronteras*, donde reconstruía la vida de esta mujer que pasó de hacer contrabando a salvar centenares de vidas en la frontera vasca entre Francia y España. Maddi y Marie-Jeanne compartieron su lucha en la Resistencia y, juntas, fueron detenidas y deportadas. La primera murió en los campos nazis; la segunda sobrevivió.

¿Sobrevivir? ¿Qué significa sobrevivir tras la experiencia de la deportación? ¿Se puede reconstruir una vida después? ¿Es posible hacerlo con ese recuerdo o no hay supervivencia sin olvido? ¿Qué memorias son transmisibles a las generaciones futuras?

En este nuevo libro, Edurne Portela investiga la vida de Marie-Jeanne, desde la resistencia a la deportación; desde el momento de la liberación a la vida que se abre paso después. Conoceremos a Angélique Bereau, la nieta de Marie-Jeanne, que nos regalará la memoria de su abuela y su relato mutilado. Viajaremos a los lugares de Marie-Jeanne, los de la alegría y el sufrimiento. Compartiremos las voces de otras supervivientes que consiguieron dejar constancia de su experiencia a través de sus testimonios. Nos plantearemos cómo se consigue seguir viviendo tras un trauma de dimensiones inasumibles y qué poso deja en quienes vienen después.

En estas páginas no hay ficción pero sí imaginación: aquella que busca completar el relato escurridizo y fragmentado del pasado para situarnos, aquí y ahora, ética y políticamente.

EDURNE PORTELA

No puedes quedarte aquí eternamente

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2026

© Edurne Portela, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88236-31-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Angélique Bereau, quien me regaló la memoria
de su abuela Marie-Jeanne Echeverria

Mi corazón ha perdido la tristeza
ha perdido la razón de luchar
la vida me ha sido devuelta
y aquí estoy ante la vida
como ante un vestido
que ya no puedo ponerme

CHARLOTTE DELBO,
La medida de nuestros días

Una historia que es la mía,
pero que no conozco

ANGÉLIQUE BEREAU

A ti, que entras en estas páginas

Me ocurre a menudo que termino de escribir un libro y persiste en mí la sensación de no haberlo cerrado del todo. Algunos libros nacen de otros. Me pasó con *El eco de los disparos* y *Mejor la ausencia,* ambos centrados en la «cuestión vasca»: el primero era un ensayo; el segundo, una novela. Dos formas de narrar diferentes y al mismo tiempo complementarias. Lo que tanteé en el ensayo y quedó ahí como experimento –una aproximación al lenguaje literario y las herramientas de la ficción para contar la violencia– tomó protagonismo absoluto en la escritura de la novela. Ahora hago el camino inverso: continúo el trabajo que comencé con la novela *Maddi y las fronteras* a través de esta narrativa de no ficción que estás a punto de comenzar.

Tengo la suerte de tener algunas lectoras y lectores fieles. Si eres una de ellas, te resultará familiar lo que cuento en esta breve introducción. Si no lo eres, bienvenida, bienvenido, a mi mundo. En marzo de 2023 publiqué *Maddi y las fronteras*, la historia de María Josefa Sansberro, alias Maddi, una mujer vasca que fue, entre otras muchas cosas, contrabandista y resistente contra el nazismo. Una mujer que, desde muy joven, rompió todos los moldes normativos de su sociedad: divorciada en 1928, regentó un hotel en Sara –Iparralde, Francia–, convivió con el dueño del hotel por muchos años sin estar casada mientras se dedicaba al contrabando primero y después, como miembro de la Resistencia, a coordinar varias redes de evasión de soldados aliados y de civiles perseguidos por el nazismo. Fue detenida por la Gestapo y deportada al campo de concentración de Ravensbrück; después de unos meses como trabajadora esclava, murió en Sachsenhausen en noviembre de 1944. La novela es una reconstrucción de su vida basada en los documentos que, con gran generosidad, me legaron

Izarraitz Villaluce y Joxemari Mitxelena, dos personas que, por pura curiosidad, habían rastreado sus huellas en la memoria de los miembros de su comunidad y en los archivos. Escribir *Maddi y las fronteras* fue una experiencia dolorosa y al mismo tiempo muy enriquecedora. Adopté la primera persona porque quería sumergirme con la mayor intensidad posible en la experiencia de Maddi. Aun reconociendo la incapacidad para rescatar su voz, su subjetividad y sus afectos, intenté pensar, sentir, ver, oír, tocar, oler e incluso hablar como yo imagino que hizo esa mujer de carne y hueso cuya memoria reivindiqué a través de la escritura.

Maddi compartió su vida con varias personas que aparecen en la novela: su amigo y después marido Louis Nicolas, con quien mantiene una curiosa relación; el niño Lucien Cyril, a quien adopta tras ocho años de su nacimiento; Joseph Barrenetche, su compañero de contrabando y *mugalari*, también miembro de la Resistencia, y, muy principalmente, su prima y ahijada Marie-Jeanne Echeverria.

Maddi tenía una relación muy estrecha con Marie-Jeanne, veintiséis años más joven que ella. Convivieron y trabajaron juntas en el hotel, Maddi la reclutó para la Resistencia, juntas fueron detenidas y deportadas. Marie-Jeanne sobrevivió a la deportación y vivió hasta 2007, fue el repositorio de una memoria que, en parte, había muerto con su prima.

Durante este tiempo no he conseguido olvidarme de Marie-Jeanne. Entre medias, escribí con José Ovejero la novela *Una belleza terrible*, un proyecto fascinante de investigación y escritura que me permitió dejar reposar a Marie-Jeanne y me dio nuevos bríos para volver al tema con otras herramientas y perspectivas. Ahora el tratamiento es diferente, no habrá ficción ni reconstrucción novelada; esta vez te invito a que me acompañes en un viaje cognitivo e interpretativo. Conoceremos a Angélique Bereau, la nieta de Marie-Jeanne, que nos regalará la memoria de su abuela, su relato mutilado de la deportación, anécdotas de la vida cotidiana, documentos y fotografías. Viajaremos a los lugares de Marie-Jeanne –los de la alegría y los del sufrimiento–, leeremos los documentos del archivo, reflexionaremos sobre cómo interpretarlos; también compartiré contigo las voces de otras mujeres supervivientes que consiguieron dejar constancia de su experiencia

a través de sus testimonios. Nos plantearemos cómo se consigue seguir viviendo, con qué herramientas y materiales se reconstruye una vida rota por la deportación, atravesada por un trauma de dimensiones inasumibles.

En estas páginas en las que ahora te adentras no hay ficción, pero sí imaginación: aquella que busca completar el relato escurridizo y fragmentado del pasado para situarnos, aquí y ahora, ética y políticamente.

¿Qué sentido tendría, si no, escribir sobre él?

I

Una historia que es la mía pero que no conozco

He tomado la fotografía sin suficiente esmero y cegada por la luz; no me he dado cuenta de que el reflejo impide ver bien el rostro de Marie-Jeanne. Angélique y yo estamos en una terraza en una calle sin tráfico de Donostia, un día de septiembre inusualmente cálido y húmedo. El termómetro sobrepasa los treinta grados, pero en esta calle peatonal los edificios nos protegen con su sombra y de vez en cuando sentimos una brisa fresca que levanta las fotografías y los papeles desplegados en la mesa: imágenes de su abuela Marie-Jeanne, algunas en el blanco y negro de los años treinta, otras en los tonos ocres y marrones de los setenta, un par de retratos de su tío Lucien, otros de su abuelo Jean-Léon; fotografías de grupo en alguna conmemoración, fotografías con «hermanas de campo». Los rostros se mezclan con documentos ajados que certifican la deportación de Marie-Jeanne Echeverria. La mayoría de ellos ya los conozco, pero me interesa escuchar cómo Angélique recuerda a su abuela hablar de lo que estos viejos papeles testifican, aunque soy consciente de que algunos eventos se quedaron sin nombrar, permanecieron como líneas escuetas en un papel, una información inarticulada, desnuda, no elaborada; una palabra suelta –«Pertrix», por ejemplo– que salpica un documento casi vacío de texto.

En la mesa de al lado hay dos chicas y un chico trabajando con sus ordenadores, hablando tan alto que, cuando horas después transcribo la entrevista, me entero de detalles sobre sus vidas que no tendría por qué saber. En el momento no soy consciente de lo disruptivas que serán sus voces en el audio, tampoco de que la imagen de Marie-Jeanne en esta fotografía que ahora examino mostrará un extraño reflejo, una luz

fantasmagórica; solo al llegar a casa y pasar la imagen al ordenador de mesa me doy cuenta de que no distingo bien los rasgos de Marie-Jeanne, desdibujados por una especie de neblina.

Una voz que a veces resulta difícil descifrar, una imagen borrosa.

Me parecen metáforas que podría usar para el inicio de este libro, pero las desestimo por fáciles y manidas.

La fotografía está fechada en mayo de 1974. Cuatro mujeres encadenadas del bracete sonríen felices a la cámara: risueñas, simpáticas, bellas. Tienen más o menos mi edad –Marie-Jeanne cumplirá 53 años en unos meses–, pero parecen mucho mayores. Me digo que es cosa de la época y recuerdo las fotografías de mi abuela por aquellos mismos años en las que también parece una anciana, a pesar de que viviría al menos tres décadas más. También me digo que el sufrimiento envejece. Y estas señoras sufrieron mucho.

Me llama la atención la vestimenta dispar entre las mujeres del grupo. La del extremo izquierdo lleva un vestido sin mangas que deja sus brazos descubiertos, mientras que Marie-Jeanne, la última a la derecha, se ha abrochado el abrigo hasta el cuello. Las otras dos mujeres también lucen vestidos más bien veraniegos. Algunas supervivientes de campos de concentración escribieron que nunca consiguieron quitarse el frío del cuerpo. En *La medida de nuestros días*, de Charlotte Delbo, su amiga Gaby, también superviviente de Auschwitz y Ravensbrück, cuenta que es incapaz de salir de casa. Los motivos serían muchos y todos tendrían que ver con el trauma de la deportación, pero ella señala uno: «No salgo porque tengo frío» (130). Me hago una nota mental para preguntarle a Angélique si su abuela era friolera.

Volvamos al calor de ese día bochornoso de septiembre, cuando contemplo la fotografía del grupo de mujeres con Angélique; según ella, son compañeras de Ravensbrück de Marie-Jeanne, pero no sabe sus nombres. Tal vez una sea Félicie, su hermana de campo, me dice, pero no se atreve a afirmarlo. No la reconoce en ninguna de ellas, la recuerda ya como una anciana. La breve nota en el reverso, dedicada a Marie-Jeanne en recuerdo de la visita, está firmada por «Solange, tu amiga de miseria»; no

escribe los otros nombres, está claro que no hace falta porque se conocen de sobra.

La fotografía anuncia algunos de los temas que se van a entretejer a lo largo de este libro: la amistad y los vínculos indivisibles que se forjan en la excepción concentracionaria; la continuidad de la experiencia de la deportación después del regreso; la memoria traumática compartida y su relación entre lo personal e íntimo y lo público, la Historia y la conmemoración; el valor de los objetos heredados –fotografías, adornos domésticos, un rosario, una carta– como transmisores de memoria; la mirada de la nieta, el relato que busca completar el puzle de la mujer resistente y deportada, la mujer superviviente que también fue su abuela. Durante nuestras conversaciones se hace evidente que habrá aspectos de la vida de Marie-Jeanne que solo podremos vislumbrar, nunca saber con certeza. Si toda vida alberga una zona oscura y secreta, inaccesible a los otros, mucho más lo hará una vida atravesada por la experiencia radical de la deportación.

La primera vez que entrevisto a Angélique sobre su abuela es en enero de 2025. Llego a Biarritz desde San Bartolomé de Tormes, la pequeña aldea de la Sierra de Gredos donde vivimos durante cinco años y de la que nos mudaríamos un par de meses después de aquella entrevista. Charlamos durante varias horas en un café y después nos desplazamos a las afueras para ver la casa en la que vivió Marie-Jeanne durante muchos años. Es una casita coqueta y alegre pintada de blanco y azul, con un pequeño jardín a su alrededor, en un barrio tranquilo. Angélique la solía visitar allí, donde a veces se encontraba también con su tío Lucien. Por unos breves segundos intento imaginar a Marie-Jeanne en el umbral de la casa, recibiendo a Lucien, el hijo de Maddi. Los veo todavía jóvenes, de momento no he conseguido desprenderme de cómo los imaginé en mi novela *Maddi y las fronteras*: él, desde que nace hasta los doce años; ella, como adolescente y hasta los veintiuno. Tal vez por eso no puedo evitar que Maddi aparezca por ahí. Siento una oleada de tristeza al apartar a Maddi de esta escena. Lo siento, querida, pero aquí solo eres recuerdo y, sobre todo, ausencia. Lucien y Marie-Jeanne nunca hablaron de ella en presencia de Angélique.

Desde esa primera entrevista con Angélique hasta la segunda pasan ocho meses en los que varias tempestades han sacudido nuestras vidas: enfermedades, rupturas, mudanzas. En más de una ocasión me pregunto si conseguiré levantar este proyecto. No quiero perturbar a Angélique, que está pasando por un momento difícil; los archivos no ofrecen información nueva, hemos agotado todas las vías; no sé si mis reflexiones aportan algo suficientemente significativo como para publicarse. A pesar de mis dudas, siento la necesidad de seguir avanzando, de cerrar el ciclo que comencé con la escritura de *Maddi y las fronteras*. Tengo la sensación de que esa necesidad se hace más fuerte después de mudarnos, como si el nuevo espacio que habito, más cercano al territorio de estas mujeres que ya forman parte de mí, me diera nuevo aliento para continuar.

Desde un camino rural cercano a mi nueva casa puedo divisar, si el día está muy despejado, la costa vasca oriental y el grandioso pico del monte Larrún; ahora vivo a unos cien kilómetros de Sara, el territorio de Marie-Jeanne Echeverria y de su prima y madrina María Josefa Sansberro, alias Maddi. Las circunstancias pusieron a estas dos mujeres en el centro de la tormenta de la Historia y ellas decidieron cabalgarla: juntas participaron en la Resistencia, fueron delatadas a la Gestapo, encarceladas y después deportadas a Ravensbrück. Todo esto lo investigué y escribí en *Maddi y las fronteras*, donde perdemos la pista de Marie-Jeanne cuando, poco después de la llegada al campo de concentración, la separan de su prima. Como la novela está narrada en primera persona desde la perspectiva de Maddi y como ella nunca supo qué fue de su querida ahijada, tampoco lo sabrá quien lea la novela. En el epílogo sí desvelo que Marie-Jeanne sobrevive, que pudo rehacer su vida, que tuvo una hija y que su nieta, Angélique Bereau, nos había cedido la fotografía en la que Maddi y Marie-Jeanne –y un perro blanco muy simpático– sonríen felices a la cámara antes de la tragedia. La mitad de esa fotografía protagoniza la cubierta de *Maddi y las fronteras*; la otra te mira desde la cubierta del libro que ahora tienes en tus manos. Dos vidas compartidas y separadas por la deportación: Maddi muere, Marie-Jeanne sobrevive.

Marie-Jeanne Echeverria sobrevive, sí. Pero ¿qué significa esto?

Para responder a esta pregunta cierro la caja de herramientas de la ficción y me mantengo apegada a fuentes del saber que exigen otros tipos de pensamiento y de escritura: la historia y la memoria, el archivo y la voz del relato heredado, la documentación visual y la memoria material de los objetos. Estos serán mis instrumentos de trabajo. Y también lo serán los silencios y las ausencias. Libros, imágenes, voces y objetos se entremezclan con todo lo que quedó no dicho, con el silencio traumático que aparece en la historia como síntoma, como fantasma. Una forma de vacío que no lo es, como si el pasado de las deportadas anónimas, de aquellas que no escribieron y apenas contaron sus vivencias, estuviera cubierto por un tejido denso y oscuro en el que de vez en cuando vemos un hilillo suelto; si tiramos de él, provocamos un breve jirón por el que podemos vislumbrar una escena, un fogonazo de vida. Deshilvanar el silencio, desenmarañar lo opaco para hilvanarlo de nuevo con la memoria material e inmaterial, con lo estudiado y lo ya dicho, con las voces de unas y de tantas otras: así intento conformar una historia que es y no es la de Marie-Jeanne Echeverria. Interpreto su rastro a partir de otros conocimientos y otras voces que nos dejaron las supervivientes de los campos de concentración y de exterminio nazis; escribo este libro para expandir y continuar el trabajo de recuperación de vidas negadas por la historia, para entender y reflexionar sobre la importancia de estas vidas en las nuestras. Las mimbres de este libro –lecturas, documentos de archivo, entrevistas a Angélique Bereau, viajes a la topografía del horror que habitó Marie-Jeanne, también a sus lugares queridos– se entretejen para construir un relato individual y colectivo. Lo que he descubierto de Marie-Jeanne es no tanto la materia para contar una crónica más o menos precisa de su vida, sino la entrada a una reflexión más amplia sobre la exclusión de las mujeres como ella –anónima, de clase trabajadora– de la narración histórica; la transmisión de memoria una vez que los testigos principales de la experiencia han desaparecido; la complejidad de una vida atravesada por la experiencia de la deportación y su legado transgeneracional; la deuda que, como nietas, descendientes directas o indirectas, tenemos con las mujeres de esa generación. Me sitúo en este presente amenazado por un fascismo de nuevos bríos y desde aquí

interpreto el pasado, con mis sesgos y mi subjetividad, con una mirada –y una intención– feminista y antifascista. Esto no es ni pretende ser un ensayo científico, es un texto abiertamente personal y político.

Soy parte de una generación europea y trasnacional que ha heredado un legado histórico traumático. Somos nietas de acontecimientos –la guerra española y la subsecuente dictadura, y la Segunda Guerra Mundial– que conllevan una carga de violencia feroz. Esta violencia no termina al final de los conflictos: deja un rastro, una huella, una lesión activa. No hay cicatriz. Nuestras abuelas y abuelos, desde la península Ibérica hasta los Urales –españolas, italianos, francesas, alemanes, belgas, griegos, polacas, etc.– fueron fascistas, nazis o colaboradores; fueron resistentes, milicianas, antifascistas, supervivientes de prisiones y torturas, deportaciones y campos de concentración; fueron víctimas de guerra arrolladas por la Historia; fueron masa indiferente que se las apañó como pudo. Todos y todas forman parte de ella, pero no considero a todos por igual. Por un lado están aquellos que participaron con alegría, ferocidad y convencimiento en los proyectos nazi y fascista, que se beneficiaron del expolio a los perseguidos –ya sean las fortunas amasadas por empresarios nazis como la familia Quandt a través del trabajo forzoso y esclavo, ya sean quienes se beneficiaron del expolio a los judíos, ya sean los franquistas que robaron tierras y propiedades a los represaliados–; sin olvidarnos de sus herederos, que se siguen aprovechando de las fortunas y privilegios de sus padres, abuelos y bisabuelos. Y por otro lado están sus víctimas: asesinadas, perseguidas y desposeídas, condenadas sus familias y descendientes. Cito a Primo Levi en su famosa reflexión sobre la zona gris: «sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos [...] y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y, sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad» (509). No hay equidistancia posible a la hora de afrontar el pasado de nuestros predecesores, tampoco la debe haber a la hora de reconocer su legado.

En este libro me ocupo de la relación entre la tercera generación –la de Angélique, la mía, la de tantas– y quienes formaron parte de la gran masa heterogénea de resistentes y perseguidas, de supervivientes que sufrieron el resto de sus existencias las consecuencias del nazismo y del fascismo en sus cuerpos, que transmitieron, ya fuera directa o indirectamente, ese sufrimiento a sus nietas y nietos. Pero no solo eso: legaron, también, los valores que sus verdugos intentaron erradicar. Me importa esta transmisión porque habitamos una época sin testigos. Quienes hasta recientemente hablaron por los muertos ahora también han desaparecido; quienes sobrevivieron y podían dar testimonio de los acontecimientos –siempre incompleto, como diría Primo Levi– han muerto, pero no así su memoria, que reside en sus descendientes, testigos substitutorios de quienes han desaparecido, herederos de un relato fragmentado y parcial, de sensaciones no narradas, emociones que no llegaron a articularse porque, de haberlo hecho, la supervivencia habría sido imposible.

Walter Benjamin reflexiona en *El narrador* (1936) sobre la crisis narrativa a la que dio lugar la Primera Guerra Mundial: las palabras no podían hacer justicia a aquellos que vivieron la guerra, los hombres volvían silenciosos del campo de batalla, la experiencia se había vuelto incomunicable al revelar la absoluta fragilidad de un ser humano que comprobó, en su propio cuerpo, la fuerza destructiva de la nueva maquinaria de guerra. Qué decir –no voy a repetir la ya manida frase de Adorno– de las mujeres que, como Marie-Jeanne, volvieron de los campos de concentración, a qué fuentes del saber, aparatos discursivos, formas del narrar podían acceder para encontrar las palabras con las que contar su experiencia. A ninguna. Algunas supervivientes como Charlotte Delbo, Geneviève de Gaulle, Germaine Tillion o Margarete Buber-Neumann tuvieron las herramientas intelectuales y la posición social para intentar comunicar esas vivencias a través de sus valiosísimos testimonios, pero la inmensa mayoría no contaba con las condiciones de posibilidad para crear un relato compartido. (Inciso: Cuando este manuscrito ya está terminado, leo el excelente ensayo de Mercedes Monmany, recién publicado, *Algo*

quedará de mí, en el que recorre la vida y escritos de diez mujeres resistentes que pasaron por Ravensbrück, entre ellas las cuatro citadas.)

Aunque sé la respuesta, le pregunto a Angélique si cree que en algún momento su abuela recibió apoyo psicológico, algún tipo de terapia, para elaborar el pasado traumático. Por supuesto que no. Su terapia fueron sus amigas, sus «hermanas de campo», y añade: «con mi abuelo hablaba un poco» y, sigue lacónica, «con mi madre no sé, no me acuerdo». Para cuando llega Angélique preguntando, Marie-Jeanne lleva cincuenta años manteniendo un silencio solo roto en la más estricta intimidad. No hay intimidad más grande que la que comparten aquellas que han vivido juntas la deportación.

Si precisar y completar con exactitud una vivencia traumática es imposible, más lo es, obvio, cuando quien la cuenta no es quien la ha sufrido. Y si, como en mi caso, esa vivencia me ha llegado de segunda mano, no pretendo que este libro alcance a representar la densidad de la experiencia de Marie-Jeanne –ni de otras– en la deportación. Hay dimensiones de la experiencia del pasado que son irrecuperables. Tampoco quiero ni debo apropiarme de su trauma ni participar en él, ni argumentar que, como depositaria de su historia, yo también me traumatizo. Es cierto que, desde que comencé el proyecto de Maddi, he tenido momentos en los que me han invadido el desasosiego y la angustia: adentrarse en el mundo concentracionario y de la deportación es entrar en una región oscura, sórdida, terrorífica a ratos. Pero tanto yo en la escritura como tú en la lectura habitamos un espacio seguro. Sabemos que, aunque transformadas –nadie con un mínimo de sensibilidad traspasa indemne este territorio–, somos capaces de salir del horror al que apenas nos asomamos y del que ellas no consiguieron resurgir, incluso si sobrevivieron. Parafraseo a la filósofa Adriana Cavarero para afirmar que debemos luchar contra la identificación o la confusión a través de la cual nos apropiamos de la historia de otras e intentar, con la mayor honestidad posible, llevar a cabo un ejercicio de lo que Paul Ricoeur definió como «identificación empática»: contra la apropiación, buscar una afinidad que engendre un auténtico

trabajo de conocimiento del otro (Cavarero, 90; Ricoeur cit. en Traverso, 135).

Es decir: no es lo mismo apropiarse de la historia de otras o de su trauma que atender a una historia traumática que nos interpela, ya sea porque flota en nuestro universo familiar, porque forma parte de nuestra historia política, social y cultural o porque despierta en nosotras una irrefrenable necesidad de conocimiento.

En el caso de descendientes de víctimas de eventos tan extremos como los que vivió Marie-Jeanne, la transmisión de la narración de esas vivencias es complicada y se da de diferente manera en la segunda que en la tercera generación y en las subsiguientes. No se puede generalizar, cada familia es un mundo, pero hay patrones comunes, dinámicas, repeticiones. Mientras que los descendientes directos de supervivientes de los campos, es decir, la segunda generación, crecieron como testigos y herederos inmediatos del trauma de sus padres o madres, o de los dos, la tercera generación se enfrenta a una doble narrativa rota: la de sus progenitores y la de sus abuelos maternos o paternos que, en algunas ocasiones, como en el caso de Marie-Jeanne, encuentran en la nieta a una interlocutora. Aun así, la nieta debe navegar a través de un mapa narrativo incompleto, con demasiadas zonas a las que está prohibido asomarse. La historia de la deportación de la abuela ha sido forzosamente omitida del relato familiar y, al mismo tiempo, siempre ha estado ahí: una historia que flota en el silencio que se crea cuando hay alguna mención al tema, que permanece inaprensible y al mismo tiempo presente, que no se nombra pero que constituye una herida familiar.

El testimonio de Marie-Jeanne es un resto, una huella, que me llega intervenida por la voz de Angélique. No es un testimonio directo; no hay grabaciones ni escritos, sino que dependemos de cómo la nieta escuchó, procesó y entendió la voz de la abuela y cómo ahora, casi veinte años después de la muerte de esta, recuerda lo narrado. Esta ausencia de la memoria inmediata de Marie-Jeanne podría entenderse como un problema: ¿cómo fiarnos de la versión de Angélique cuando ya de por sí el testimonio de la víctima está normalmente cargado de silencios y contradicciones por

la propia constitución de la memoria traumática? ¿Qué aporta escuchar a la nieta? ¿Podemos aclarar a través de ella las incongruencias que encontramos en los documentos del archivo, añadir información que ahí no aparece? Todas son preguntas válidas y las tendré en cuenta, pero para mí la aportación del relato de la nieta va más allá de la aclaración factual. Nos abre una ventana a los vericuetos intricados de la transmisión intergeneracional de la memoria traumática y conecta a Marie-Jeanne con nuestro presente a través de Angélique, aportando densidad y sustancia al valor simbólico de su vida para el aquí y el ahora.

Considero un privilegio contar con la huella de la voz de Marie-Jeanne tal y como la atesora Angélique: el testimonio de la abuela inscrito en el testimonio de la nieta.

Angélique me cuenta que tendría unos diecisiete años cuando Marie-Jeanne comenzó a compartir con ella algunas historias de su deportación. Antes de eso, apenas sabía nada del pasado de su abuela, pero había un acontecimiento recurrente que despertaba su curiosidad. Cada año, a finales de abril, se celebraba una ceremonia en Biarritz en torno al monumento de los muertos por Francia en la que participaba su abuela, quien siempre depositaba unas flores a los pies del monumento. Angélique y uno de sus hermanos la empezaron a acompañar siendo niños y, cada vez, les sorprendía –y divertía– muchísimo que los soldados se cuadraran ante su abuela. Pero este cuerpo que se exhibe públicamente sufre de manera muy diferente el proceso de recuerdo, el ejercicio de memoria, cuando es íntimo. Según los nietos se fueron haciendo mayores, la curiosidad creció con ellos: «Teníamos muchas preguntas –me dice Angélique–, sabíamos que había sido deportada pero no conocíamos su historia. Ya con catorce o quince años empecé a preguntar y ella a contarme alguna cosa, pero no fue hasta más tarde que me dio más detalles». Cuando le pregunto si Marie-Jeanne se transformaba al hablar del tema, me dice que cambiaba mucho, que ella, a pesar de ser muy joven, se daba cuenta de que era un ejercicio muy difícil y que por eso no preguntaba demasiado, no quería causarle dolor. Ahora se

arrepiente, se ha quedado con tantas dudas. ¿Qué hacemos con todas las preguntas que no nos atrevimos a formular o que, por más que insistimos, quedaron sin respuesta?

El papel de la segunda generación –en este caso, la madre de Angélique– en la transmisión de memoria, siempre truncada, es fundamental. En nuestras conversaciones, se hace evidente que este es un tema muy difícil y doloroso para Angélique, por lo que lo trato aquí de forma somera. Su madre nunca estaba presente en las conversaciones entre Angélique y su abuela, insistía en olvidar: «La abuela no debe hablar del tema, le hace demasiado daño», le decía. Pero, más que proteger a Marie-Jeanne, da la sensación de que la hija necesitaba protegerse a sí misma del trauma de la madre, que se había manifestado durante su infancia en forma de pesadillas y comportamientos incomprensibles para una niña. Según Angélique, su madre es la más impactada por la historia: «Mi abuela era muy alegre, tenía momentos difíciles, pero la felicidad era importante para ella». Su madre, sin embargo, es una mujer frágil, que siempre ha padecido angustia, dolor psíquico, varias patologías mentales. Después de la muerte de Marie-Jeanne, la madre de Angélique sufrió de tal manera que esa fragilidad se volvió irreversible. Es ella la que ha heredado el dolor y el trauma cuyos síntomas toman, literalmente, posesión de su cuerpo. Por lo que me cuenta Angélique, da la sensación de que Marie-Jeanne sí hubiera querido hablar más de su historia pero que la vulnerabilidad de su hija hizo que, al menos en casa, el tema fuera tabú. La hija vivía el trauma de la madre. «Hablábamos las dos solas –añade Angélique– sin mi madre.»

La tristeza que a veces destila Angélique me hace pensar que no solo la madre fue recipiente de la herida traumática, sino que esa lesión también vive latente en el cuerpo de la nieta.

Para entender cómo funciona la transmisión de memoria traumática desde un punto de vista del análisis cultural, Marianne Hirsch elaboró en los años noventa del siglo pasado el concepto «posmemoria». A pesar de la antigüedad del término y de que ha sido discutido y puesto del revés en la ingente bibliografía de los estudios culturales de memoria, lo considero un término útil como herramienta de reflexión. La posmemoria caracteriza la

experiencia de quienes crecieron dominados por narrativas que preceden a su nacimiento. Es decir, constituye una evocación de la memoria no vivida, sino heredada; un ejercicio de rescate que se lleva a cabo a través de la investigación del pasado familiar y también de la reelaboración intuitiva, creativa e imaginativa de ese pasado. La tercera generación –la de Angélique– es, en muchas ocasiones, la que atraviesa el espeso manto del silencio para apresar la historia familiar latente en sus infancias: remueve entre las fotos y los documentos, intenta recordar relatos apenas esbozados, busca en la periferia de la familia a otros que tal vez tengan conocimiento de las historias no contadas. Angélique resume esta idea mejor de lo que pueda explicar yo: «Durante muchos años pensaba que la historia de la abuela no me afectaba y claro que sí, es una historia que yo también vivo de manera diferente pero es una historia que es parte de mí, hay momentos cuando me contó cosas que es como si reconstituyera una historia que es la mía pero que no conozco. [...] Y a Félicie, amiga de mi abuela que conocía desde la infancia, en realidad la conocí entonces, cuando supe qué hizo por ella. Cambió mi manera de verla». Félicie Virto –lo contaré más tarde, a su debido tiempo– salvó la vida a Marie-Jeanne.

Hay una cita del historiador Saul Friedländer que me acompaña en este proceso de escritura: «La única historia concreta que se puede recuperar es la que llevan en sí las historias personales. Desde la fase de integración colectiva hasta la deportación y muerte, esa historia, para que pueda ser escrita, debe ser presentada como narración integrada de destinos individuales» (21). El destino individual de Marie-Jeanne Echeverria es el aglutinador de la historia plural y compleja de muchas otras.

Pero no podemos olvidar que con la incursión de los relatos de segunda y tercera generación se ha desestabilizado la noción de testimonio, ya que es una narración mediada, llena de vacíos y silencios, basada no solo en los relatos a veces incompletos, fragmentados e incluso contradictorios de la primera generación, sino también en fotografías, representaciones visuales, relatos de terceros y mediada asimismo, de forma muy poderosa, por el imaginario colectivo –en este caso, de la Resistencia y la deportación– que sienta una base previa de interpretación. Me interesa esta producción de

conocimiento mediado de la que yo también soy parte, cómo durante los últimos años se ha ido desplazando el foco de la idea de la autenticidad del testimonio de primera mano hacia otro tipo de valor, que aunque sin perder el interés en los hechos en sí, centra las reflexiones en qué hacer, también, con todo lo que ya no podremos conocer. La nueva producción de conocimiento se ha transformado en la medida en que esos testimonios han ido desapareciendo. Qué hacemos, entonces, con el resto, con la huella, con lo poco que queda de esas voces, sobre todo las voces de quienes nunca testimoniaron plenamente, solo ofrecieron fragmentos de su vivencia.

Es aquí donde entra en juego un tipo de imaginación. No afronto este tema como historiadora, sino como escritora. Respetando las fuentes históricas intento comprender y profundizar en las experiencias de mujeres como María Josefa Sansberro o Marie-Jeanne Echeverria y lo hago usando la imaginación, que no la invención. Me permito citar un fragmento de *Una belleza terrible* donde, con José Ovejero, reflexionamos sobre la diferencia entre inventar e imaginar: «Inventar sería cuando a partir de lo sucedido y documentado decides crear situaciones, giros, incluso personajes adicionales porque consideras que le viene bien a la narrativa que estás creando. Imaginar, sin embargo, es algo distinto: a partir de lo sucedido y documentado, intentas deducir lo que no sabes. No creas una situación porque te conviene narrativamente, sino porque piensas que las cosas pudieron ser así. No es lo mismo inventar e imaginar. No da lugar al mismo tipo de reconstrucción del pasado. La invención renuncia a acercarse a la verdad de los hechos, la imaginación lo intenta sabiendo que es imposible lograrlo por completo» (181-182).

Cuando estudio la vida de estas mujeres interpreto, busco sentido, deduzco e imagino, pero no invento. Imagino mucho porque lo no dicho, lo no explícito, el silencio, pide siempre imaginación; porque el punto de partida de la imaginación es la necesidad de completar eso que falta. Y considero que esto es un ejercicio lícito cuando nos acercamos a la interpretación del pasado. Siempre recuerdo estas palabras de Jorge Semprún, pronunciadas en 2005: «Dentro de diez años, en la próxima solemne conmemoración del descubrimiento de los campos de

concentración nazis, al haberse agotado nuestra memoria de supervivientes, porque ya no habrá supervivientes, para que la transmisión de aquella experiencia sea posible, más allá del necesario pero insuficiente trabajo de historiadores y sociólogos, sólo quedarán novelistas. Solo los escritores, si se deciden libremente a apropiarse de aquella memoria, a imaginar lo inimaginable, a hacer literariamente verosímil la increíble verdad histórica, sólo los escritores podrán resucitar la memoria viva y vital, la vivencia de los que habremos muerto» (320).

Sé que es imposible resucitar la memoria viva y vital de Marie-Jeanne, pero creo firmemente en la voluntad de intentarlo. Para mí es importante recuperar la experiencia histórica, tanto pública como íntima, en todas sus dimensiones, de mujeres como ella, acercarme lo más posible a su verdad personal, esa verdad densa y compleja de una vida. Como escribió Svetlana Alexiévich: «En el espacio de una sola alma humana, todo es aún menos concebible, menos predecible que en la Historia» (165).

Angélique fue la elegida por Marie-Jeanne para compartir, aunque incompleta, su historia, y ser depositaria de su testimonio. La abuela lega a la nieta una herencia inmaterial muy valiosa y que al mismo tiempo crea una deuda. Su historia es un presente.

Presente:

> Que está delante o en presencia de alguien, o concurre con él en el mismo sitio.
>
> Dicho del tiempo: Que es aquel en que está quien habla.
>
> Obsequio, regalo que alguien da a otra persona en señal de reconocimiento o de afecto.
>
> (Diccionario de la RAE)

La presencia –quien está presente– implica una continuidad en el tiempo, una permanencia: está incluso si no es visible. Toda sociedad que ha vivido un trauma histórico –sería difícil encontrar una sociedad libre de ello– convive con sus fantasmas de mejor o peor manera. El fantasma es ese ser vivo y muerto, presente y ausente, que nos interpela y hace que cuestionemos nuestra relación con los muertos, con un pasado que viene a

llamarnos la atención. El fantasma es la presencia que encarna violencias irresueltas e injusticias, muertes que entrañan secretos no narrados. En las próximas páginas mis palabras incorporarán, darán cuerpo, a legiones de fantasmas de mujeres que vienen a reivindicar su lugar en la Historia, a recordarnos nuestra vulnerabilidad y nuestro poder de resistencia, a avisarnos de lo que ocurre cuando permitimos que el fascismo, o cualquiera de las versiones de la política del mal, triunfe.

El presente es el tiempo de la enunciación, de las conversaciones y de las entrevistas, de esta escritura y de tu lectura: juntas –Marie-Jeanne, Angélique, tú y yo– hilvanamos presentes y pasados, rompemos la estructura lineal del tiempo –como hace, también, el fantasma–, navegamos por estas páginas tirando de hilos y desgarrando el manto oscuro y denso de la historia traumática. Nos ayudan los testimonios de muchas otras, como Gilberte. Encontramos la voz de Gilberte en *La medida de nuestros días*, el libro coral de Charlotte Delbo que recoge sus experiencias y las de sus «hermanas de campo» durante y después del regreso de Auschwitz y Ravensbrück. Gilberte, aturdida por la muchedumbre que espera en París a las repatriadas, se separa involuntariamente de Charlotte, Mado, Lulu y las otras compañeras, como en una de esas pesadillas en las que de repente te ves sola y, por mucho que lo intentes, no encuentras tu destino ni nada ni nadie que te ayude a llegar a él. El hotel Lutetia, donde procesan y albergan a las y los deportados-retornados, es un enjambre de actividad, de gente buscando a gente, de gente esperando, de gente aterrada como Gilberte que ya nada entiende ni sabe ni quiere. Al verse sola, recuerda Gilberte, se quedó «como una idiota, perdida». Desesperada: «Ya no estabais a mi lado. De repente, me faltaba un miembro, un órgano esencial. Ya no veía ni entendía nada. Una sensación de naufragio» (19). Alguien que está del otro lado de la vida, gestionando a esta multitud de gentes extraviadas, lleva a Gilberte a una habitación del hotel para que descanse, duerma. Y Gilberte queda ahí atrapada, en un «tiempo (que) no tenía duración». Aterrada. Su hermana Andrée no ha sobrevivido, murió en Auschwitz. Su padre las espera a las dos en Burdeos. Un deportado intenta sacarla de su estupor, le sugiere que telegrafíe a su padre. «No –se niega Gilberte–, no puedo

mandar un telegrama.» El hombre insiste: «No puedes quedarte aquí eternamente. Tarde o temprano tendrás que volver».

En las páginas de este libro, el presente del «*aquí*» será muchos, a veces deseados, a veces indeseados: por ejemplo, el presente que captura la fotografía de Marie-Jeanne con Maddi y el perrillo blanco en un tiempo anterior a la tragedia, cuando sonríen, están juntas, vivas; o el presente de la habitación donde está paralizada Gilberte que representa el momento liminar entre el horror conocido y compartido del campo y el futuro imposible que es «volver» a un lugar –en el tiempo, en el espacio– que, necesariamente, no es el mismo tras la deportación. Ningún presente es eterno, lo sabemos. Y, sin embargo, hay uno que sí lo es: el presente continuo del trauma. Marie-Jeanne, Gilberte, Charlotte, Félicie, Solange, Lulu... todas revivirán con mayor o menor intensidad la experiencia del campo a lo largo de la vida: un olor, una voz, un detalle cotidiano, cualquier estímulo imprevisible puede activar la memoria traumática y hacer revivir el evento como si fuera real, convirtiendo el pasado en presente. Mado, también compañera de Charlotte, lo expresa así: «el pasado no pasa. El tiempo no pasa. Cuando te acuerdas de cualquier día allí, de cualquier momento que vuelve, traído por un olor... Para mí, para nosotros, el tiempo no pasa. No desdibuja nada, no estropea nada» (51-52).

«No puedes quedarte aquí eternamente» en este contexto es una exhortación a seguir viviendo. A pesar de todo. Debido a todo.

Aunque no toda presencia del pasado es negativa. Los objetos que guarda Angélique de su abuela y que la hacen sonreír cada vez que se refiere a ellos, la voz que sigue resonando cuando cuenta alguna de sus historias, son regalos, dádivas, presentes. El presente une a dos personas –la que regala y la que recibe– mientras ese regalo existe/está en la vida de quien lo custodia; su presencia invita a rememorar, a traer al ahora el momento del regalo y, con ello, a la persona que lo hizo. «Los dones recibidos no son, por tanto, "propiedades" (lo que recibo no es mío; lo que doy, lo retengo); son expresiones de alianzas, dependencias y compromisos personales. El regalo no se pierde ni se aliena, se conserva. Está además impregnado y singularizado por la identidad del donante» (Míguez, 101).

Te propongo que acompañemos a nuestras fantasmas, atravesemos el tiempo roto para atenderlas, rastreemos lo que queda de ellas y de su legado material e inmaterial en nuestro presente con el deseo de convertir todo el espanto del que seremos testigos en conocimiento y compromiso.

II

Todo ello en medio del mayor silencio

Nacer mujer en 1921 en un caserío de Iparralde sin muchos posibles y ser la décima de quince hermanos significa tener que irse del hogar familiar para servir en una casa de ricos. Si hay suerte y se encuentra trabajo. Marie-Jeanne lo encontró en Biarritz.

Marie-Jeanne Echeverria nació en Sara, departamento francés de los Pirineos Atlánticos, el 1 de diciembre de 1921. Su padre era Juan Fermin Echeverria; su madre, Carmen Burguete. En el bautizo actúa de madrina su prima María Josefa Sansberro, conocida como Maddi, de veintiséis años. Apadrinar o amadrinar en la tradición vasca es una decisión muy importante que une a la «amatxi» (*madrina*) con la «*alautxi*» (ahijada) de por vida. Hay un dicho que recoge el antropólogo y sacerdote vasco José Miguel de Barandiarán en su *Bosquejo etnográfico de Sara* que, más que dicho, parece una maldición: quien deniega la invitación de apadrinar a un bebé, deberá apadrinar a siete niños sin ser invitado a ello (103). La diferencia de edad entre María Josefa y Marie-Jeanne hizo que, muy a menudo, las confundieran con tía y sobrina en vez de primas. Durante toda su infancia y adolescencia, Marie-Jeanne estuvo muy ligada a Maddi, a pesar de que pronto se trasladara a Biarritz.

Durante los veinte años previos al horror Marie-Jeanne tuvo una vida como la de muchas en su época. Como la de mi abuela, me digo. Mi abuela materna con ocho años ya vendía pescado en la calle. Marie-Jeanne ya trabajaba en una casa en Biarritz como niñera y asistenta. En una foto que comparte Angélique conmigo, Marie-Jeanne, de unos trece o catorce años, posa con cinco hermanas, dos mayores y tres más pequeñas. Las seis visten endomingadas y ella es la única que lleva *txapela*, inclinada hacia la izquierda con coquetería. Reposa su mano sobre el hombro de la hermana

menor en un gesto protector y mira seria a la cámara, pero en sus ojos se distingue cierta guasa, como si en cualquier momento fuera a asomar la sonrisa. De fondo, un decorado que podría ser Biarritz. Angélique cree que la fotografía se tomó en un estudio en Sara: el rural que aspira a la riqueza y sofisticación de la costa. En otra imagen posterior –ya no quedan rasgos de infancia en su rostro o su expresión– Marie-Jeanne posa con tres hermanos, dos chicas y un chico. Ella, la mayor, está en el centro de la fotografía, sonríe simpática y, de nuevo, su brazo se extiende protector para sujetar con delicadeza el de su hermano chiquitín. Es la única en la fotografía que no lleva ni sombrero ni *txapela*.

Posiblemente esta segunda fotografía se toma en torno a la fecha en que Marie-Jeanne ya ha vuelto de servir en Biarritz y ha empezado a trabajar para su madrina, Maddi, en el Hôtel Restaurant Col de Saint-Ignace, en el collado del mismo nombre, a unos tres kilómetros de Sara y a los pies del monte Larrún que marca la frontera entre España y Francia. Ese que Pío Baroja denominó «el vigía del Atlántico» y que en los días despejados busco en el horizonte. El Larrún está a unos diez kilómetros en línea recta desde la costa y, como señala Baroja, ha sido testigo de «muchas tragedias y extravagancias», «razas que combatieron llenas de odio, y militares que atalayaron con proyectos de conquista, locuras de superstición y brujería que le tomaron como escenario» (154).

El hotel de Maddi era un enclave vacacional para veraneantes que visitaban el monte Larrún, pero también tenía un bar restaurante al que concurrían los lugareños, muchos de ellos posiblemente contrabandistas que hacían negocios con Maddi, muy involucrada en el trasiego ilegal de la frontera. No está claro cuán conocidas eran en la zona las actividades clandestinas de la gerente del hotel, pero posiblemente se sabía que se jugaba el tipo en la frontera y no solo por café, aceite, sacarina o vino.

El contrabando en el que participaba Maddi había sido, durante décadas, esa actividad de la que todo el mundo se beneficiaba pero que en teoría nadie practicaba: descaradamente pública y al mismo tiempo secreta. Esto lo refleja muy bien Pío Baroja en *Los contrabandistas vascos*. Si añadimos a la siguiente descripción de Baroja el contrabando de personas, no solo de

objetos, tendremos una idea de la textura social y afectiva en la que se inscribe el tráfico de refugiados y evadidos a un lado y otro de la frontera a partir de 1936: «Había que operar con mucha cautela para alcanzar el éxito, y esto sólo se conseguía guardando el mayor misterio sobre los alijos, su preparación y su ejecución. Tenían los de la banda personas distribuidas por los caseríos del monte, donde se lograban datos para preparar las empresas, otros puestos donde había vigilantes enemigos, en sitios de tránsito y varias tiendas en las que guardaban el género pasado de contrabando, para luego, sin prisa y seguros de que habían logrado su objeto, desviar la atención fiscal, poder distribuir el género de noche e ir siguiendo las sendas por donde la mercancía debía quedar oculta y cubierta de la amenaza de las trabas aduaneras... A los pocos meses de haber empezado Fermín [protagonista de esta historia barojiana], ya se sabía en el pueblo y fuera del pueblo quiénes formaban la partida y quién era el jefe» (98).

También habla Baroja de las formas en las que se comunicaban los contrabandistas, como las canciones que irrumpían en el silencio de los montes vascos y otras señales sonoras que se daban por las noches, cuando los muchachos se reunían a jugar al mus en las tabernas donde escondían sus bultos y, al oírlas, dejaban la partida y salían corriendo con sus pesados fardos –podían cargar hasta cuarenta kilos de café– a atravesar la frontera. Todo se hacía con el mayor silencio y sigilo, normalmente entre las tres y las cinco de la madrugada. Así era el «*gaukolana*» o «*gaulana»*, como se llamaba en euskera al trabajo que se hacía de noche (*gau* = noche; *lan* = trabajo). «Una vez alcanzado el pueblo seguro y repartido el contrabando, se encargaban los transportistas, que la mayoría eran repartidores de leche, de esconderlos en unas marmitas de doble fondo», cuenta Baroja (107). Entre los contrabandistas se apreciaba mucho a quienes sabían borrar las pistas, también a quienes controlaban los diferentes lenguajes no verbales, como la colocación de mensajes en las fachadas de los caseríos –disposición de sábanas y adornos– o la distribución del ganado en los prados. Todas estas prácticas y saberes son indispensables para cuando la Historia irrumpa con plena violencia en la frontera que habitan Maddi y Marie-Jeanne.

Cuando el ejército alemán entra en Sara y ocupa varias casas, entre ellas el Hôtel Restaurant Col de Saint-Ignace, Maddi está más que involucrada en el paso de personas. Desde el principio de la guerra española ha estado ayudando a quienes huyen de la persecución del ejército de Franco. Quienes forman las primeras redes para salvar a los antifascistas de las purgas del ejército sublevado son contrabandistas, tanto en el lado francés como en el español. Algunos lo hacen por dinero; quien puede, paga hasta cincuenta duros por pasar, pero quien no, pasa gratis, así que podemos pensar, sin pecar de ilusas, que muchos contrabandistas ponen sus redes al servicio de los perseguidos por solidaridad. En Oiartzun, pueblo natal de Maddi, un tal Pedro Llorente organiza la persecución de los contrabandistas convertidos, sobre todo a partir del verano del 37, en *mugalaris* o *passeurs* –curioso que en castellano no haya una palabra concreta para esta actividad–. Pedro Llorente, combatiente en la guerra de Marruecos y de orígenes navarros, se preciaba de ser «de los que salió el primer día del movimiento de aquí de Pamplona con sus requetés a reconquistar Guipúzcoa» y presumía de conocer la frontera como la palma de su mano. Fue él quien en febrero de 1938 desarticuló una de las redes más activas del momento usando los métodos turbios que había aplicado como mando de la policía indígena y de *harkas* en Marruecos. Pero cuando la represión aprieta, no hay frontera que valga, y esa red no era la única: hay varias trabajando al mismo tiempo, como la importante Red Álava, apoyada desde el verano del 37 por el gobierno vasco en el exilio y que funciona hasta diciembre de 1940.

Al otro lado, en Sara y en el Larrún, muy cerquita de Maddi y tal vez en colaboración con ella, un famoso contrabandista, Paul Dutournier, pone al servicio del gobierno vasco su red. De él y de su madre habla en sus diarios José Miguel de Barandiarán, exiliado en Sara de 1941 a 1953. El sacerdote y estudioso de la cultura vasca compartirá almuerzos y meriendas con la madre del contrabandista, Madame Dutournier, detenida por la Gestapo al mismo tiempo que Maddi y Marie-Jeanne, entre el 6 y el 8 de junio de 1944. Madame Dutournier tuvo mejor suerte: fue liberada dos días después al no saber ella –o no desvelarlo– el paradero de su hijo. Paul Dutournier no

era fácil de atrapar, sabía muy bien cómo y cuándo esconderse. Sobrevivirá y llegará a ser alcalde de Sara después de la guerra, de 1947 a 1971.

No solo trabajan ilegalmente en la frontera quienes huyen del fascismo. Hay un vivo tráfico de armas entre fascistas en la zona costera, tal vez porque San Juan de Luz y Hendaia son lugares de residencia de un buen puñado de simpatizantes de Franco y de los sublevados, los mismos que verán con buenos ojos y se volcarán con entusiasmo en la colaboración entre el gobierno de Vichy y la Alemania nazi poco después.

La frontera se inscribe en la geografía y el territorio, también en los cuerpos de quienes la habitan, de quienes intentan cruzarla, de quienes la vigilan. La frontera es un mundo que se reconfigura constantemente por lo que ocurre en ella: por mucho que la línea de demarcación sea rígida, los cuerpos que pululan hacen de la frontera un espacio flexible y poroso, en constante movimiento y transformación.

Así es la frontera marcada por el Bidasoa en estos años: un hervidero peligroso.

La frontera bulle y la actividad clandestina de Maddi se hace cada vez más arriesgada. Los mismos caminos que se recorren de sur a norte escapando de la represión franquista, pronto se recorrerán de norte a sur escapando de la persecución nazi. Los mismos caminos y, en muchos casos, las mismas personas que persiguen y reprimen; también las mismas que guían, acogen, salvan y, en ocasiones, ganan unas pesetillas. «Las relaciones de poder [...] están muy ligadas a la conformación de regímenes de movilidad, al establecimiento de criterios que establecen quién o qué puede moverse», escribe Ignacio Mendiola en su estudio sobre la frontera del Bidasoa (80). Tanto el contrabando como el paso clandestino de personas muestran una lucha de poder por el territorio fronterizo: frente a la frontera rígida impuesta por los dos regímenes de terror fascista y nazi, aparece la frontera flexible, aquella que se concibe como espacio vivido y conocido, donde las interacciones y vínculos de la comunidad, su sabiduría y conocimiento del terreno, sus prácticas ancestrales, secretismo y silencio, subvierten el espacio y lo usan a su favor. Son ellos y ellas quienes deciden

quién, qué, dónde y cuándo puede moverse. Y en muchas ocasiones ganan la partida.

Además de a objetos y personas, la frontera también es permeable a la información. Mientras escribo estas páginas leo los diarios de José Miguel de Barandiarán. Desde 1936 está exiliado en Iparralde y acabará viviendo en Sara a partir de 1941 en un caserío propiedad de la escritora belga France Adine. De estos años inciertos da testimonio el cura exiliado, recopilando historias que también llegarían a oídos de Maddi debido a la cantidad de gente que pasa por su hotel y a sus actividades clandestinas. En enero del 37 Barandiarán escribe lo siguiente: «Dos mujeres de un caserío de Irún, detenidas por los requetés y violadas durante días (madre e hija), después de cortarlas el pelo, las han soltado. Cardenal Gomá y otros prelados españoles han convertido a la Iglesia en una empresa criminal» (523). Habla de ejecuciones y de gente que huye por la frontera. Escribe, por ejemplo, que «un joven de Vera estuvo por aquí y contó que por aquellos días fue llamado, en compañía de otros, para abrir fosas en el campo. Era de noche. Fueron fusiladas 150 personas, entre ellas 12 sacerdotes y 30 muchachas jóvenes... ¡He aquí lo que se hace en nombre de la religión!» (531).

El ambiente, a pesar de lo activa que está la frontera y de la violencia al otro lado, es todavía amable. El hotel de Maddi ofrece diversión a los turistas y las gentes de Sara y los caseríos. Maddi ha empezado a organizar en el hotel «bailes domingueros» –así los define brevemente Barandiarán en su *Bosquejo etnográfico de Sara* (248)– para competir con los que se organizan en otras tabernas, actividad que aumentó su reputación de mujer «ligera de cascos». Y es que Maddi es una mujer divorciada, lo cual es ya escandaloso en sí mismo, y además no está sola en el hotel: convive con Louis Nicolas, el dueño, y su hijo Lucien, adoptado por Louis en diciembre de 1930, unos meses después de que naciera en el hotel no se sabe de quién. Maddi espera hasta 1938 para casarse con Louis, a pesar de vivir bajo el mismo techo durante casi una década, y adoptar ella también a Lucien. El misterio detrás de este comportamiento tan poco normativo para una mujer

de su época lo interpreto –que no resuelvo, nunca sabremos los motivos de Maddi para obrar como lo hizo– en *Maddi y las fronteras*.

En cualquier caso, lo que sí sabemos es que Marie-Jeanne tendrá una vinculación especial con Lucien, a quien lleva nueve años, en un entorno que pronto será tremendamente hostil. Durante nuestro encuentro de septiembre, Angélique me muestra dos retratos de Lucien; ninguno de los dos está fechado, pero en ellos Lucien no parece tener más de veinte años. Tomados, casi seguro, justo después de la guerra. Su padre, Louis Nicolas, ha muerto en 1941; su madre, Maddi, en 1944. Lucien es un chico huérfano, homosexual, todavía posiblemente en el armario. Marie-Jeanne, que según Angélique era muy religiosa y católica devota, aceptó sin remilgos y con naturalidad a Lucien y su libertad para amar a quien quisiera. Los dos murieron en 2007 y tuvieron una relación estrecha. Angélique veía a Lucien en la casa de la abuela, en Biarritz, y los recuerda alegres, el sobrino siempre chinchando a la tía. Nunca hablaban de Maddi, pero en los últimos días de ambos al parecer se distanciaron porque Lucien fundió una joya de oro heredada de su madre y a Marie-Jeanne le dolió ese gesto. La memoria de los objetos es poderosa.

Miro los dos retratos de Lucien y me pregunto cuánto dolor se esconde detrás de esa mirada limpia y esa brevísima sonrisa. Su rostro es todavía adolescente, imberbe, un poco blando, pero hay algo en él que transmite madurez; igual es por la chaqueta o la corbata o la raya del pelo marcada con rectitud exacta. O igual es porque, con apenas veinte años, ya ha vivido más que muchos en toda una vida.

El 27 de junio de 1940 los alemanes llegan al Bidasoa y marcan la frontera con alambres de espino. Las provincias vascas de Iparralde se dividen: Zuberoa queda en la zona «libre» y, por tanto, entra en la jurisdicción del régimen de Vichy, mientras que el resto de los territorios vascos son ocupados por el ejército alemán. Se establece una frontera dentro de la frontera; Sara, Biarritz o Baiona, escenarios de la vida de Marie-Jeanne y Maddi, pertenecen al territorio ocupado y por tanto están sometidos al control militar de la Wehrmacht. Y no solo eso: el hotel será requisado por el ejército alemán, con lo que el contacto de las dos mujeres

con el enemigo será constante, al mismo tiempo que trabajan para la Resistencia. Aunque Marie-Jeanne visita con regularidad a Maddi en Sara, no empieza a trabajar en el hotel hasta el verano de 1941, después de la muerte de Louis. Seguramente Maddi no podía compaginar sus actividades clandestinas, el cuidado de Lucien y la atención del hotel que, para entonces, está ocupado por el ejército alemán.

En el documental *Una esvástica sobre el Bidasoa* (2013) de Alfonso Andrés y Javier Barajas, varios testigos –niños en aquel entonces– recuerdan la llegada de las tropas alemanas: chicarrones jóvenes que sonreían, cantaban canciones y repartían cigarrillos y chucherías. Con estas tropas llegó también el doctor Herbert Brieger, un cineasta nazi destinado a Francia entre 1940 y 1942 para realizar varios documentales, entre ellos *En tierra de vascos*. Este proyecto se inscribía dentro del programa político nacionalsocialista de crear una Europa de «comunidades nacionales» basadas en parámetros de pureza racial. Algunos nacionalistas vascos sintieron cierta atracción hacia esta idea: por una parte, el proyecto nazi coincidía con el deseo de reconocimiento de una Euskal Herria unificada e independiente de España y Francia; por otra parte, la colaboración con Alemania podía ayudar a proteger a los nacionalistas vascos en el exilio francés. A pesar de algún que otro tanteo –muy bien explicados en el documental por Ludger Mees y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi–, tanto la cúpula del Partido Nacionalista Vasco como sus militantes de base se decantan por buscar apoyos en el bando aliado y demócrata. Imposible olvidar el papel de Alemania en la destrucción reciente de Gernika, corazón del pueblo vasco.

Barandiarán es también objeto de interés especial por parte de las fuerzas de ocupación. El 14 de mayo de 1942, ya establecido en Sara desde hace un año, anota el cura antropólogo: «El soldado o guardia alemán Ernst Zehle viene a visitarme. Me pide un folleto de mitología y Prehistoria vascas con una dedicatoria para Herr Gottsmann, jefe de los guardas alemanes de Hendaia: se lo doy. Me ruega, además, que pase un día por el cuartel general de los alemanes de Sara, pues su jefe quiere enterarse de las cuevas que existen en esta circunscripción». Dos días después, Barandiarán

visita a Otto Scheit, jefe de los guardas alemanes, que le pregunta «si hay en Sara alguna caverna que pone en comunicación subterránea al territorio francés con el español». Barandiarán le dice que no conoce ninguna cueva de esas características, pero lo informa de que «existe una cueva en Sara muy próxima a la frontera, y otra en Zugarramurdi a un centenar de metros de la anterior». A esto añade: «el Sr. Scheit me promete transmitir a mis amigos y sociedades científicas de Alemania las cartas y otros papeles que yo quiera enviarles» (657). Me decepciona esta actitud de Barandiarán, tan explícito en su rechazo al franquismo y la Iglesia que lo apoya, tan tibio –por no decir colaboracionista– en sus relaciones con los nazis. ¿Qué es esto sino una colaboración? El cura da información sobre posibles lugares de refugio para evadidos o perseguidos, él recibe ayuda para que pueda seguir trabajando con esas sociedades científicas alemanas de las que, por cierto, se ha expulsado a todos los investigadores y profesores judíos.

Poco más tarde, el 21 de julio, añade: «Viene a visitarme Herr Rudolf Helm, profesor de idiomas del "Colegio Alemán" de San Sebastián, que quiere informarse acerca del folklore vasco. Recibo carta del Profesor Dr. Hermann, de la Universidad de Berlín, que me manifiesta deseos de tener una conferencia conmigo para tratar de estudios de investigaciones sobre el pueblo vasco. Escribo a Mme. Bizenl que en la semana próxima podrá venir el pintor alemán Herr Jensen a pintar algunos tipos vascos de Sara a quienes desea que yo le presente. Está clarísimo que algunos nacionalistas como Luis de Arregui piensan que Hitler favorecerá a los vascos» (662-663).

Tanto interés podría interpretarse como una promesa de respeto y amor de los nazis hacia el pueblo vasco, pero si representantes de ese pueblo se ponen en su contra, termina el idilio, comienza la sospecha y entra en escena la violencia. Cuando la Gestapo detiene a Maddi y Marie-Jeanne, las conducen a Hendaia para el interrogatorio y ahí estaría Herr Gottsmann –si no lo habían sustituido por otro– dispuesto a torturarlas.

El trato que los ocupantes dan a la población de estos territorios ocupados en los dos primeros años se transforma a partir de mediados del 42, cuando las actividades de la Resistencia se hacen cada vez más ubicuas y eficaces en toda la Francia ocupada. Gracias a la memoria de testigos

como Ramón Labayen, exiliado siendo niño con su familia en Sara y San Juan de Luz y que llegaría años después a ser alcalde de Donostia, de Jorge Ohaña, combatiente resistente, así como a las imágenes de archivo que aparecen en *Una esvástica sobre el Bidasoa*, nos hacemos una idea del ambiente que se respiraba y en el que se movía Marie-Jeanne, por entonces una joven que apenas tiene veinte años. Durante los primeros momentos de la Ocupación, el ejército alemán no estaba en Biarritz para combatir, sino para descansar. No había ataques aéreos, no había enfrentamientos directos. Pasaban los días de permiso en Donostia –cruzaban la frontera con plena libertad, el régimen de Franco los recibía con los brazos abiertos–, visitaban las pastelerías, se bañaban en la Concha, tomaban el sol en las terrazas. La costa vasca se convirtió para ellos en un balneario. José Miguel de Barandiarán transmite una impresión similar semanas después de la llegada del ejército alemán. El 7 de agosto de 1940 escribe en su diario: «Continuamos en paz. Los militares alemanes, en gran número, frecuentan los comercios y los cines y cafés [...] Los veo pasar delante de mi casa [...], cantando himnos a compás de su paso» (618).

El clima social no comienza realmente a cambiar hasta principios de 1942, según Ramón Labayen y Jorge Ohaña, y también según Barandiarán. Por ejemplo, el 1 de febrero se ordena el registro de todos los refugiados españoles por parte de las autoridades alemanas; el 20 de febrero «los guardias fronterizos están dando batidas a los contrabandistas de la región. También han registrado varias casas [...], a la noche tiroteo en la frontera de Echalar» (650). En San Juan de Luz, los testigos como Ramón Labayen señalan como causa de malestar la persecución de los judíos a la que, por cierto, Barandiarán no hace mención en sus diarios.

Alrededor de 1.500 judíos del País Vasco francés fueron asesinados en Auschwitz y Buchenwald.

Tampoco nombra Barandiarán las actividades de la Resistencia, únicamente las del contrabando, aunque sí menciona a resistentes y sus intentos de ayudarles. La figura de Barandiarán es, en este sentido, compleja: por un lado, muestra su rechazo al régimen de Franco y la participación de las autoridades eclesiásticas en la sublevación y la

represión, también critica a los prohitlerianos y fascistas dentro de la Iglesia católica francesa; al mismo tiempo, parece impermeable a la persecución de los judíos, que no menciona una sola vez en los diarios, pero sí intercede a favor de detenidos por la Gestapo. Por ejemplo, el 26 de octubre de 1942, se traslada a Baiona a «hacer alguna gestión con el fin de liberar a mis vecinos Fagoaga y su hijo Paul, que hace unos días han sido conducidos por la Gestapo a una prisión de Burdeos». En ningún momento parece tener relación con la Resistencia ni sus actividades, él va a su aire: con sus excavaciones, sus excursiones a las montañas buscando vestigios prehistóricos –para lo que consigue un permiso de circulación aprobado por el ejército alemán–, sus estudios etnográficos. El contraste entre sus anotaciones sobre la violencia de la guerra española y de la Ocupación es asombroso; parece que en Francia nunca llega a sentir –aunque igual sí a entender– la dimensión del desastre que está viviendo. Pero este no es un ensayo sobre Barandiarán, así que aparco al cura de momento, hasta que sus diarios revelen algo que nos sirva para entender el ecosistema en el que se mueve Marie-Jeanne cuando comienza su actividad, ella sí, en la Resistencia.

III

No fuimos simples auxiliares, fuimos combatientes

Vuelvo a este territorio, a esta frontera tan repleta de historia, tan vivida. Quiero caminarla de nuevo, sentir qué me genera el espacio que domina el monte Larrún y que tanto marcó a Marie-Jeanne. Me acompaña José; es su primera visita a la zona. Salimos de casa en coche y, hora y media después, llegamos al Collado de San Ignacio. Es un día despejado y caluroso, demasiado para tratarse de un miércoles de octubre. El aparcamiento está bastante lleno, aunque nada que ver con los meses de verano. Aun así, nos sorprende que un día entre semana, sin haber vacaciones escolares, haya tanta gente: muchos niños y adolescentes, familias con bebés, incluso un grupo de personas en sillas de ruedas. Algunos se están preparando para hacer el trayecto a pie, pero la mayoría esperan al tren turístico de cremallera que les llevará hasta la cumbre. Este tren fue inaugurado en 1924 como una atracción, un reclamo lúdico para los veraneantes que llegaban a Biarritz y San Juan de Luz en los meses de verano. Con sus vagones abiertos de madera y su ritmo lento debido al mecanismo de cremallera, su única función era subir a la cumbre para que los visitantes pudieran disfrutar las vistas espectaculares, tomarse un refrigerio y después descender igual de lentamente. Por unos años estuvo en funcionamiento en la misma cima el lujoso Hôtel Imperator, pero fue destruido por un obús perdido –o eso dicen–, lanzado desde el lado español en 1937. En los periódicos de la época se habla del tren y de algunas protestas de defensores de la naturaleza que se quejaban de que la subida masiva de personas a la cima del Larrún iba a alterar la fauna y la flora de la montaña.

Antes de ponernos en marcha y comenzar el ascenso, le enseño a José los lugares de Maddi. Atravesamos el aparcamiento y nos paramos un momento frente al Hôtel Restaurant Col de Saint-Ignace, su hotel. La fachada, a pesar de ser otoño, sigue cubierta con carteles publicitarios de Pullman, salchichas y cervezas. Siempre me da mucha pena verlo así, cubierto por el mal gusto del siglo XXI. La planta baja del edificio, habilitada como bar, está abierta y nos asomamos: «aquí haría Maddi los bailes y también estarían las mesas del restaurante y donde jugaban al mus los asiduos. Más tarde, aquí tendría que servir a los mandos nazis», le digo a José. Mi imaginación transforma el interior y puedo verlos: Louis detrás de la barra, Maddi apoyada en ella me mira sonriente, a su lado Marie-Jeanne toma de la mano al pequeño Lucien. No dejo entrar a los nazis, quiero disfrutar de este momento a solas con ellos.

Nos damos la vuelta y contemplamos, al otro lado de la carretera, la antigua estación. Siempre se me olvida lo cerca que está: bastan unas pocas zancadas desde la puerta del hotel para poner un pie en el trenecito.

–Y ahí está la capilla –le digo a José, señalando una modesta estructura que triangula al hotel con la estación.

Cruzamos la carretera y subimos a un pequeño promontorio abandonado, lleno de malas hierbas, donde se yergue una construcción de no más de dos metros cuadrados. San Ignacio sigue en penumbra, dando la espalda al bullicio exterior. Quienes visitan el Collado ni siquiera se dan cuenta de que San Ignacio está ahí. La altura de la maleza alrededor de la capilla y la ausencia de camino para llegar a ella atestiguan que nadie se para a saludar al santo guerrero. Me apoyo en la reja que lo protege de ese mundo que lo ignora y me sacude un escalofrío de emoción. Veo de nuevo ahí a Maddi. Y ahora que conozco un poco más a Marie-Jeanne, también la imagino agarrada a la verja, implorando la ayuda de San Ignacio en los momentos más difíciles: cuando decide aceptar las órdenes de las Fuerzas de la Francia Combatiente, cuando le encomiendan alguna misión arriesgada, cuando el cerco de la Gestapo se cierra. A pesar de mi ateísmo, entiendo su fe, entiendo que tanto ella como su prima se sintieran protegidas en este rincón, que este fuera lugar de encuentros secretos e

intercambio de información, oculto incluso a plena luz y al mismo tiempo rodeado de multitud de soldados entonces, de turistas ahora. Además, esta imagen de San Ignacio inspira confianza: humilde y sobria parece estar diciéndote «soy de los tuyos».

Abandonamos la capilla, atravesamos el aparcamiento cada vez más lleno e iniciamos el ascenso, con los pies y la cabeza puestos en el pasado. Con cada pisada retumba en mí la historia, soy consciente de que este entorno natural por el que transitamos en realidad supura vivencias. Atravieso el tiempo durante la ascensión, una inmersión en el pasado interrumpida a ratos por la belleza presente.

No todo es drama, me recuerdo, no todo es horror.

El monte Larrún es parte fundamental de la vida de Maddi y también de Marie-Jeanne. En los tiempos de paz, más allá de los caminos que recorrerían para el contrabando, el Larrún era un lugar sagrado, de culto, festejos y romerías. Además de los veraneantes del tren turístico y de los montañeros que ya por aquellas épocas recorrían los montes vascos y los Pirineos, los lugareños concebían el Larrún como espacio en el que demostrar su devoción católica: allí se celebraban las romerías de Pentecostés y de San Ignacio. Imagino que algunos subirían en tren, pero a Marie-Jeanne, como a Maddi, las imagino haciéndolo a pie. Por eso tengo los pies y la cabeza en el pasado: a ratos voy alegre a una romería y me digo, como tantas veces, qué fuertes eran estas mujeres, seguro que hacían esta subida como si nada, al fin y al cabo Marie-Jeanne iba a Baiona en bicicleta, treinta y tantos kilómetros de curvas, subidas y bajadas de infarto y recuerdo a mi abuela, con la cesta de pescado en la cabeza recorriendo la Margen Izquierda hasta Bilbao. Barandiarán recoge en su *Bosquejo etnográfico de Sara* cómo algunas mujeres «trabajaban en sus tierras tirando del *trunku* o rodillo apisonador de madera, del que hoy tiran solamente las vacas o los bueyes» y añade: «Con esto quiero dar a entender lo robustas y forzudas que eran aquellas mujeres» (234). Según transcribo las palabras de Barandiarán me viene a la mente una imagen siniestra: el rodillo de piedra –no de madera– descomunal que se exhibe en el museo de Ravensbrück y que volverá a aparecer en estas páginas.

Pero de momento sigo pisando el sendero de ascenso al Larrún. Atravesamos una zona umbría de castaños, el suelo está cubierto por las carcasas pinchudas de sus frutos, hay musgo en los troncos, un pequeño arroyo atraviesa el camino, las raíces de los árboles rompen el sendero y es fácil tropezarse.

Ya no voy de romería, ahora imagino el terreno de noche, el miedo y la angustia que sentirían aquellos que tenían que hacer parte de este recorrido –nunca hasta la cumbre, controlada por los nazis– para pasar al otro lado. Por la falda del Larrún, por alguno de los muchos caminos que lo recorren, pasaron cientos de huidos: judíos, disidentes y, sobre todo, aviadores, paracaidistas y soldados aliados que, habiendo caído y quedado aislados en territorio ocupado, tienen que volver lo antes posible a Inglaterra para reincorporarse al ejército de liberación. Pienso en que siempre caminaban de noche, que no podían elegir el clima o la estación del año, que no todos tendrían la forma física y la salud que tengo yo, ni botas de monte, ni la certeza de que les esperaba después un lugar seguro y tranquilo donde recuperarse de la travesía. Pienso que iban en alpargatas, que si llovía no podían esperar a que escampara, si se cansaban no podían parar a tomar resuello, si se torcían un tobillo debían seguir a pesar del dolor, si llegaban al otro lado no tenían garantizado un paso seguro por el Bidasoa, no podían saber si esa noche los carabineros estaban especialmente activos o si la Gestapo, para quien no había fronteras, les esperaba agazapada en territorio español.

De vez en cuando la visión de la belleza extraordinaria me saca del pasado tenebroso y me devuelve al presente: a medio camino ya es posible contemplar parte de las vistas espectaculares que permite la altura de Larrún. Vemos enfrente San Juan de Luz y, más al norte, la larga playa de Biarritz. El paisaje está salpicado de caseríos, de multitud de tonos del verde y también del rojo anaranjado de los helechos secos.

Angélique me contó que mientras Marie-Jeanne convalecía en la frontera con Suiza tras su liberación, haciendo reposo y recibiendo los mejores cuidados, pidió que la dejaran marchar: decía que lo único que quería era volver a pisar esta tierra.

Seguimos ascendiendo y nos cruzamos con varias manadas de *pottoka*. El *pottoka* es un caballo vasco bajito y fortachón, de largas melenas y colores variados. Vemos una yegua negra que parece haber tenido relaciones con un caballo blanco porque su cría es una potrilla pinta preciosa. Contengo las ganas de acercarme para acariciarlas. Nos vamos acercando ya a la cumbre, llevamos casi dos horas de ascenso, a ratos la inclinación supera el 25% y los pasos se hacen más complicados debido al suelo pedregoso. La belleza del paisaje, el esfuerzo extremo, compartir con José esta excursión, me hacen inmensamente feliz.

Nos cruzamos, adelantamos o nos adelanta gente durante el camino: me sorprende la mala educación de la mayoría. Estoy acostumbrada a saludar en el monte, a dar las gracias si me ceden el paso, a cederlo yo si veo que la persona que me sigue es más rápida. Pero esta gente va por aquí como si fueran los Campos Elíseos. Menos mal que de vez en cuando nos cruzamos con alguien que nos regala un *bonjour* y, más a menudo, un *kaixo*.

En la cumbre coincidimos con una veintena de personas diseminadas por las mesas de la Venta y sentadas en la campa. Hay dos grandes edificios, uno de ellos, no sé cuál, se erige sobre las ruinas del Imperator, el hotel de lujo que destrozó el obús durante la guerra española y que después sirvió de barracón para los soldados alemanes. No hay ninguna placa conmemorativa, ninguna explicación histórica de esta cumbre. Da la falsa impresión de que el monte no tiene historia humana, solo geológica. Me pregunto cuántos de quienes estamos aquí arriba somos conscientes de los estratos históricos de este paraje sobrecogedor.

El día sigue bastante despejado, pero se está instalando la neblina propia del Larrún y se ha levantado un viento frío. Nos acercamos a los diferentes observatorios: identificamos Biarritz y Baiona, San Juan de Luz, Hendaia y Hondarribia, Irún; en el interior, los montes Atxuria y Goramendi, el promontorio de las cuevas de Sara, adonde iremos mañana, el Jaizkibel, Zugarramurdi... Nos impresiona la vastedad, la belleza del paisaje sobrecogedor.

–¿Te lo imaginas? –se lo he preguntado a José decenas de veces ya–. ¿Te lo imaginas? Todo esto cercado con alambre de espino, un

destacamento de soldados alemanes, un cañón enorme, todo lleno de dispositivos para observar la costa y el interior. Y de vez en cuando el trenecito que sube y baja cargado de municiones y soldados.

En la Venta compro una botella de agua por la que me cobran cuatro euros. Comemos un bocadillo a resguardo del viento, tomamos unos sorbos del café del termo. Iniciamos el descenso. Me cuesta mucho más bajar que subir, mis rodillas se resienten con la pendiente y las pisadas desiguales a las que obliga el terreno. Pienso que me sería mucho más difícil huir cuesta abajo que cuesta arriba. A medio camino el sendero se acerca a las vías del trenecito que ahora está ascendiendo cargado de turistas; se les oye gritar y reírse por encima del ruido peculiar del tren: ruge el motor y suena el chirrido metálico de las cadenas de la cremallera. Parece agonizar en la subida. Me paro a observarlo desde el sendero: está lo suficientemente cerca para ver su interior y me imagino que justo en este punto en el que estoy parada podría haberse agazapado Marie-Jeanne en más de una ocasión para tomar nota de qué tipo de cargamento subían a la cumbre, de los destacamentos y sus turnos de ascenso y descenso. Entre las muchas labores de Marie-Jeanne para la Resistencia, estaba la de espionaje. Barandiarán señala que al principio de la Ocupación llegan a Sara unos trescientos soldados alemanes. Ese número fluctúa durante los siguientes cuatro años: bajará a apenas treinta durante unos meses de 1940-1941, pero pronto volverá a subir a entre cien y 150, según los registros del cura, justo cuando Marie-Jeanne realiza sus tareas de espía.

De regreso a Sara visitamos la iglesia de San Martín y el cementerio. En la iglesia: la penumbra, los bancos, las galerías laterales. Silencio. Sobriedad y recogimiento. Hablamos en susurros de Maddi, de su obcecación para recibir la comunión pese a tenerla prohibida por ser divorciada y me pongo en su lugar, frente al altar y frente al cura que se la negaba cada domingo. Me imagino a Marie-Jeanne y a Lucien mirándola divertidos desde uno de los bancos. Leyendo a Barandiarán he descubierto que, mientras estuvo viviendo en Sara, ofició misas y confesó a cientos de personas. Su descripción del cura titular de la parroquia en el momento en que llega él, principios de 1941, no es del todo favorecedora, le describe

como cercano a Vichy y a Pétain. No me sorprende. El 22 de julio de 1941 anota: «los soldados alemanes acampados en Sara han tenido una misa en la iglesia [...] más de cien soldados» (638). Y el 24 de diciembre de ese mismo año dice haber confesado a alrededor de «400 personas». En marzo del 43 empieza a dar sermones en euskera en la iglesia. Seguramente conoció a Maddi u oyó hablar de ella: la díscola divorciada que pretendía recibir los sacramentos. ¿Se opondría él también a confesarla y darle la comunión? Seguramente. ¿Confesaría a Marie-Jeanne? Es probable. ¿Importa? Todo importa.

A la salida, leemos la inscripción del campanario:

OREN GUZTEK DUTE
GIZONA KOLPATZEN
AZKENEKOAK DU
HOBIRAT EGORTZEN
Traducción: «todas las horas / golpean al hombre / la última / lo sepulta».

Y, por si fuera poco, debajo de este mensaje inequívoco se sitúa un precioso y elegante reloj solar. Estos mensajes agoreros aparecen en muchas iglesias vascas, a veces en latín, a veces en euskera. De ellos dice Pío Baroja: «Parece que los constructores vascos tenían cierta delectación por las sentencias melancólicas y siniestras» (185). La verdad es que sí.

Buscamos la placa dedicada a Maddi en el cementerio y de la que guardo varias fotografías. Extrañamente, no recuerdo dónde estaba. Observamos el monumento conmemorativo dedicado a los muertos del pueblo en la primera y segunda guerras mundiales. Varios obuses hacen la función de bolardos para cerrar el monumento con cadenas. Muy masculino todo. Sigo sin recordar dónde está la placa dedicada a Maddi, damos otra vuelta por el cementerio, volvemos al monumento y por fin la vemos: está en un lateral del pilar, la hemos tenido delante y hemos sido incapaces de verla, posiblemente porque en mi recuerdo, Maddi tenía un lugar más prominente.

Angélique me cuenta que la asociación Bask'Elles, cuyo proyecto se centra en recuperar y dar visibilidad a las historias de mujeres de este territorio, consiguió que se reconociera a Maddi y se añadiera la placa al monumento. Hasta ese momento, su nombre no formaba parte de la lista de «muertos por la Patria», exclusivamente masculina. El reconocimiento llegó tarde para Marie-Jeanne, que murió mucho tiempo antes. Angélique quiso darle un día una sorpresa y la llevó a pasar el día a Sara. Fueron a la iglesia y al cementerio y Angélique fue testigo de la tristeza que invadió a su abuela al no ver a Maddi reconocida: «hicimos tanto y para qué, para que ni siquiera se nos reconozca».

Al día siguiente me despierto temprano después de pasar muy mala noche. La cena fue copiosa y a ninguno de los dos parece habernos sentado bien. Oigo la lluvia y el viento chocar contra la ventana del hotel Lastiry, donde estamos alojados. Angélique me contó que Lucien trabajó aquí después de la guerra, no volvió al Collado de San Ignacio. No está segura de qué pasó con el hotel de Maddi y Louis, pero conserva una carta del 21 de septiembre de 1954 en la que diferentes funcionarios del ayuntamiento de Sara atestiguan que: «durante la detención de la Señorita Echeverria Marie Jeanne por la Gestapo en el hotel de San Ignacio en Sara, este establecimiento fue completamente vaciado de su contenido por las autoridades ocupantes y que por ese motivo la señorita Echeverria ha perdido todo lo que poseía».

Si ella lo perdió todo, Lucien también.

Doy vueltas en la cama, pienso en cómo viviría Lucien esos años, si buscaba a Marie-Jeanne cuando esta volvió de los campos para que le contara el final de Maddi. Nunca lo sabremos con certeza, pero en un documento fechado en julio de 1948 que recoge algunos de los nombres de los resistentes compañeros de Maddi y confirma su muerte en la deportación, aparecen la firma de Lucien Nicolas como menor y la de su tía Marie-Jeanne Echeverria que valida los datos. Lucien tiene dieciocho años.

No puedo parar quieta, me levanto. Me ducho, me visto y salgo de la habitación sin hacer ruido para que no se despierte José. Me doy un paseo por el pueblo entre el viento y la lluvia, vuelvo al cementerio, tomo un

sendero al que nos asomamos ayer y que lleva a una ruta hacia el Pirineo. Está oscuro todavía. A pesar de la lluvia y el viento –o precisamente por ello– y a pesar del cansancio por la paliza de ayer y la mala noche, me siento bien. Viva. Pensar tanto en la muerte puede hacerte sentir muy viva o todo lo contrario.

Vuelvo al hotel cuando José me pone un mensaje avisándome de que se ha levantado. Desayunamos tranquilos. Teníamos pensada una excursión por un sendero circular que sale de la cueva de Leiza, pero el día está tan desapacible que decidimos irnos a San Juan de Luz a dar un paseo y al mercado de Les Halles a comprar queso. Lo del paseo resulta casi imposible por el viento, pero de queso nos vamos bien servidos. Cuenta Ramón Labayen en *Una esvástica sobre el Bidasoa* que, poco tiempo después del desembarco de Normandía, los altos mandos huyeron en bicicleta y que los soldados se encerraron en este mercado y se declararon prisioneros de guerra. Mientras tanto, no muy lejos, en el cuartel de Hendaia, Marie-Jeanne y Maddi estaban siendo interrogadas.

Volvemos a Sara para ver la cueva de Leiza, tenemos una visita guiada a las 13.30. Llegamos con demasiado tiempo, echamos un vistazo al exterior donde hay varios dólmenes y alguna reconstrucción de vida prehistórica, visitamos el pequeño museo, donde se refugian del frío y la lluvia unas cuantas personas que hablan a un volumen ofensivo. Preferimos la intemperie y esperamos a que dé la hora observando la entrada de la cueva desde la distancia que impone una valla hecha de troncos de madera. La apertura natural de la caverna es impresionante. Tiene unos veinte metros de ancho por unos seis de alto.

Por fin llega el guía y comienza la visita. La cueva es gigantesca, con varias galerías que descienden a unos trescientos metros. Una maravilla de formas diseñadas por el agua durante millones de años. El día anterior el ascenso a la cima del Larrún, hoy el descenso a las profundidades. La cueva oculta y protege; los grupos humanos se asentaron en la primera sala de la cueva, en el espacio intermedio entre la luz y la sombra, desde el Paleolítico hasta la primera mitad del siglo XX. Han colocado, en esa sala, un grupo humano prehistórico bastante cutre. Intento no prestarles atención y dejar

que mi imaginación complete el espacio: refugiados climáticos de la prehistoria y mujeres perseguidas por la Inquisición, anacoretas y contrabandistas, pastores medievales y pastores del siglo XX, carlistas y judíos, turistas que miramos con la boca abierta. La densidad de la historia se concentra en ese espacio liminar. Recorremos después las galerías, asombrados ante la belleza de las formaciones naturales. La visita es impresionante, a pesar de que durante todo el recorrido una voz en off de un supuesto duende nos da la murga con un absurdo relato infantil que culmina con un canto a las esencias vascas.

Después de la visita leo varios comentarios de Barandiarán en sus diarios y en *Bosquejo etnográfico de Sara*. Según él, la cueva ya era famosa en el siglo XIX, como se constata en una placa conmemorativa que también vimos nosotros: VISITE / DE LEURS MAJESTÉS / L'EMPEREUR ET L'IMPÉRATRICE / DES FRANÇAIS / VINGT SEPTEMBRE / 1858. Las visitas se multiplicaron sobre todo a partir de 1918 tras una serie de remodelaciones que hizo un empresario para su explotación, tanto en el exterior como en el interior. Leo la descripción que hace Barandiarán de las obras y me siento estafada: «ensanchó la entrada, rompiendo la peña a fuerza de dinamita; destruyó el yacimiento prehistórico y paleontológico que cubría el suelo del amplio vestíbulo [...]; en su lugar formó un lago artificial, conduciendo, mediante presas y canales adecuados, el agua de un arroyuelo que nace en una galería de la izquierda; [...] más adentro construyó puentes y escaleras de cemento en diversos sitios y vació los depósitos de gravas y de tierra [...]. Acomodó uno de los salones interiores para habitación y taller prehistóricos, donde instaló una familia de seres paleolíticos de cartón y yeso, hecha a gusto de una imaginación un tanto desconcertada. Así, a falta de los auténticos restos de los habitantes antes históricos de la cueva que habían sido destruidos, ofreciese al turista esta artificiosa y fantástica creación que pretendía ser imagen de una escena paleolítica» (Bosquejo, 34).

Me doy cuenta de que hemos asistido, en buena medida, a un trampantojo, así que me hago una advertencia que no es solo para mí, también quiero que la tengas en consideración durante tu lectura: cuando

nos ponemos las gafas de la historia para contemplar el presente debemos tener cuidado con las proyecciones que hacemos. Las remodelaciones de la cueva y el discurso del «duende» son tan falsas como lo serían mis conclusiones si no cuestiono cada dato supuestamente objetivo que encuentro y recibo. A veces una pipa no es solo una pipa por mucho que lo parezca.

Y con esta advertencia en mente, te invito a que hagamos un breve recorrido inicial por la información sobre Marie-Jeanne que se encuentra en los archivos, en ese registro frío y supuestamente aséptico de la Historia. La entrada de Marie-Jeanne Echeverria en el archivo se produce, como con tantas otras supervivientes, cuando comienza a hacer los trámites para conseguir el reconocimiento como «deportada resistente», lo cual significa una recompensa que va más allá de títulos o medallas; significa cobrar una pensión que le ayude a vivir con las secuelas de la deportación. Los primeros documentos en los que se cita escuetamente su participación en la Resistencia y su deportación son de 1948. En su caso, además, existe un dosier médico posterior, de 1954, elaborado para conseguir la invalidez por enfermedades derivadas de su paso por los campos: heridas causadas por un obús, experimentos dentales y de fertilidad, malnutrición y extenuación. Sin estos dos procesos de 1948 y 1954 sería mucho más difícil reconstruir sus actividades en la Resistencia y ciertos detalles de su experiencia concentracionaria.

El archivo que alberga la mayoría de la documentación sobre Marie-Jeanne es el de Vincennes. Allí se encuentran los documentos tramitados por el Ministerio de las Fuerzas Armadas y su Comisión de Homologación de la Resistencia Interior Francesa, y por el Secretariado de Estado de la Guerra. Angélique, a raíz de la muerte de su abuela, guardó otros documentos del Ministerio de Antiguos Combatientes y Víctimas de Guerra, resoluciones por las que se le reconoce su actividad en la Resistencia y su servicio a la patria. Es posible que la madre de Angélique tuviera en algún momento otros papeles importantes, como la cartilla de repatriación, pero se han perdido.

Según los documentos, hay varias fechas diferentes que señalan la entrada de Marie-Jeanne en la Resistencia francesa contra el nazismo: finales de 1941, principios de 1942, junio de 1942. En otro documento se señala que concretamente en abril de 1943 comienza a trabajar para la red Shelburn, reclutada por el abad Bordes, quien ya había reclutado previamente a Maddi. Mi interpretación es que desde 1941, cuando llega al hotel, «entra en resistencia» como apoyo a Maddi y que después se va involucrando cada vez más en actividades clandestinas. Según las declaraciones que ella misma hizo en 1948, estas actividades consisten en servir de enlace entre los *mugalaris* a los dos lados de la frontera, pasar documentación de y para la Resistencia, espiar y vigilar al ejército de ocupación en la zona de Sara, el Collado de San Ignacio, Biarritz y Baiona.

De Maddi sabemos que estuvo involucrada, al menos, en seis redes de evasión pero, como señala Jiménez de Aberasturi en sus estudios sobre la red Comète, «la historia de una organización clandestina presenta grandes dificultades. Una de ellas debida a la escasez de fuentes, que queda contrapuesta, a veces, a la abundancia de testimonios contradictorios». Este es, sin duda, el caso. Apenas quedan registros y en ninguno de los documentos disponibles hay una relación completa y coherente de todas las redes en las que participó Maddi y en las que, posiblemente, involucró a Marie-Jeanne. Existe un documento de las FFC –Fuerzas Francesas Combatientes– que certifica que María Josefa Sansberro participó en las redes Shelburn, François, Alsace y Possum, otro que la sitúa como colaboradora de la red Nivelle-Bidasoa y otro que cita las redes Démocratie y C.R.A. Podemos suponer que Marie-Jeanne estaría implicada si no en todas, en alguna de estas redes, que muchas veces se solapaban o sustituían según se quemaban los recorridos o detenían a sus miembros. La única que aparece repetida en la documentación de Marie-Jeanne es la red Shelburn, pero puedo imaginar que muchas veces ni siquiera supo exactamente para quién estaba trabajando, sobre todo en una organización tan singular como las FFC, constituida por voluntarios y voluntarias civiles que operan para el Ejército de Liberación en el secretismo más absoluto.

El documento más descriptivo de las actividades de Maddi y Marie-Jeanne es una página fechada en Biarritz el 15 de octubre de 1948, un testimonio que está sin firmar pero que, claramente, pertenece a una persona que estaba implicada en el entramado de las redes de evasión. Transcribo y traduzco del francés: «Durante el establecimiento de la red de evasiones por el Abad Bordes en junio de 1942, la Sra. Viuda de Nicolas recibió el encargo de reclutar *mugalaris* españoles. Horas más tarde tuvo lugar una entrevista con cuatro de estos últimos. Se acordó que estos ayudarían a los *mugalaris* franceses a atravesar la frontera. Los dos puntos de contacto más utilizados fueron del lado francés Etche Lehetia y del lado español la Venta Meyán.

»A los convoyes americanos los acompañaban más lejos, a Zugarramurdi adonde irían a buscarlos los enviados del consulado americano [...].

»A Juanchito Cochero, uno de los *mugalaris* españoles, lo mataron los carabineros después de la Liberación como por casualidad. Como tenía vínculos en Sara, su actividad en nuestras redes de evasión era demasiado conocida. Esto llevó a los otros *mugalaris* a una prudencia a la que no quieren renunciar.

»Durante el cruce de la frontera por convoyes la viuda Nicolas daba las órdenes a su sobrina [sic] Marie-Jeanne Etcheverria [sic] para que ella se ocupase de los contactos necesarios, bien en Etche Lehetia, bien en Meyán. Al principio, la viuda Nicolas hizo varias veces el viaje a Burdeos para llevar el correo. Temerosa de tener problemas por esos viajes repetidos, se acordó con el Abad Bordes que el correo se entregaría en Baiona. Desde entonces, la señorita Echeverria realizaría ese servicio, entregando los documentos a alguien llamado Yaqueen, calle Pannecau número 31.

»En todas estas actividades, Barrenetche, también *mugalari*, se emplea a fondo al servicio de la viuda Nicolas».

Tanto Maddi como Marie-Jeanne fueron reconocidas como agentes P2 –el grado de mayor compromiso– y subtenientes de las FFC; Maddi, a título póstumo; Marie-Jeanne, a su regreso de la deportación. Me queda la duda, igual a ti también, de cuántos implicados en estas redes se mantendrían en

la clandestinidad después de la Liberación; por lo que dice el testigo anónimo de este documento, la muerte violenta de Juanchito Cochero fue lo suficientemente significativa como para que otros *mugalaris* se mantuvieran en silencio: ¿qué secretos tendrían y sobre quién como para que peligrasen sus vidas?

Esto es lo que figura en el archivo sobre las actividades de Marie-Jeanne para la Resistencia; un registro público que apenas encuentra correspondencia en su memoria privada. Marie-Jeanne compartió unos pocos recuerdos de todo aquello, tal vez porque, según su nieta, nunca hablaba de Maddi. Demasiado dolor. Contar la Resistencia era hablar de su prima, hablar de su prima era recordar la deportación y la muerte. Posiblemente a Marie-Jeanne le asaltaba, como a todas las que volvieron, la culpa de la supervivencia: por qué ella sí y Maddi no.

Lo que leo en los documentos que he citado no tiene un desarrollo en las memorias que guarda Angélique de los relatos de su abuela. Apenas queda una anécdota, una especie de relato fundacional. Es del día que Marie-Jeanne comienza a trabajar para la Resistencia: Maddi está enferma y tiene que hacer llegar a Baiona unos documentos importantes. Le pide a Marie-Jeanne que los lleve a cierta dirección, pero no le da ninguna explicación ni le dice qué información contienen esos papeles. Al salir de Sara, Marie-Jeanne se encuentra con un amigo suyo aduanero. Como llueve mucho, él le propone poner sus cosas en la cartera para protegerlas, ella acepta encantada. Ambos van en bicicleta. En el camino se encuentran con un control alemán pero no les registran. Al fin y al cabo, le acompaña un aduanero. Su ignorancia, me dice Angélique, no saber qué contenía ese sobre, seguramente le salvó la vida.

La anécdota no acaba ahí. Al llegar al piso de Baiona, se abre la puerta y una voz de hombre le indica que pase sin mirar y que deje el sobre en la repisa de la chimenea. Ella obedece: entra y sale del piso rápidamente, sin ver quién está en él. Me pregunto ahora si ese hombre sería Yaqueen y si el piso sería el de la Rue Pannecau n.º 31.

Maddi tardará poco en explicar a su ahijada lo que realmente ha hecho ese día y en reclutarla. ¿Tendría miedo por su joven prima, pensaría en las posibles consecuencias? Angélique me ha dicho en más de una ocasión que nunca llegaron a ser conscientes de a qué se exponían. Y es que ¿cómo imaginar el horror que las esperaba? Aunque posiblemente sí sabían que las posibilidades de ser capturadas eran altas, sobre todo teniendo al enemigo, literalmente, en casa.

A pesar de que la Historia las relegó a un segundo plano en el relato heroico de la Resistencia, las mujeres que participaron en ella con responsabilidades como las de Marie-Jeanne sabían que formaban parte de una organización militar y que luchaban en una guerra irregular, pero guerra al fin y al cabo. Neus Català, militante comunista, exiliada de la guerra española, después resistente y deportada superviviente, lo expresa así: «No fuimos simples auxiliares, fuimos combatientes» (38). Y describe sus actividades en la Resistencia: «Como la mayoría de las mujeres, fui enlace. Trabajo en apariencia fácil, pero sumamente peligroso y que requería una gran resistencia moral y física. Las más expuestas a ser descubiertas y ser torturadas en caso de detención» (41). Como Marie-Jeanne, tenía que recorrer largas distancias, en su caso unos 95 kilómetros para transmitir información. «Tenía que ir a pie, en bicicleta, en autobús», siempre con el miedo de ser descubierta e interrogada. La tensión que soportaron estas mujeres es inimaginable, el desgaste físico y psíquico también. Y todo ello antes de la deportación.

Me pregunto cómo era la relación de Marie-Jeanne –y de Maddi, de Barrenetche y de tantos otros implicados en la Resistencia de Sara y alrededores– con los vecinos que no formaban parte de su red clandestina. Es difícil imaginar el día a día en un ambiente tan cargado de sospecha y miedo, de violencia latente y explícita. Con el hotel ocupado por los mandos que dirigían a las tropas en Sara y el puesto de vigilancia de Larrún, en el pueblo se hablaría de colaboración. Y al mismo tiempo es inimaginable la tensión que Maddi y Marie-Jeanne tenían que sufrir, haciendo sus labores clandestinas bajo una vigilancia tan estrecha.

Desde muy temprano, se producen detenciones en la zona. Barandiarán deja constancia de ello. Por ejemplo, el 2 de noviembre del 42 escribe: «Aquí, estos días, los alemanes han detenido a 13 hombres» (667). Nunca explica los motivos, tampoco menciona a la Resistencia ni sus actividades, aunque sí a «contrabandistas», como cuando el 2 de junio del 42 alude a Joseph de Larrazabal, «abatido por los alemanes cuando intentaba pasar 15 litros de vino». Los alemanes –como el régimen franquista en España– tildaban de «contrabandistas», «ladrones» o «terroristas» a quienes se oponían a las fuerzas de Ocupación y, como señala Jean Guéhenno en sus diarios, pagaban cien francos por cada delación (59).

No se me olvidará mi primera visita a Sara, acompañada de Izarraitz Villaluce y Joxemari Mitxelena, cuando investigaba con ellos para escribir *Maddi y las fronteras*. Fuimos a un caserío cerca del Collado en el que vivía una anciana que, de niña, había conocido a Maddi. La centenaria –arrugadita y desdentada, casi ciega y bastante sorda– no nos pudo contar nada pero charlamos unos minutos con su sobrina, una mujer de unos setenta años, a quien le preguntamos si recordaba alguna historia que se hubiera contado en ese caserío sobre los días de la Ocupación. La sobrina compartió algunas vaguedades y acabó la conversación diciendo: «por lo menos los nazis pagaban los huevos». Me pregunto si más de un o una resistente sería delatada por dinero, por robar huevos o por haber roto, en algún momento de su vida, el orden moral establecido, como hizo Maddi.

¿Cómo cambió la Ocupación las normas morales que regían esta sociedad de fuertes tradiciones vascas y raigambre católica, en la que todos se conocían? ¿Cómo encaraban la presencia cada vez más violenta de los alemanes y las actividades de la Resistencia? ¿Quién estaba dispuesto a bajar la cerviz, colaborar, delatar a sus vecinos y vecinas por interés o por convicción? ¿Quién a luchar, a pasar a la clandestinidad, esconder y asistir a los perseguidos? ¿Quién a dejar que todo pasara, sin implicarse en nada? Cuando la violencia atraviesa a la población civil sale a relucir lo mejor y lo peor de cada comunidad. ¿Era posible mantenerse al margen? No. Hacer como si nada pasara era también una forma de tomar postura y partido.

Sandra Ott, en su estudio de la zona de Mauleón y Urdos –al otro lado de la línea de demarcación pero que a partir de noviembre de 1942 se convierte también en territorio ocupado– analiza el creciente odio de la comunidad hacia los alemanes, no tanto por motivos políticos sino por cómo dominan la montaña y la frontera, espacios que son parte de la configuración geográfica, política y afectiva de esta comunidad. Ott cuenta un caso de delación que podría ser una variación de muchos otros casos: un infiltrado penetra la red más importante de Mauleón, la de Lambert Blasquiz quien, entre el otoño de 1942 y la primavera del 43, pasó a unas trescientas personas a Navarra; una caminata de noche de unas doce o trece horas, las mismas que tardaban quienes usaban las redes de Maddi y Marie-Jeanne. Como ellas, Lambert cae por culpa de una delación. En su caso, se sabe que hubo un infiltrado en la red; en el caso de ellas, tal vez un vecino rencoroso. Hasta 1944, cuenta Ott, los alemanes persiguieron a las fuerzas de la Resistencia por la región ayudados por denuncias anónimas e informantes pagados. ¿Cuántos de ellos serían perseguidos después de la Liberación? ¿Cuántos quedaron en el anonimato de los archivos nazis? En el epílogo a *Maddi y las fronteras* cuento una anécdota que ha llamado mucho la atención: el descubrimiento de un saco enorme lleno de fichas de la Gestapo en las que muchos que se autoproclamaron resistentes después de la guerra estaban archivados como «grandes colaboradores».

Mientras algunos se dedicaban a delatar a sus vecinos, también ocurrían cosas sorprendentes y dignas de ser recordadas. En *Una esvástica sobre el Bidasoa* –después de tantas referencias, espero que te apetezca verlo, está disponible en Filmin–, el hijo de Félix Löffer, cabo de la Policía Militar alemana destinado a San Juan de Luz, cuenta que su padre se dedicaba a recorrer los pueblos de la zona en bicicleta para avisar a quienes habían sido denunciados a la Gestapo por algún colaboracionista. Así lo hizo hasta el Desembarco de Normandía y salvó cientos de vidas. Siempre me pregunto si, en algún momento, quiso avisar a Maddi y a Marie-Jeanne de lo que se les venía encima.

Hay tantas historias que quedaron sin narrar, porque las víctimas no pudieron contarlas o porque no encontraron interlocutor que las escuchara o

porque los verdugos supieron blanquear o esconder muy bien sus acciones, envolver de silencio su mezquindad. Pero de vez en cuando, mientras pongo en orden mis ideas y sigo buscando información, me encuentro con alguien que se ha ocupado de recuperar alguna voz, alguna historia que de repente aparece con un fogonazo iluminador. Leyendo este libro de Sandra Ott, llego al testimonio de Marie-Louise Lasserre, recogido en 2004 por el profesor Robert Elissondo. Comienzo a leerlo y siento una emoción desbordante. ¿Cómo es posible que su biografía de deportada sea tan parecida a la de Marie-Jeanne? Desde su detención por la Gestapo, paso a paso, todo coincide: fechas y lugares de prisión, convoy, campos de concentración, repatriación. Pregunto a Angélique si le suena el nombre. Me dice que no. Pregunto a Sandra Ott y Robert Elissondo si en algún momento Marie-Louise mencionó el nombre de Marie-Jeanne. Tampoco. Pero no hay duda: detenidas después del Desembarco de Normandía, estuvieron en el mismo grupo de vascas deportadas en el tren fantasma desde Burdeos a Ravensbrück en agosto de 1944. Gracias a este testimonio de apenas seis páginas voy a confirmar muchas de las intuiciones que he ido desarrollando con la escasa información que tenemos de archivo y el relato fragmentado que hereda Angélique. A partir de ahora, Marie-Louise será otra de las mujeres presentes en esta historia. Su testimonio, esencial para completar el relato de la deportación de Marie-Jeanne, nos acompañará a lo largo de estas páginas.

Cuenta Marie-Louise que, cuando estalló la guerra con Alemania, ella «trabajaba como sirvienta en París para una familia rica en una casa muy buena». Como Marie-Jeanne, proviene de una familia de clase trabajadora y, para ganarse la vida, tiene que dejar el hogar familiar. A su hermano lo hicieron prisionero de guerra, a otro hermano lo llamaron para «trabajar en un grupo de juventudes de Vichy». Sus padres se quedaron solos regentando un pequeño hotel restaurante en Ospitaleku –localidad de l'Hôpital St Blaise, en Zuberoa–, así que le pidieron a la hija que regresara para ayudarles. Allí trabajó desde 1939 hasta que la Gestapo la arresta el 27 de junio de 1944. Su hermano «fue uno de los primeros del pueblo que se unió a la Resistencia» –cuenta Marie-Louise–. «Le ayudé en todo lo que pude,

por amor, pero también porque yo también quería contribuir a liberar nuestra pequeña parte del mundo. [...] Estaba preparada a tomar riesgos, pero no pensé mucho en las posibles consecuencias» (Ott, 125).

Como en el caso de Marie-Jeanne, la de Marie-Louise es una familia trabajadora y comprometida con la Resistencia que se va a enfrentar, pronto, a las consecuencias de una delación. Marie-Louise también repite algo que le dijo Marie-Jeanne a Angélique en más de una ocasión: habían oído hablar de las barbaridades de la Gestapo, las torturas en las detenciones, las deportaciones masivas a campos de concentración, pero nadie era capaz de imaginar lo que realmente les esperaba al otro lado, esa «otra parte / inimaginable para los demás», en palabras de Charlotte Delbo.

IV

Entonces llegó el día terrible

En la madrugada del 6 al 7 de junio de 1944 Marie-Jeanne es detenida por la Gestapo en el Hôtel Col de Saint-Ignace junto a Maddi. También caen otros integrantes de la red Shelburn, como el fiel Barrenetche. Al mismo tiempo que se hacen estas detenciones, se está produciendo el Desembarco de Normandía y la policía militar alemana está vaciando los campos de concentración franceses para deportar a los internos a Alemania; es el caso del campo de concentración de Vernet, cuyos prisioneros serán evacuados para la deportación y compartirán parte del destino de Maddi y Marie-Jeanne. Durante cuatro días están detenidas en el cuartel general de Hendaia donde son interrogadas, posiblemente por ese comandante tan interesado en Barandiarán y sus estudios vascos. Podemos imaginar lo que fueron estos primeros días de detención gracias a los testimonios de otras mujeres que pasaron por una experiencia similar.

Marie-Louise, por ejemplo, cuenta que es arrestada también de madrugada –siempre la madrugada–, interrogada en el lugar de la detención y después trasladada a Biarritz donde continúa el interrogatorio: «Entonces llegó el día terrible. El 27 de junio, a las 4 de la madrugada, cuando todo el mundo estaba durmiendo plácidamente, oí a alguien aporreando la puerta y gritando. Supe de inmediato quién era y corrí a despertar a mi hermano. Tuvo el tiempo justo para escapar por la puerta de atrás. Fue a avisar al resto. Abrí la puerta y me encontré a dos hombres: un alemán y un civil. Entonces, más soldados se abalanzaron al interior». Encontraron la cama del hermano vacía y ahí mismo comenzó el interrogatorio: «¿Dónde está la cuarta persona?», preguntaron sabiendo que faltaba mi hermano. Dijimos que no sabíamos dónde estaba. Cada vez que el alemán repetía la pregunta, "¿dónde está?", nos pegaba con una porra». Como en el caso del hotel de

Maddi, los alemanes saquearon el lugar: «Destrozaron nuestras pertenencias, nuestros muebles, después de llevarse todo lo que quisieron». Tras esta primera actuación violenta y aterradora, comienza la tortura sistemática: «A las mujeres nos llevaron a Biarritz para ser interrogadas, dos veces. Un alemán particularmente feroz no hacía más que repetirnos que habían ejecutado a mi hermano. Intentaba que le dijéramos dónde estaban los resistentes, quiénes estaban involucrados. Nosotras no le decíamos nada, así que seguía pegándonos» (Ott, 125).

La tortura de mujeres resistentes en el momento de su detención está más que documentada. Era una práctica común aplicada a los detenidos sin distinción de sexo o edad. Jean Améry llegó a afirmar que «la tortura no fue un elemento accidental, sino la esencia del Tercer Reich» (85). En esas horas después de la detención, la información que se pueda extraer del detenido es fundamental para desarticular a otros miembros de su organización y, para ello, la Gestapo y la policía militar no dudan en torturar a mujeres, ancianas, niñas. Secundina Barceló, resistente y deportada catalana detenida por la Gestapo el 19 de julio de 1944, describe en su testimonio recogido por Neus Català las torturas a las que fue sometida: «bofetadas, puñetazos, quemaduras con cigarros en los brazos. Ante mi silencio, más tarde emplearon la matraca, luego el lavabo y finalmente el suplicio de la bañera... otros camaradas no me reconocieron de lo hinchada y desfigurada que estaba mi cara debido a los golpes recibidos. Me reconocieron por los zapatos» (107).

Más allá de su carácter utilitario que, por otra parte, no siempre se da, la tortura tiene un fin en sí misma. A través de ella, tanto si se confiesa como si no, se transforma a la víctima. Con el primer golpe, decía Améry, «se hace al prisionero consciente de su desamparo» (90). Se rompe la confianza en el mundo, se pierde la esperanza del respeto o del socorro. Quien tortura «me impone con su puño su propia corporalidad» (91). En este estado de absoluta vulnerabilidad, la víctima entra en el aparato represivo nazi. Aunque la tortura es universal y pocos resistentes se salvan de ella, la tortura de mujeres tiene sus propias características. Con el primer golpe, comienza un proceso por el cual el cuerpo de la mujer que hasta ahora ha

servido a la Resistencia se convertirá en el terreno donde se inscribe el poder misógino del nazismo cuyo ideal de mujer ya sabemos cuál es: casa, cocina y niños. Por su obsesión con la pureza racial, damos por hecho que el nazismo entiende la identidad del sujeto encadenada al cuerpo biológico, pero a veces se nos olvida que, dentro de esta configuración ideológica, como en el fascismo, el cuerpo de la mujer o, mejor dicho, el dominio sobre el cuerpo femenino, es fundamental. A través de la tortura, se pretende un cuerpo de mujer domado y disciplinado, un cuerpo dócil, útil y maleable. Un cuerpo humillado. Este proceso comienza con la tortura y acabará –salvo algunas afortunadas que se salven– en la muerte o en la deportación a los campos de concentración donde se explotará el cuerpo de la mujer hasta sus últimas consecuencias. Lo veremos.

Marie-Louise y su madre pasan dieciocho días detenidas en Biarritz, sin saber qué ha sido del hermano y del padre. No da más detalles sobre los interrogatorios y las torturas. La mayoría de las mujeres hacen un resumen descriptivo somero, como Secundina Barceló, o no la mencionan. «Quien ha sido torturado, permanece tal» (98), sentencia Améry y, además, permanece en silencio: son pocas las mujeres que dejan constancia de la experiencia. Una de las consecuencias de la tortura es el silencio que genera. Angélique me cuenta que Marie-Jeanne decía que fue testigo de torturas a otras mujeres, pero nunca reconoció ser víctima de ella.

A Marie-Louise y su madre las trasladan «a otra prisión alemana, en Burdeos». En esa prisión de Burdeos, Fort du Hâ, llevan encerradas Marie-Jeanne y Maddi desde el 10 de junio. Renée Lacoude y Marie Bartette, también resistentes, han sido detenidas al mismo tiempo y comparten con ellas esos días en prisión. Las dos mujeres dejaron amplio testimonio de sus experiencias, por lo que también nos acompañarán en estas páginas. Renée expresa la angustia al darse cuenta de que, a partir de su ingreso en Fort du Hâ, toda legalidad había quedado suspendida: «Los paquetes no nos llegaron, los alemanes dijeron que ya no estábamos, que nos habíamos ido a un destino desconocido. Ya era Noche y Niebla, en ese momento». Con este comentario, Renée se refiere al decreto «*Nacht und Nebel*» por el cual el Estado Nacionalsocialista despojaba de todo derecho a disidentes y

prisioneros de los territorios ocupados con el fin de hacerlos desaparecer. Muchas de las mujeres de la Resistencia fueron deportadas bajo la aterradora rúbrica NN. El breve documental de Alain Resnais *Nuit et brouillard* (1955) da buena cuenta de la lógica perversa de ese decreto de nombre poético.

Marie Bartette recuerda los días previos a la deportación, cuando las mujeres se hacen cábalas sobre el futuro inmediato, temerosas de que un traslado signifique la muerte: «El Fort du Hâ está abarrotado, somos 17 en una celda de 12 camas, hace un calor insoportable y es deprimente [...]. El 9 de agosto, por la mañana, el supervisor alemán nos anuncia "*Arbeit*". Si trabajamos, está bien, no nos iremos hoy. Y bajamos a la planta baja a descoser y coser calcetines alemanes viejos [...]. A primera hora de la tarde se nos ordenó parar el trabajo y regresar a nuestras celdas [...]. Enseguida supimos que era hora de partir. [...] Éramos 44». Según Renée Lacoude, ese mismo día por la mañana llevaron a todas las mujeres al patio: «Nos preguntábamos si nos iban a disparar. Pasamos frente a un doctor que dijo "uno, dos, tres", ese era el examen médico en ese momento. Nos subieron a un camión. No todos se fueron. No pasaron lista, vaciaron las celdas. Salimos temprano en la tarde, creo. Destino desconocido».

Mientras Marie-Jeanne y las otras detenidas pasaban esos días penosos en Fort du Hâ, había llegado a Burdeos un convoy desde Toulouse con unos 450 detenidos, entre ellos una veintena de mujeres. El 12 de julio de madrugada los habían encerrado en la Gran Sinagoga de Burdeos, requisada por los alemanes y convertida en una extensión de la cárcel de Fort du Hâ. Del 12 de julio al 9 de agosto viven hacinados en esta sinagoga, en condiciones deplorables. Ese día de agosto Marie-Jeanne, junto a Maddi, sus compañeras de la prisión y las mujeres del convoy de Toulouse, es deportada en el llamado «tren fantasma». Nunca compartió con Angélique los detalles de esa horrible travesía.

V

No llegaréis, no llegaréis

Ginette Vincent, amiga de Marie-Louise Lasserre, dio testimonio sobre los largos días de recorrido en este tren. Lo que debería haber sido un viaje de dos o tres días se convierte en uno de tres semanas: «Solo éramos dos vagones llenos de mujeres, pero muchos vagones llenos de hombres. En uno de los vagones iban las mujeres que venían de Toulouse [...]. En el mío, mujeres de Arcachon, Burdeos, Eysines, Bègles, Dijon, vascas, Mont de Marsan, Castres y una alsaciana [...] probablemente olvide algunas porque nuestro grupo se dispersó tan pronto como llegamos a Ravensbrück. En el suelo paja; alambre de púas hasta los tragaluces, y nos vamos en un viaje que durará 3 semanas». Entre las vascas están Marie-Jeanne y Maddi, también Félicie, a quien Conchita Ramos, española deportada del tren fantasma y superviviente de Ravensbrück, menciona en su testimonio: «había una tal Felicia, nacida en Vasconia» (Català, 356).

El tren sale huyendo de Burdeos el 9 de agosto con la intención de llegar a Alemania antes de que los aliados liberen Francia. Ya se ha producido el desembarco de Normandía, ya el Ejército de Liberación se dirige a París, ya se desmorona el gobierno de Vichy. Pero las órdenes son tajantes: el tren con más de setecientos prisioneros –entre ellos los 273 republicanos españoles del campo de concentración de Vernet– debe llegar a Dachau. Empieza entonces un recorrido en pleno agosto, una desesperante agonía hacia la frontera alemana, sometidos no solo al horror del hambre, la sed, el hacinamiento, también a los bombardeos de los aliados, a largas marchas a pie para cambiar de tren cuando una máquina se estropea o las vías están destruidas, a esperas eternas encerrados en los vagones bajo un sol abrasador, siempre con la esperanza de ser liberados en algún momento

por la Resistencia, rezando para que algo detenga a ese tren del infierno antes de alcanzar la frontera con Alemania.

Marie-Louise recuerda con pocas palabras esas terribles semanas: «Después nos subieron a un tren sin saber adónde íbamos. ¡Alemania! Setecientas personas deportadas en vagones de ganado, sesenta y dos de nosotras éramos mujeres. [...] El tren se paraba constantemente. El calor era insoportable. No teníamos ni comida ni agua. La sed era lo peor. Veinticuatro días después llegamos a Dachau» (Ott, 15-16).

Las peripecias del tren fantasma las recogió con precisión uno de los fugados y supervivientes, Francesco Fausto Nitti, en su testimonio *Chevaux 8, Hommes 70*, publicado en 1945; también lo hicieron los hermanos Levy –Raymond y Claude–. Sus relatos, como es lógico, conciernen a la experiencia de los hombres y se centran, sobre todo, en los intentos de fuga y en las acciones más o menos heroicas para conseguirlo. El estudio historiográfico más exhaustivo hasta el momento, *Les naufragés et les escapés du «train fantôme»*, además de estas dos fuentes principales cita una treintena de testimonios de hombres. En contraste, aparecen pocas referencias a las mujeres. Se menciona con algún detalle a cuatro mujeres detenidas en un hotel de Figeac, y a Marie Bartette, Renée Lacoude, Conchita Ramos y Marie Santos. No aparecen Maddi ni Marie-Jeanne, tampoco Marie-Louise y su madre Marie.

Confirmo de nuevo que las mujeres están casi ausentes del relato histórico y, en el caso de los supervivientes, heroico. Svetlana Alexiévich lo dijo muy bien: «siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres [...]. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la "voz masculina". Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones "masculinas". De las palabras "masculinas". Las mujeres mientras tanto guardan silencio» (12). Si nadie las cuenta, su historia muere con ellas. Y no solo eso: la perspectiva androcéntrica de la historia de los conflictos prioriza los actos heroicos en los que ellos son protagonistas: si no hay hazañas en la supervivencia o en la muerte, el hecho histórico no es reseñable. En el caso del tren fantasma es cierto que el número de hombres deportados era mucho mayor y, por lo tanto, su experiencia más representativa. También que

fueron muchos los fugados –131 hombres frente a una mujer–, pero nos tenemos que plantear si nos interesa una historia cuantitativa o cualitativa, si queremos perpetuar la transmisión de un relato en el que las vivencias de las mujeres son sistemáticamente obviadas, olvidadas y negadas.

Tal vez, como a mí, te asalta esta pregunta: ¿por qué tantos hombres se fugan y no las mujeres? De nuevo tenemos que considerar la especificidad del cuerpo femenino en toda esta historia. La principal forma de huida del tren consistía en levantar las tablas de los suelos de los vagones y escurrirse por los agujeros con el tren en marcha. Esto requería una fuerza que posiblemente pocas o ninguna de estas mujeres tenía, sobre todo después de las torturas, las semanas en prisión en condiciones extremas, los días extenuantes en el vagón, por no hablar de la edad avanzada de algunas como la madre de Marie-Louise. Solo una mujer, Madeleine Caubet, se salva de la deportación, aunque no he conseguido averiguar cuál fue su destino después. Marie Bartette lo cuenta así: en uno de los trayectos a pie para sortear las vías destruidas y embarcar en otro tren, dejan atrás «una treintena de fugitivos, más una mujer que habíamos perdido durante el largo viaje a pie. No creíamos en una fuga, porque estaba indispuesta y ciertamente incapaz de seguirnos, tuvo que acostarse en las hileras de vides y dejarnos ir. Su indisposición le ganó la libertad».

Según el convoy se acerca a la frontera, gana velocidad. Cruza la estación de Lyon y la certeza de que nadie llegará al rescate se asienta entre las prisioneras. La última esperanza es la estación de Dijon. Aquí se produce una escena increíble: centenares de soldados alemanes derrotados, hambrientos, desesperados por volver a casa se hacinan en los andenes. Llega el tren fantasma cargado con los deportados. Los soldados suplican a los mandos que vacíen el tren, que dejen a los prisioneros en Dijon y les dejen montar, salvarse, volver a casa. Pero la policía militar alemana, encargada de escoltar el convoy, se niega en redondo, incluso dispara a los hombres de su propio ejército. ¿Qué obstinación puede llevar a alguien a sacrificar tantas vidas? Que no importe la vida de deportados no me sorprende, estoy acostumbrada al espanto. Pero ¿cómo explicar la falta de

compasión por el prójimo más próximo, por esos hombres derrotados y aterrorizados, que son sus propios hombres?

Una respuesta fácil es atribuir este comportamiento al miedo a represalias por parte de sus superiores o, más fácil todavía, a la «obediencia debida», concepto por el que se han intentado justificar atrocidades cometidas por hombres armados. Pero tal vez ya, incluso antes de entrar en el universo concentracionario, nos podemos empezar a plantear los efectos que tiene sobre el verdugo la práctica constante de la maldad. El ejercicio del mal tiene consecuencias no solo contra quien consideramos que merece lo peor, ese «enemigo» exterminable; también tiene consecuencias sobre nuestra capacidad de obrar bien incluso con quienes consideramos nuestros semejantes y supuestamente «amigos». Cuando nos insensibilizamos ante el dolor de quien consideramos «otro» y ejercemos la violencia contra él por considerarle un ser inferior, perdemos una parte de nuestra propia empatía incluso hacia los «nuestros». Y también perdemos la capacidad de sentir el bienestar que causa hacer el bien. Los testimonios de ese día relatan el caos absoluto que reinaba en la estación de Dijon. ¿No hubiera sido maravilloso que esos hombres aprovecharan el descontrol para obrar a favor de la vida? ¿Consideraron siquiera la posibilidad?

Ana Carrasco-Conde escribió en su ensayo *Decir el mal*: «La destrucción absoluta de lo humano procede no solo de la destrucción de la víctima, sino también de la ruptura del perpetrador con respecto a la relación consigo mismo a través de una neutralización de la sensibilidad que nos conecta con el mundo» (134). Es más que probable que esos hombres de la policía militar, que tenían una reputación tan siniestra como la de las SS, estuvieran en este punto de insensibilización absoluta. Como demuestra la historia que se despliega en estas páginas, perseverar en el mal se convierte en un camino sin retorno.

Conchita Ramos, que entonces solo tenía diecinueve años, recuerda en su conversación con Neus Català cómo los ferroviarios franceses les intentaban dar ánimo en las estaciones que paraban, también en Dijon, y les decían a través de los ventanucos: «No llegaréis, no llegaréis». Pero llegaron.

VI

Hoy, no estoy segura de que lo que escribí sea verdad. Estoy segura de que es verídico

El 28 de agosto de 1944, 63 mujeres y 473 hombres, un total de 536 personas, fueron registradas en Dachau. Entre fugados, muertos y desaparecidos, el tren había perdido casi doscientos deportados y una deportada.

Busco los nombres y las matrículas de entrada en Dachau de las deportadas del tren fantasma y me recorre un escalofrío. El número de matrícula de Marie-Jeanne en Dachau es el 93.868, el de Marie-Louise Lasserre es el 93.873. Tan solo les separan cinco números.

Angélique recuerda lo que le contaba su abuela, una memoria que no coincide del todo con la de otros testimonios, como el de Marie Bartette. La abuela recuerda haber visto, nada más descender del vagón, a un hombre ahorcado, soldados uniformados y perros ladrando. Recuerda que las llevaron a unas duchas. Según ella, eran una cámara de gas. Contaba que las iban a gasear, pero que el sistema no funcionó y que por eso las enviaron a Ravensbrück poco después. Aquí el recuerdo de Marie-Jeanne choca con la realidad histórica: Dachau era uno de los pocos campos en los que no había una cámara de gas. La pregunta aquí sería: ¿creyó Marie-Jeanne en ese momento que las iban a gasear? Aunque improbable, cabe la posibilidad de que alguna de sus compañeras estuviera informada sobre esa forma de exterminio, que lo hubiera compartido con sus compañeras y sembrado el pánico. La memoria de Marie-Jeanne puede recordar lo que entonces dio por verdadero, aunque fuera falso. Más probable es que, después de la liberación, al escuchar repetidamente historias del exterminio masivo por

gas y recordar esos momentos que estuvieron en las duchas esperando desnudas, aterrorizadas, sin saber qué nuevo horror las aguardaba, se impusiera en su memoria ese relato prevalente del imaginario colectivo.

¿Hace este error de memoria o esta distorsión menos válido su testimonio? No lo creo. Es cierto que el testimonio conlleva una promesa de verdad pero también hay que tener en cuenta que esa verdad está siempre «permeada por la subjetividad, las lagunas, por las contradicciones» (Díaz Álvarez, 228). La verdad del testimonio no radica tanto en la exactitud de los datos –sobre todo, cuando estos se pueden cotejar y aclarar con fuentes documentales– como en lo que muestra el fallo de memoria. En este caso, hay una memoria secuestrada por la certeza del horror vivido que transforma el recuerdo de ese momento preciso en epítome del espanto y se introduce en el relato retrospectivo como un instante de varios en los que Marie-Jeanne se salva. La importancia de su testimonio se asienta en que nos ofrece una visión subjetiva y personal de lo que supone atravesar una experiencia radical a la que nunca tendremos acceso total. Cada palabra es preciosa, incluso aquellas que no concuerdan con la verdad del hecho histórico. En Dachau no hay cámara de gas, por tanto Marie-Jeanne no se salva de morir en ella, pero es innegable que su recuerdo corresponde con la sensación de pavor y peligro constante de muerte que sufrió desde su entrada al universo concentracionario. Charlotte Delbo expresó así esta verdad profunda en el epígrafe de *Ninguno de nosotros volverá*: «Hoy, no estoy segura de que lo que escribí sea verdad. Estoy segura de que es verídico».

Marie-Louise no da detalles del paso por Dachau en su testimonio a Sandra Ott, pero sí en el testimonio que recoge Robert Elissondo y que, amablemente, comparte conmigo. Marie-Louise menciona brevemente la llegada de madrugada, el terror al bajar del tren y encontrarse ante los soldados que las azuzan con sus rifles y sus perros feroces; su madre está enferma, posiblemente de disentería, y se cae al bajar del tren, teme que las separen. No menciona nada más, salvo que solo pasan dos días en Dachau. Asimismo, el testimonio de Marie Bartette coincide con el de Marie-Louise y el de Marie-Jeanne en lo concerniente a la conmoción que sufren las

mujeres al abrirse las puertas de los vagones: «Esta llegada es siniestra. Vemos oficiales y soldados alemanes sujetando enormes perros con correas, y hombres con uniformes de rayas grises y azules que parecen estar en pijamas, rápidamente nos damos cuenta de que son prisioneros». A partir de aquí el testimonio de Marie es muy diferente al recuerdo de Marie-Jeanne. Cuenta que, después de matricularlas, las meten a «un cuarto de baño grande y muy rápidamente nos traen pan y café caliente». Después de tantos días encerradas en los vagones, muertas de sed y hambre, devoran la comida. Y añade: «tenemos otro placer muy grande, el de poder lavarnos con agua caliente todo lo que queramos». Las presas del tren fantasma pasan dos días en Dachau: «las noches en la ducha (para dormir) y los días en la cantina», donde los prisioneros que se ocupan de la comida las intentan alimentar con generosidad. Las miman todo lo que pueden. Parecen saber lo que les espera.

VII

Una pequeña villa llena de flores

Dachau solo sirve de tránsito porque el 29 de agosto Marie-Jeanne, junto a Maddi y las otras mujeres del tren fantasma, parten en un convoy hacia Ravensbrück, donde son matriculadas el 2 de septiembre de 1944. Maddi y Marie-Jeanne todavía están juntas, también Marie-Louise y su madre. El número de Ravensbrück de Marie-Jeanne es 62.461, el de Marie-Louise 62.465.

Desde entonces hasta su repatriación el 18 de mayo de 1945, no están claras las fechas de traslados ni los movimientos de Marie-Jeanne. Según su propio testimonio escrito en 1948 para el Ministerio de Antiguos Combatientes, Marie-Jeanne hizo este recorrido: «Dachau, Ravensbrück, Oranienburg, Ravensbrück. Trabajo en *Kommando* en la fábrica Pertrix en Berlín». No señala en él ninguna fecha. En los documentos que consigna a lo largo de los siguientes años, no vuelve a mencionar ninguno de los lugares, excepto Ravensbrück. En su memoria y en el testimonio que comparte con Angélique, Ravensbrück ocupa un lugar central, aunque también aparecen fogonazos de su paso por Dachau, de su trabajo en una fábrica cuyo nombre jamás menciona y de su regreso casi truncado en una marcha de la muerte. Pero, insiste su nieta, Ravensbrück constituía el núcleo central del recuerdo. «¿Alguna vez lo visitó?», le pregunto a Angélique. «Jamás. Creo que no lo hubiera soportado», me responde. Y añade: «Y yo tampoco».

Cuando escribí *Maddi y las fronteras* tomé la decisión de no visitar los lugares de la deportación. Preferí guiarme únicamente por los estudios históricos y los testimonios de las supervivientes para reconstruir la mirada de Maddi, trasladarme a esos sitios a través del relato histórico. Opté por mantenerme ajena a los cambios que podían haber ocurrido desde que

comenzaron a convertirse en pasado y escribir despojada de la interferencia emocional y ética que supone visitarlos hoy. Ahora, sin embargo, resultaba imprescindible conocer desde la mirada actual esos mismos enclaves del horror porque este libro, a diferencia de *Maddi*, no intenta situarnos en el pasado únicamente desde la perspectiva de quienes lo sufrieron, sino reflexionar sobre sus continuidades históricas: cómo nuestro presente se ve afectado por lo allí ocurrido, de qué manera esas vidas atravesadas por un horror inasumible sacuden las nuestras, cómo las topografías del horror acumulan o son el repositorio de la oscuridad que en su día lo habitó y, con su presencia, nos recuerdan, nos dan el conocimiento y nos hacen sentir que un crimen de esas magnitudes deja huella no solo en los libros de historia, también en los espacios que visitamos hoy y que conservan una densidad «otra».

Viajo a Berlín con José unos días de noviembre de 2025 para visitar el Dokumentationszentrum NS-Zwangsarbeit (Centro de Documentación del Trabajo Forzado Nacionalsocialista-DZ) y Ravensbrück. El DZ me interesa por la investigación que han realizado sobre la fábrica de baterías Pertrix y porque han instalado sus oficinas en varios barracones donde se alojaban algunas de las trabajadoras de la fábrica. El edificio de Pertrix en sí está cerrado al público, ocupado por varias empresas privadas y no lo podremos visitar. Dedicamos un día al DZ y otro a Ravensbrück, el campo de concentración de mujeres más grande del Reich. Alrededor de 139.000 mujeres y niños y unos 20.000 hombres de unos cuarenta países fueron deportados a este campo, decenas de miles murieron en él.

El día que visitamos Ravensbrück salimos temprano de Berlín. Hemos calculado que necesitamos aproximadamente dos horas en metro y tren para llegar a la estación de Fürstenberg y después caminar hasta Ravensbrück. Una serie de confusiones –el sistema alemán de metro y ferrocarril rompe con todas las nociones positivas de puntualidad y capacidad organizativa de los alemanes– retrasa nuestra llegada al campo, pero todavía dispondríamos de unas seis horas para verlo. No vamos a necesitar tantas. O, mejor dicho, no vamos a soportar tantas.

La línea ferroviaria entre Berlín y Fürstenberg pasa por Oranienburg, a cuyas afueras se encuentra el campo de concentración de Sachsenhausen, en el que murió Maddi y al que, en algún momento, tal vez transfirieron a Marie-Jeanne, según su propia declaración de 1948. En el documento antes mencionado solo aparece la palabra «Oranienburg», así que imposible saber si estuvo dentro de Sachsenhausen, cuándo y por cuánto tiempo, pero si nos basamos en el orden de la declaración –«Dachau, Ravensbrück, Oranienburg, Ravensbrück»– y la organización de estos campos, podemos deducir que estuvo allí brevemente, en una parada entre Ravensbrück y Pertrix. Marie-Jeanne nunca habló de Sachsenhausen, al menos no con Angélique.

Nuestro trayecto en tren es el mismo que hicieron las deportadas a Pertrix y otros de los más de setenta subcampos de Berlín en los que fueron obligadas a trabajar. A partir del verano de 1944, Ravensbrück se convirtió en un centro principal de distribución de trabajadoras esclavas; algunas entraban en el universo de los subcampos de Sachsenhausen, como Maddi o Marie-Jeanne; otras eran enviadas a alguno de los aproximadamente cincuenta subcampos de Ravensbrück. Así, las mujeres eran explotadas hasta la muerte en la industria armamentística o contribuyendo al esfuerzo de guerra cavando trincheras, construyendo aeropuertos... y, de paso, las SS aumentaban sus arcas –los empresarios pagaban por cada esclava que recibían– y aligeraban el número de mujeres de un campo en el que, para esas fechas, no cabía una pobre alma más. Ese movimiento de mujeres no hubiera sido posible sin la red ferroviaria, sin estos raíles por los que ahora transitamos observando el paisaje. Nuestro tren, aunque de largos vagones y dos pisos, va bastante lleno. Nos situamos en el piso superior, pensando que desde ahí podré ver mejor, pero las ventanas son pequeñas y me tapan la vista los demás pasajeros. Siento un punto de claustrofobia, así que bajo al inferior y me apoyo en el repecho de una ventana donde puedo tomar notas. Apunto: extensiones de bosque de roble y álamo, colinas y laderas de un verde fulgurante, granjas y pequeños núcleos de población que entonces ya existían y que verían pasar los convoyes de vagones de ganado sellados y custodiados por la policía militar y soldados de las SS. Veo un parque de

caravanas que parece muy pobre, en una de ellas ondea la bandera confederada y pienso que quien ahí vive habrá elegido esta porque la nazi está prohibida. Al pasar por Oranienburg veo una chimenea de ladrillo muy alta y pienso en Maddi, pero no puede ser la del crematorio de Sachsenhausen porque aquella fue destruida, esta es solo una chimenea de una fábrica histórica. La campiña alemana es idílica, aunque los árboles desnudos parasitados por el muérdago le dan un aire siniestro; sus espirales parecen producto de la mente torturada de Van Gogh.

Mi ánimo: sombrío.

Llegamos a Fürstenberg e iniciamos el recorrido a pie hacia el campo. El viento y la humedad del lago cercano aumentan la sensación de frío, no estaremos a más de cuatro grados. Pero siento que es imprescindible caminar hasta Ravensbrück, intentar imaginar la media hora que vivían las deportadas desde la salida de la pequeña estación, una coqueta y típica construcción alemana de ladrillo.

Algunas deportadas, como Carmen Buatell, describían después el pueblo como «una pequeña villa repleta de flores» (Català, 143); Neus Català como un pueblo de «casitas de visillos blancos, flores entre las dobles ventanas, casitas de ladrillos rojos» (61). Marie Bartette relata así su llegada de noche «al pequeño pueblo de Fürstenberg desde donde, a pie, llegaremos al campamento que se encuentra a tres kilómetros. Es una noche preciosa y caminamos por un terreno arenoso a través de un pequeño pinar que me recuerda a nuestro bosque de las Landas». Imagino a Marie-Jeanne aspirando el olor a pino al lado de Marie y mirando de reojo preocupada a Maddi, que ya está enferma.

José y yo salimos a la carretera y atravesamos las afueras del pueblo donde se sitúan varias casitas de piedra con jardín, suficientemente antiguas como para haber visto pasar a Maddi, a Marie-Jeanne, a Neus, a Carmen, a Marie y a tantas miles. También verían el convoy de unas 1.300 judías húngaras que llegó a la estación de Fürstenberg en diciembre de 1944. Primero habían sido deportadas a Auschwitz, después las llevaron a trabajar en la construcción de un aeropuerto y ahora, las que habían sobrevivido, llegaban a Ravensbrück extenuadas, semidesnudas, con ramilletes de paja

atados al cuerpo como toda vestimenta. Tuvieron que verlas pasar. Imposible no verlas.

Seguimos caminando, imagino un rastro de paja en el suelo que piso. Las casas desaparecen y comienza un camino rodeado de bosque. Paisaje idílico, pacífico, hermoso. El pavimento de asfalto cambia y se convierte en un adoquín desgastado por el que ha pasado el tiempo. Es la entrada oficial al KZ Ravensbrück. Las mujeres del convoy del tren fantasma que llegan a esta avenida principal y que pisan estos adoquines todavía no saben que ha sido construida en parte por la primera oleada de prisioneras. Después, en el museo del campo, veremos volquetes y carretillas, también el inmenso rodillo apisonador de piedra que desplazaban entre una docena de mujeres. Recuerdo el testimonio de Rita Sprengel: «Echábamos gravilla en los caminos y después la aplastábamos con una inmensa apisonadora. Tirábamos de ella entre diez y quince mujeres. Si tenías suerte, te tocaba ir con la gravilla detrás de la apisonadora» (Morrison, 196). Cada adoquín que piso es una cápsula de sufrimiento.

Al inicio de esta carretera se encuentra la estatua de bronce *Müttergruppe* o «Madres», del escultor Fritz Cremer, colocada en 1965 como parte del proyecto para transformar el antiguo KZ en lugar de conmemoración. En 1948 se empezaron a hacer trabajos restaurativos en este sentido, pero fue a partir de 1959 cuando la conmemoración en Ravensbrück se institucionalizó. Al haber caído bajo la jurisdicción de la Alemania socialista, la conmemoración se centró, sobre todo, en las mujeres resistentes comunistas y la celebración del antifascismo. El resto de las experiencias concentracionarias –de judías, «gitanas», testigos de Jehová, ladronas, disidentes sin carné de partido o «asociales» según la categoría nazi asignada a prostitutas, mujeres que habían abortado, lesbianas, etc.– desaparecieron del discurso conmemorativo. A partir de 1980 empezó a transformarse el monopolio comunista sobre la memoria y después de los noventa, al caer el muro, fueron surgiendo nuevos marcos interpretativos que intentaban recoger todas las experiencias. Hoy es un cementerio, un lugar de conmemoración, un museo, un enclave pedagógico, la escena de un crimen masivo: tortura, esclavitud, genocidio.

La estatua de Fritz Cremer está concebida como una especie de cortejo fúnebre en el que dos mujeres portan una pequeña camilla con el cadáver de un niño, la de delante mira al frente, otro niño emaciado se agarra a su falda; la de detrás mira hacia abajo, su cabeza rapada y su largo cuello inclinados; al lado, una tercera mujer agarra el lateral de la camilla con una mano mientras que con la otra tira de su camisa hacia arriba en un gesto desgarrado, dando así al conjunto el dramatismo del duelo. A pesar de la belleza expresiva del conjunto, esta primera representación de las mujeres de Ravensbrück me molesta. ¿Por qué tiene que ser la imagen de la madre dolorosa representación del sufrimiento colectivo de las mujeres del campo? ¿Acaso todas ellas fueron madres? Es cierto que nacieron algunos bebés en el campo –de los cuales sobrevivieron muy pocos–, que por Ravensbrück pasaron unos ochocientos niños y adolescentes, que muchas mujeres dejarían a sus hijos atrás al ser deportadas. Pero esa fue una experiencia más de tantas; hubo muchas mujeres que, como Marie-Jeanne, eran todavía muy jóvenes y no habían tenido hijos, o que simplemente no habían sido madres o mujeres cuya condición de madre no marcó significativamente su experiencia concentracionaria, como se deduce de sus testimonios. La estatua elegida crea un marco epistemológico y hermenéutico, una interpretación, fija una forma de ser mujer y de vivir como mujer en el campo con un marcado sesgo patriarcal que limita desde un principio la forma de entender la experiencia de las deportadas.

Poco antes o después, ahora no estoy segura, de contemplar un rato esta escultura, leemos una estela que explica que en la entrada del campo se intentó construir un supermercado hace unos años. Por negligencia o por maldad, resulta sorprendente que a alguien se le pudiera ocurrir una idea así, pero veremos que no es el único indicio de que este lugar es, como todos, polisémico. Que no signifique nada para algunos está, en sí mismo, cargado de significado.

Caminamos en silencio por la avenida. No hay nadie en todo el recorrido, de vez en cuando pasa un coche que se dirige al barrio colindante con el perímetro del campo, barrio al que estaba destinado el supermercado de marras. Los primeros edificios que vemos –y que vieron ellas– son las

bonitas casas perfectamente situadas frente al lago en las que vivían quienes administraban el terror en el campo. Es un complejo grande por el que pasaron, entre 1939 y 1945, más de mil miembros de las SS y unas 3.300 *Aufseherinnen*, el cuerpo de guarda femenino dependiente de las SS y a quienes las francesas y españolas llamaban «*officierine*» u «*oficierina*» por similitud fonética. Estas mujeres iban a Ravensbrück para recibir formación como guardas, algunas se quedaban en el campo, al resto las destinaban a otros KZ del Reich o trabajaban en los campos satélite que dependían de Ravensbrück.

Algunas de las casas en las que vivieron los SS, las más alejadas del campo, han quedado fuera del memorial, son privadas y se venden como «casas históricas» cuya historia no se cuenta pero que todo el mundo sabe porque es imposible no saber. ¿A quién en su sano juicio le gustaría vivir en este lugar de sufrimiento, en la casa donde vivió gente cuya cotidianeidad era perpetrar crímenes de una violencia inimaginable? A alguien a quien le resbala ese pasado, que solo ve –o quiere ver– la belleza del lago y la tranquilidad del bosque; a alguien a quien, si hubiera vivido en los años en los que el campo estuvo activo, le habría importado un comino lo que allí sucedía. O peor, a alguien que piensa que lo que ocurrió en Ravensbrück tampoco estuvo tan mal. Misma gente, distintas épocas.

La antesala del *Lager* es particularmente bella: primero el pueblito apacible y lleno de flores, después el camino atravesando el bosque, finalmente la llegada a este barrio residencial frente al lago. Es probable que todas las mujeres, incluso las que iban ya enfermas como Maddi, sintieran una sensación de alivio, de renovada libertad. Desde la parada en Dachau han estado, de nuevo, tres días encerradas en vagones y puedo imaginar, mientras hago este recorrido, la bonita impresión de caminar entre estos árboles, el aire fresco de una noche de septiembre, la esperanza de que lo que está por venir tal vez no sea tan terrible como lo ya vivido, ¿cómo podría serlo?

Esta media hora de recorrido desde la estación de Fürstenberg a la entrada del campo nos provoca pesadumbre.

Y todavía no hemos visto nada.

VIII

Todo lo que nos envolvía era terror

La primera impresión de Maddi, Marie-Jeanne, Marie-Louise y el resto del convoy del tren fantasma al llegar a Ravensbrück en septiembre de 1944 seguro que destroza, como un mazazo, toda esperanza. Para esa fecha Ravensbrück está a reventar de prisioneras –unas 45.000 mujeres–, las condiciones higiénicas, nutricionales, laborales y habitacionales son incompatibles con la vida, el índice de mortandad es elevadísimo. Fritz Suhren es el comandante de las SS a cargo del KZ desde agosto de 1942 y ha adoptado la política del exterminio por trabajo al pie de la letra: alimentar a las mujeres el mínimo posible y que trabajen el máximo y, cuando ya no puedan trabajar, matarlas o dejarlas morir. A partir de la segunda mitad de 1944 los asesinatos son sistemáticos: por bala, inyección letal, paliza, desnutrición, transporte «negro» a un campo de exterminio. A principios de 1945 el campo adyacente supuestamente para menores llamado Uckermark se convierte en un repositorio donde miles de prisioneras –las que ya no pueden enviar a trabajar– son abandonadas sin comida ni ningún tipo de cuidados. Al mismo tiempo, se instala una cámara de gas, donde en los últimos meses del campo los nazis asesinan a entre 5.000 y 6.000 personas.

Después, al crematorio. Cuando los hornos no dan abasto, a la zanja.

Miles de terrores individuales, miles de sufrimientos, miles de vidas rotas, de mujeres rotas. Todo esto ocurrió aquí mismo, en este espacio al que estamos a punto de entrar.

Me intento imaginar el sobrecogimiento que producirían los altos muros que bordean el campo en sí. Los observo en la lejanía mientras nos dirigimos al Centro de Bienvenida para visitar la biblioteca y recoger una audioguía. Mi conocimiento del campo es exhaustivo, pero no me quiero perder ningún detalle. La decepción es mayúscula al comprobar que no hay

nadie que nos reciba, solo un cartel en la puerta de cristal que anuncia que, por motivos de personal, aunque el museo está abierto, el Centro permanece cerrado. Ni siquiera hay un bedel. Tampoco me extraña. Todos mis intentos de contactar con el personal del campo durante los dos últimos años han sido en vano. El aparcamiento está casi vacío, salvo algún coche y un autobús escolar. Cuando entramos en el museo –empezamos la visita por ahí, antes de recorrer los exteriores– nos encontramos con decenas de adolescentes. Si no fuera por ellos, seríamos los únicos visitantes del campo, lo cual muestra el poco interés que despierta Ravensbrück frente a otros más «populares» como Auschwitz o el cercano Sachsenhausen. La cultura de masas ha reducido el imaginario sobre los campos nazis al «holocausto» judío y a Auschwitz, que se ha convertido en lugar de peregrinación para el necroturismo y el selfie. El resto de las experiencias concentracionarias y, particularmente, Ravensbrück, están en un lugar secundario en el ranking de interés.

La cuestión de género es, también aquí, importante: el hecho de que fuera un campo de mujeres le otorga una singularidad que para nosotras –las mujeres que pensamos, leemos, escribimos– es fundamental. El *Lager* crea una situación de excepcionalidad en la que todo pasa por el cuerpo. Recuerdo esta cita de Jean Améry y la traslado a las mujeres de Ravensbrück: «Yo era mi cuerpo y nada más [...]. Mi cuerpo, depauperado y encostrado de suciedad, era mi miseria» (179). El cuerpo y nada más. Un cuerpo que menstrúa o deja de menstruar; un cuerpo al que, como bienvenida al campo, le hacen un examen vaginal con una violencia jamás antes sentida; un cuerpo que no está acostumbrado a ser visto ni expuesto, un cuerpo en el que el patriarcado ha inscrito la vergüenza y el pudor. Su desnudez no es igual que la desnudez de un hombre; su cabeza rapada, tampoco; como no lo es la violencia sexual, el golpe en los pechos, la piel levantada de los pies, la cara llagada, la suciedad y los piojos, la sangre encostrada en unas bragas. Cuando la vida se reduce al castigo metódico y constante del cuerpo, la deportada no puede dejar de sufrir las realidades que impone su condición de mujer. Ese cuerpo, también, será el espacio

donde se lleven a cabo ciertas prácticas de resistencia, pequeñas pero significativas.

Si para nosotras la singularidad de la experiencia femenina es fundamental, para otros esta singularidad reduce el interés por este *Lager*. Ravensbrück es, para ellos, un campo mayoritariamente de mujeres y, por tanto, marginal.

La exposición permanente que se alberga en el edificio de la comandancia de Ravensbrück consta de dos pisos y 34 salas habilitadas donde se exhiben más de mil fotografías y documentos, unos quinientos objetos y decenas de vídeos, incluidos testimonios de supervivientes. Apabullante.

Según recorremos las antiguas oficinas y los pasillos, pisamos los suelos que retumbarían bajo las botas de los SS, nos detenemos en las estancias donde se decidía la muerte en vida y el asesinato de miles de mujeres. También donde trabajarían aquellas «afortunadas» que por su educación y formación fueron elegidas para hacer trabajo administrativo, como la alemana resistente Margarete Buber-Neumann. No solo el género era importante en los campos, también la clase.

Sentimos el peso brutal de la historia.

Los adolescentes que nos rodean no parecen impresionados por lo que van leyendo en las cartelas y viendo en las vitrinas, ni con los testimonios de las mujeres de los vídeos; no hay contención ni tristeza en ninguno de los que me voy encontrando durante el recorrido del museo, solo noto fastidio y aburrimiento en el mejor de los casos; en el peor, risas, gritos, alguna carrera. Intento no prestarles atención, pero me resulta difícil centrarme en el recorrido cuando a cada rato estallan a mi alrededor risas y comentarios jocosos en alemán que no entiendo. Sus profesores parecen estar acostumbrados o no creen que esa actitud sea inapropiada en un lugar que alberga tanto dolor, tanta muerte. Es como si no se dieran cuenta de que esta historia es, también, suya. Entre todas y todos estos jóvenes seguro que hay algún alma sensible que queda impresionada y angustiada, pero yo no me cruzo con ninguna.

Por contraste, en nuestro recorrido hacia el campo me habían llamado la atención unas bellas baldosas en las que se dibuja una rosa roja, las rayas azules del uniforme del campo o el alambre de espino que lo coronaba; son creaciones de la Ernst-Litfaß-Schule, una escuela de diseño de Berlín cuyos estudiantes instalaron en mayo de 2025 estas baldosas en la «Calle del recuerdo» para conmemorar el recorrido de las deportadas desde la estación al campo. Aunque lo sé, me lo repito: no todos los jóvenes son iguales.

Pienso que Marie-Jeanne tiene una relación directa o indirecta con cada objeto que descubro en las vitrinas, cada voz testimonial. Imagino que en algún momento se cruzó con alguna de las supervivientes que dan testimonio en los vídeos, que respiró su mismo aire viciado, sintió el hedor del crematorio, incluso pudo compartir algún parásito hambriento, como una chinche o un piojo. Su experiencia está encapsulada en el espacio que recorro y unida a la de estas mujeres por un hilo invisible e inquebrantable. Observo dibujos de varias mujeres que expresan tanto los horrores de la vida cotidiana como los pequeños momentos de respiro. Algunas, como Astrid Blumensaadt-Pedersen o Nina Jirsíková, consiguieron dibujar clandestinamente en Ravensbrück y salvar sus dibujos hasta el momento de la liberación; otras, como Maria Hiszpańska, reproducen, durante los primeros momentos después de dejar el campo, lo que en su momento pintaron y se perdió. He visto antes la mayoría de los dibujos, reproducidos en las monografías sobre Ravensbrück o en mis búsquedas de internet, pero ver los originales me provoca mucha impresión: siento el sufrimiento que transmiten de forma más física, como si el dolor se encarnara en los trazos, las formas, los colores que contemplo.

Astrid Blumensaadt-Pedersen dibujó escenas diarias que Marie-Jeanne –y Maddi, no olvido a Maddi– seguro vivieron, como la presencia inevitable del olor que se expande por el campo a través del humo del crematorio. Astrid, que fue obligada a trabajar en la fábrica de Siemens, conseguía pintar gracias a los lápices de colores y el papel que robaban las prisioneras que trabajaban en la administración de Siemens y en el departamento de empaquetamiento.

Me detengo ante los dibujos caricaturescos de Nina Jirsíková. El humor corrosivo como resistencia. En uno, dibuja de forma paródica a tres presas que atienden a una *blockova* o jefa de bloque, famosas la mayoría por su brutalidad: la peinan, le hacen la manicura y la pedicura; ellas tienen caras de fastidio, mientras que la *blockova*, de grandes pechos y barriga, sonríe satisfecha. En otro, representa a una amiga despiojando a otra con una sonrisa cariñosa en la cara; a su lado, una anciana extremadamente delgada, con la cabeza rapada y gafas, parece estar secándose con un pequeño paño. «Escenas cotidianas de toilette en un campo de concentración», se podrían titular. Me pregunto qué significó para estas mujeres acabar normalizando este tipo de situaciones –ser esclavas de una *blockova*, despiojarse mientras rugen las tripas del hambre– y otras mucho peores.

«Cada recién llegada –escribe en sus memorias Margarete Buber-Neumann– pasa por un periodo terrible en el que está sacudida hasta lo más hondo de su ser, no importa lo fuerte que sea su psique, lo tranquilos que tenga los nervios.» Pero después de este periodo, que puede ser más o menos largo, «gradualmente, disminuye su interés por la realidad o por las otras presas y su reacción a hechos horribles pierde intensidad hasta desaparecer. Es un proceso de endurecimiento tal que pronto las noticias de sentencias de muerte, ejecuciones, latigazos, torturas atroces causan poco más que una leve sensación de horror que pasa enseguida, y después la risa y la conversación otra vez, y la vida en el campo sigue como si nada» (209). Contemplo este dibujo y, es cierto, hay una sonrisa en la cara de la mujer que despioja a su amiga, también hay cierta alegría en este otro: la misma anciana que se secaba con un trapo u otra parecida, observa muy de cerca a un grupo sonriente de cuatro mujeres sentadas en el suelo, parece que están charlando animadas durante un descanso. Y, quién sabe, igual esa misma mañana han visto morir a una compañera. Pero en el universo concentracionario, por mucho que parezca aberrante, esta situación no alberga una contradicción: es imposible seguir viviendo si no se normaliza el espanto. Y esto es lo terrible de la transformación que sufren quienes habitan ese mundo atroz. La reflexión de Buber-Neumann sigue así: «Recuerdo que, recién llegada al campo, me conmocionaba y horrorizaba

cuando las mujeres se desmayaban durante el recuento, en particular cuando, cada vez, una gitana sufría el mismo ataque al corazón porque era incapaz de mantenerse inmóvil por tanto tiempo. Y, sin embargo, en 1944, cuando tenía que ir a la enfermería por alguna razón, elegía tranquilamente mi camino entre las moribundas tumbadas por los pasillos» (209).

Los dibujos de Maria Hiszpańska son mucho más sombríos que los de Nina, también más expresivos. En uno, impresionante por su factura siniestra, una guarda patea a una prisionera mientras otras empujan un volquete lleno de piedras. Un volquete como el que se exhibe en una de las salas y que me impresiona cuando lo imagino a rebosar. ¿Cómo estas mujeres emaciadas podían cargar con semejante peso? Pienso en las prisioneras del tren fantasma: si hubieran sido capaces de prever este horror, posiblemente habrían encontrado la fuerza para levantar las tablas de su vagón y escaparse a tiempo.

Veo objetos que me conmueven y me permiten respirar un poco, entre tanto horror; muchos son regalos que se hacen entre las presas como señal de agradecimiento, de amor, de apoyo o de solidaridad. Para algunos hay que imaginar una historia, para otros, hay una explicación. Por ejemplo, me asombra una muñequita con traje flamenco hecha con hilos de lino, algodón y seda artificial, cable y pelo humano. Está fechada en agosto de 1944 y esta es su historia tal y como la explica la cartela informativa: «Lise London, una mujer francesa que luchó en la guerra civil española junto a su marido checo, hizo esta muñeca con restos de tela y pelo humano y se la regaló a la prisionera checa, la doctora Zdena Nedvědová por su cumpleaños. La doctora, cuyas compañeras la llamaban "nuestro sol", era bien conocida en el campo por sus esfuerzos para cuidar a las prisioneras enfermas».

Me pregunto qué pequeños gestos de amor y amistad habría en el grupo de Marie-Jeanne, entre las «hermanas de miseria» de la fotografía tomada en 1974, treinta años después.

Seguramente Marie-Jeanne buscó consuelo en ellas después de que la separaran de Maddi. Son pocas las mujeres que llegan juntas –madres e hijas, por ejemplo– y continúan unidas hasta el final. Pienso en la

desesperación de Marie-Louise Lasserre, el dolor que en 2004 siente al revivir esta escena en Ravensbrück cuando apalean a su madre: «De noche nos congelábamos porque nos obligaban a desvestirnos. Mi madre se intentó poner los zapatos en la oscuridad y una oficial de las SS la vio y le pegó muy fuerte. Me hizo mirar. Sabía que yo era la hija. Esa fue una de las cosas más difíciles que tuve que soportar. Tener que ver a esa mujer de las SS pegar a mi madre que estaba enferma. Eso fue más doloroso que cualquier otra cosa que experimenté física o mentalmente. Me forzaron a mirar y no podía hacer nada para ayudar a mi madre. Ay, no soporto recordarlo» (Ott, 126). Y eso a pesar de que, al final, su madre sobrevivió con ella. No fue el caso de la madre de Germaine Tillion, gaseada en marzo de 1945 y a la que dedica unas páginas dolorosísimas en su introducción a *Ravensbrück*; o la de Sabina González, superviviente de la deportación: «Mi madre se llamaba Carmen Bartolí y murió en Ravensbrück, en las atroces condiciones de todas las mujeres que allí fueron asesinadas» (Català, 255).

Continúo mi paseo por esta exposición del horror y encuentro un objeto que me remite a una de esas experiencias compartidas entre Marie-Jeanne y sus compañeras. Me topo con el aparato que usaban las guardas para cortar el pelo de las deportadas. Mi estómago reacciona encogiéndose –todavía más– al observar este instrumento de tortura oxidado. Tengo que pensar que entonces no lo estaría y que parecería menos siniestro, pero es indudable el daño que provocaría en el cuero cabelludo, las heridas que causaría: cortes y desgarrones que, debido a la inmunodeficiencia de las deportadas, posiblemente se infectarían. Fuera de este contexto podría identificarse como un aparato para esquilar ovejas. El pelo se fija a través de los dientes de metal, se acciona la tijera que hace que la cuchilla roce el cuero cabelludo y corte el pelo al rape, de forma desigual, haciendo herida queriendo y sin querer. Cortar el pelo no es tanto una medida «profiláctica» de los nazis en los campos de concentración –sería incongruente aceptar esa teoría, ya que las condiciones de vida son insalubres y antihigiénicas y los piojos y chinches son los seres mejor alimentados del campo–, es sobre todo una forma de humillación y de castigo.

Marie-Jeanne lo sufrió en carne propia.

Miro este objeto amenazante e imagino la situación que Marie-Jeanne le cuenta a su nieta en repetidas ocasiones y de forma muy resumida. Lo que recuerda Angélique apenas son dos frases: «ella y sus compañeras intentaron hacerse rulos con cartón para peinarse. Una de las guardianas del campo las descubrió y les rapó el pelo como castigo». Marie-Jeanne y alguna otra del convoy del tren fantasma se habían librado de que les raparan el pelo al entrar en Ravensbrück; en ese sistema impredecible y aleatorio que era el *Lager*, algunas mujeres se salvaban del rapado inicial, a veces porque las autoridades no daban abasto. Las puedo imaginar un domingo en su barracón, o tal vez todavía durante la cuarentena, esos primeros días en los que permanecían aisladas del resto hasta ser trasladadas o asignadas a un *Kommando* de trabajo. Escojamos la primera opción: están en el barracón 33, digamos que un domingo, el único día que tienen para descansar. Se buscan piojos y se peinan con los dedos las unas a las otras, tal y como acabo de ver en el dibujo de Nina Jirsíková: el pelo lacio, sucio, sin vida o con vida ajena pululando por él. Han pasado ya meses desde que empezó su calvario: detenciones y torturas, prisiones, el viaje terrorífico y ahora el horror demencial y cotidiano del campo. Ven reflejado su deterioro físico en las caras demacradas de las otras, en sus ojeras, su color ceniciento, su piel llagada. Una de ellas –no sabemos quién– anuncia una sorpresa. De debajo de su jergón extrae unos minúsculos rollos de cartón, material precioso al que solo tiene acceso quien trabaje en el taller de costura o en alguna oficina. Quién sabe cómo lo ha conseguido, igual se lo ha encontrado y lo ha escondido rápidamente. Con ello ha hecho unos pocos rollitos, no da más que a un par de rulos por cabeza. Se lo colocan las unas a las otras entre carcajadas. Me imagino una escena de chicas, la alegría despreocupada cuando se comparten risas con una amiga. El alboroto.

Pero el alboroto es peligroso en el barracón. Alguna que envidia la risa o que se resiente o que quiere ganar puntos –por una ración mejor, una manta, un pedazo de salchichón– o simplemente porque el campo a veces saca lo peor de cada cual, se chiva a la *blockova* que a su vez avisa a la

Aufseherin que entra en la barraca con una violencia que hace que todas tiemblen. Han visto apalear hasta la muerte a mujeres por mucho menos que esto. Entre la *blockova* y la *Aufseherin* sacan a las mujeres de los pelos, otra guardia llega con este aparato monstruoso que ahora contemplo y empieza la violencia, la humillación pública. Marie-Jeanne nunca le contó a Angélique quiénes la acompañaban ese día, pero yo imagino a las tres mujeres de la fotografía, sus «amigas de miseria», llorando mientras sienten los dientes de hierro abrir la fina piel de su cuero cabelludo y ven caer los mechones al suelo.

El rapado de las mujeres no es solo un castigo físico, ejecutado con violencia, es también una forma de humillación que tiene un marcado sesgo machista: recordemos a las «rojas» rapadas por los fascistas, a las «colaboracionistas» rapadas por sus conciudadanos franceses tras la Liberación. Hemos visto documentos audiovisuales: los hombres arrastrando de los pelos a mujeres indefensas, ellos jueces soberanos que públicamente ponen a la «puta», a la «traidora», a la que ha osado transgredir el orden «natural» patriarcal, en su sitio. En Ravensbrück, concretamente en esta escena con Marie-Jeanne y sus compañeras, las que ejecutan el acto de humillación son mujeres, pero no por ello son menos representantes de un patriarcado brutal.

Esta escena, conjurada por la presencia de la siniestra podadora, exhibe, por una parte, el poder de la violencia real y simbólica de quien decide sobre el cuerpo de las mujeres, transforma ese cuerpo a su antojo y, con ello, debilita la psique de las prisioneras. Pero por otra parte, también demuestra que incluso en la situación de opresión más radical, hay espacio para la resistencia: pequeños gestos clandestinos, invisibles para el poder, que alientan la vida entre las prisioneras. No hablo de los bigudíes de cartón en sí –estos, por desgracia, son descubiertos– sino de la búsqueda de la belleza y de la alegría, que constituye en sí misma una forma de resistencia; y la risa con las amigas, un acto performativo de supervivencia.

Recuerdo esta anécdota luminosa que cuenta Simone Veil en *Una vida* a su llegada a Auschwitz: «Con nosotras se encontraba una amiga de Niza, detenida el mismo día que yo. Ella había guardado un frasco de perfume.

Me dijo: “Nos lo van a sacar. Yo, mi perfume, no lo quiero dar”. Entonces, tres o cuatro chicas nos rociamos de perfume; nuestro último gesto de adolescentes coquetas» (45). Veil repite esta anécdota en *Amanecer en Birkenau*, pero añade un detalle estremecedor: «Hoy tengo el mismo perfume en mi baño. Me recuerda a ella» (71). Su amiga no sobrevivió. Este gesto va mucho más allá del deseo de recordarla; con una fidelidad perturbadora, Veil cada día revive el momento en el que el perfume las impregna, que es el mismo momento de su entrada a Auschwitz. Este libro, *Amanecer en Birkenau*, es un testimonio precioso de la amistad entre Simone Veil y la también superviviente Marceline Loridan-Ivens, que escribió *Y tú no regresaste,* unas memorias conmovedoras sobre su deportación. David Teboul entrevista a las dos mujeres y transcribe sus conversaciones. De esos momentos compartidos dice: «La complicidad que había entre Simone y Marceline era tan antigua como su trauma. En el campo, tenían casi la misma edad, algo más de dieciséis años en el caso de Marceline y casi diecisiete en el de Simone. Cuando estaban juntas, volvían a ser las chicas de Birkenau» (184).

«Las chicas de Ravensbrück», Marie-Jeanne y sus amigas, sonríen a la cámara y se agarran del bracete treinta años después y echan de menos a las que no regresaron. Igual cuando se arreglan el pelo y se ponen los rulos, como Simone cuando se echa el perfume, piensan en alguna que estaba presente ese día y que no volvió. Félicie Virto fue una de las rapadas y regresó, lo sabemos por el testimonio de Marie-Jeanne, como sabemos por Angélique que Félicie fue la amiga más íntima de la abuela. Félicie, dice Angélique: «era como mi abuela, dos personas muy felices. Es extraño. Cuando estaban juntas eran como dos niñas, había algo muy alegre». Marie-Jeanne y Félicie recordarían tiempo después la alegría y el dolor del día en que intentaron hacerse rulos y salieron trasquiladas.

La sala que alberga la muñequita flamenca y otros pequeños objetos –anillos, pulseras de tela, cuadernitos– está, como no podía ser menos, dedicada a la amistad. Los objetos nos hablan tanto de las condiciones del sufrimiento como de las prácticas de transgresión que ocurren en el campo. El espacio concebido y designado por el poder para reducir a cuerpo

esclavo a las prisioneras se transforma, a veces, en un espacio vivido en el que ciertas prácticas cotidianas de resistencia pueden emerger, un espacio subalterno. En la promiscuidad del barracón, una deportada le puede regalar a otra un rosario hecho de tela, un anillo de barro, un papel y un lápiz robados. Una de las amistades más conmovedoras que surge en Ravensbrück y de las que tenemos registro es la relación entre Margarete Buber-Neumann y Milena Jesenská. Su biografía sobre Milena es un tratado de la amistad como práctica de resistencia: a través de gestos de amor que van desde el cuidado de la otra en momentos de peligro extremo hasta los regalos, como un café con leche y azúcar que consigue Milena para Margarete, un verdadero milagro. Milena no sobrevivió y Margarete llegó a escribir: «Doy las gracias por haber sido enviada a Ravensbrück porque allí conocí a Milena» (*Milena*, 3). Margarete, en los días finales del campo, salvó a Germaine Tillion de la cámara de gas cubriendo el cuerpo emaciado de Germaine con su propio cuerpo en una cama de la enfermería.

Vuelvo al dibujo de Nina Jirsíková del grupo sonriente de mujeres sentadas en el suelo durante lo que parece un descanso. Fuera del grupo, muy cerca y observándolas, la anciana de cabeza rapada que aparece en la escena de la toilette; a lo lejos, dos mujeres entrelazan sus brazos por la espalda, posiblemente son pareja. La violencia estructural se hace presente en este dibujo a través de la alambrada, pero ante todo prima cómo se vive ese espacio en ese instante: con amistad y amor.

Pienso también en la valoración tan alta que hace Germaine Tillion de la amistad. En la introducción a su tratado sobre Ravensbrück, valora los motivos de su supervivencia: primero y sobre todo, por suerte, después por la rabia y la motivación de revelar los crímenes que había presenciado y, por último, por la unión de la amistad, ya que había perdido el deseo instintivo y físico de vivir (xxii).

Y me repito: no todo es horror.

En varias de las salas hay vídeos de supervivientes del campo. He leído infinidad de testimonios, pero ahora las veo. Las estoy viendo. Mujeres

ancianas que todavía lloran con el recuerdo, sus caras descompuestas por el dolor: una lesión activa que se transforma a lo largo de la vida, que a ratos está latente, a ratos se abre, se ensancha y ahonda, supura, como cuando alguien –una historiadora, una nieta curiosa– pregunta, pide explicaciones y detalles. Tamara Tokareva, prisionera política bielorrusa, habla de la ropa interior: a su llegada al campo, les dan las bragas que les tienen que durar mientras vivan, ya fueran dos meses o tres años. Cuando el campo se crea en 1939 las condiciones de vida –higiene, alimentación, rutinas de trabajo– son duras pero aceptables. De hecho, cuando Margarete Buber-Neumann llega a Ravensbrück transferida desde un gulag soviético, afirma que el KZ es un palacio en comparación. Sin embargo, a partir de 1942 la situación empieza a empeorar y para cuando llegan muchas de estas mujeres, en 1944, el hacinamiento, la escasez de comida, las condiciones higiénicas y de salud, son espantosas, sobre todo para las recién llegadas que no saben cómo manejarse en este sumidero de vidas.

Así, tenemos que imaginar que Marie-Jeanne y sus compañeras, como Tamara, recibirían una sola muda. Cuenta Tamara que a veces podían lavarlas los domingos, el único día que tenían tiempo libre, y entonces se tumbaban sobre ellas para que se secaran un poco durante la noche; en invierno, ni siquiera podían lavarlas.

No concibo ninguna de las situaciones extremas a las que estas mujeres están forzadas, pero me detengo en la idea de no poder cambiarme de bragas. Nunca. Las implicaciones que tiene esto para una mujer, sobre todo si todavía tiene la regla, son lacerantes. Muchas, por suerte, sufren amenorreas por la desnutrición, el estrés, el esfuerzo excesivo. Pero aun así: ¿no poder cambiar ni limpiar la ropa interior por días, semanas, meses? Todo son términos absolutos del horror. No puedo olvidar la imagen que comparte Neus Català con Montserrat Roig: «A mí me tocaron unas bragas llenas de pus y porquería. Me daban asco y me apalearon para que las cogiera. Aquella fue la primera vez que lloré ante un SS» (438). Una mujer de una fortaleza que parece inquebrantable se rompe ante la idea de ponerse esas bragas asquerosas, ante la doble humillación de la paliza y de tener que aceptarlas. ¿Cómo no romperse?

Las bragas, al parecer, eran uno de los bienes más preciados en Ravensbrück. Cuenta Charlotte Delbo en *Un conocimiento inútil* que un día en el campo se le acerca una gitana muy jovencita y le ofrece venderle un libro –*El misántropo*– por una ración de pan. Delbo, sorprendida de que alguien hubiera elegido un ejemplar de este libro para llevarlo a Ravensbrück, intenta negociar con ella: «Ya podrías hacerme un precio. No es tan fácil de vender como unas bragas», le dice a la gitanilla (256). Pero la muchacha no cede, ya ha intuido que para la francesa ese libro vale tanto como un pedazo de pan. O unas bragas.

Me pregunto: si yo tuviera que elegir dónde invertir mi ración de pan ¿lo haría en el libro o en las bragas? Te pregunto: ¿qué elegirías tú?

Charlotte, en el mismo texto: «Las bragas debían apestar. También era la primera vez que me las quitaba en sesenta y siete días» (206).

Después de Tamara, Galina Kovaleva habla de la dificultad de dormir, de dos en dos, en las literas de madera, tan estrechas que si una quería dar vuelta lo tenían que hacer las dos a la vez. En una sala veo las literas. ¡Tan pequeñas! Imposible que cupieran dos mujeres ahí. Pero luego recuerdo que son mujeres-esqueleto, que la mayoría no llega a los cuarenta kilos. Observo la manta que se exhibe al lado de la litera y siento, a través de la vitrina, su aspereza. Dana Valič cuenta que a la mañana, al despertar y retirar las mantas, intentaban sacudirse las pulgas y chinches que habían dormido al calor de sus cuerpos, alimentándose de ellas. El día empezaba con los gritos, las guardias entrando en el barracón con sus perros, las mujeres saltando de las literas superiores, las de abajo intentando adelantarse para llegar primero a las letrinas y a tiempo al recuento. Es una de las situaciones que más recuerdan las mujeres del campo: cada mañana, el mismo ritual, la misma antesala terrible a un día atroz. Todas hablan del recuento en el *Appellplatz*: de pie, a veces por horas, prohibido hablar, prohibido moverse, prohibido tocarse, prohibido sacar una manta para cubrirse con ella en el frío mortal. Recuerdo la foto de Marie-Jeanne con el abrigo abrochado mientras sus amigas lucen vestidos de verano. Cuando pregunté a Angélique si su abuela era friolera me dijo: «no estoy segura,

pero ahora que me lo preguntas, es cierto que, incluso en verano, siempre llevaba un jersey a mano».

Una de las salas está dedicada a la prostitución de prisioneras. Es una historia sórdida que, hasta recientemente, no se ha investigado en profundidad. Esta experiencia está alejada de las vivencias de Marie-Jeanne en la deportación, pero es importante dejar constancia de ella. No quedan registros de todas las mujeres que fueron obligadas a prostituirse –algunas bajo el engaño de que mejorarían sus posibilidades de sobrevivir–, pero sí está constatado que Ravensbrück fue uno de los campos de los que salieron la mayoría de las doscientas mujeres registradas en los burdeles de al menos diez *Lager* principales del sistema concentracionario nazi: Auschwitz-Stammlager, Auschwitz-Monowitz, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Gusen, Neuengamme, Mauthausen, Mittelbau-Dora y Sachsenhausen (Sommer, 171). En principio, los burdeles eran parte de un sistema de incentivos en los campos de trabajo. Los trabajadores más productivos recibían bonos para mejor comida, cigarrillos y el derecho a usar el burdel. Es decir, el derecho a violar a una deportada. De esas doscientas mujeres, la mayoría eran alemanas, seguidas por las polacas; en teoría no había judías ya que eso quebrantaría las leyes raciales del nazismo, aunque esta ley se incumplía en la práctica constantemente, sobre todo a través de la violación.

La mayoría de las mujeres también eran «asociales», mujeres, según la categorización nazi, que no cumplían con la moral del régimen y que habían sido encerradas por prostitución. Los burdeles nunca contribuyeron a incentivar la producción de los trabajadores, solo a ampliar el ya fructífero sistema de degradación, humillación y tortura de las mujeres. La tal mejora no era más que otra forma de violencia: las mujeres tendrían mejor apariencia y alimentación, vestidas con ropas femeninas, limpias, con derecho a cama propia para que cada quince minutos un hombre las penetrara. No solo la muerte estaba industrializada, también la violación. Y la llamaremos violación incluso si algunas de estas chicas decidía «apuntarse» a servir en un burdel bajo promesa de mejorar su vida. Si no se

ha prestado suficiente atención a estas mujeres es, en parte, porque algunas ya eran prostitutas de profesión y porque había voluntarias entre ellas. Sus propias compañeras de campo las despreciaban y, después de la guerra, se las juzgó moralmente y se las acusó de «colaboradoras». También en los estudios históricos se desprecia a las que accedieron voluntariamente a este servicio. Juzgar a estas mujeres porque quisieron tener control sobre su sexualidad y usar su cuerpo para sobrevivir contribuye no solo a su estigmatización, también refuerza las estructuras intelectuales patriarcales desde las cuales se construye el conocimiento de la experiencia femenina en el universo concentracionario.

Cuenta Margarete Buber-Neumann que Milena Jesenská mientras trabajaba en la enfermería, a la que llegaban prostitutas enfermas de sífilis, intentaba cambiarles el diagnóstico para que no fueran condenadas a muerte de inmediato.

En una cartela de esta sala sobre la prostitución leo el testimonio de Zofia Bator. En una visita a la enfermería de Ravensbrück, ve a una joven de aspecto sorprendente: con el pelo arreglado, las cejas y pestañas maquilladas, un camisón con puntillas. Ante semejante apariencia, Zofia interroga a la joven que confiesa provenir del «Puff», palabra alemana que significa «burdel» y que da nombre a los *Puffkommando*. La chica había sido reclutada para «trabajo fácil» sin saber en qué consistía. El médico de las SS que la examinó, la informó y le advirtió de que, si lo aceptaba, la iba a someter a un tratamiento que le provocaría infertilidad. Zofia cuenta que la joven, aun así, se fue con el *Puffkommando*. ¿Qué capacidad de decisión tiene una chica en estas circunstancias?

Me pregunto si ese tratamiento para la esterilidad sería el mismo con el que se experimentó en otras prisioneras que no tenían ninguna necesidad de recibirlo, como Marie-Jeanne. Entro en la sala de los experimentos médicos. Ravensbrück fue uno de los campos en los que más experimentos se llevaron a cabo, los más famosos, los realizados en las «conejas»: las jóvenes, en su mayoría polacas, cuyos cuerpos fueron el escenario de ensayos de una crueldad inusitada. Los cuerpos de las supervivientes –de piernas mutiladas y cicatrices atroces– fueron la carga de la prueba en los

juicios de Núremberg contra los médicos del nazismo. Debido a lo extremo de estos casos, han sido los que más aparecen en la historiografía de los KZ y en el imaginario sobre Ravensbrück, pero en este *Lager* se realizaron otros experimentos que afectaron masivamente a las deportadas. Angélique me cuenta que Marie-Jeanne achacaba muchos de sus problemas de salud y su dificultad para quedarse embarazada a experimentos durante su internamiento en Ravensbrück: tratamientos con inyecciones en el vientre –tal vez también intravaginales, pero Angélique no recuerda que fuera tan específica, igual por pudor–, y mencionaba además inyecciones en la boca y en las muelas. Germaine Tillion menciona a un tal Dr. Hellinger, dentista, que participaba en las selecciones de las más débiles, a pesar de que no tenía necesidad de ello. De vez en cuando, dice Tillion, se interesaba por «casos dentales» reales, pero la mayoría del tiempo lo dedicaba a arrancar los dientes de oro de las muertas (75). Marie-Jeanne perdió parte de su dentadura en Ravensbrück.

Alfonsina Bueno Ester, otra de las mujeres españolas supervivientes de Ravensbrück a las que entrevista Neus Català, dice, lacónica, en su testimonio: «Después de treinta años sigo sufriendo a causa de los experimentos a los que me sometieron en el campo. He pasado muchos meses en los hospitales» (160). Más adelante, dentro de unas páginas, te hablaré de las secuelas físicas de la deportación a largo plazo. Ahora quiero que te quedes conmigo un momento aquí, imaginando lo que sentiría Marie-Jeanne ante esas inyecciones: no entender qué están introduciendo en tu cuerpo quienes lo dominan a su antojo tiene que causar verdadero pavor.

Llega el momento de salir del edificio de la comandancia y entrar en el territorio de las presas. Hemos visto la historia encapsulada y ordenada según la lógica museística. Ahora toca pisar, incorporarse al espacio, intentar recuperar el espacio vivido dentro de este inmenso lugar diseñado para controlar, reprimir y explotar a las prisioneras; con la evolución del campo, a ese primer diseño se añadió la industrialización de la muerte y la desaparición.

Necesito aire fresco, pero tengo la sensación de que este exterior también me asfixia. Lo que quiero imaginar –el espacio vivido– es inimaginable. Al mismo tiempo duele estar aquí. Ruth Klüger tal vez me afearía este exceso de sensaciones negativas, me diría que cuidado con la complacencia que supone emocionarnos ante el horror. El campo de concentración es para ella, superviviente de tres, entre ellos Auschwitz-Birkenau, un «tiempo preciso, ni antes ni después» (108). Yo sé que no puedo regresar a ese tiempo, por más que lo intente. Pero sí siento –perdóname, Ruth, por mi ingenuidad– que algo de aquel presente se revele en el mío.

A pocos pasos de la entrada al complejo –en su momento custodiada por guardias SS, metralletas, perros– se sitúa la explanada del recuento, el *Appellplatz*. Ahora José y yo estamos completamente solos. Los adolescentes siguen en la comandancia o se han ido a otros lugares del recinto. Me quedo inmóvil un largo rato, cubierta con mi plumífero, mis botas forradas, mi chal de lana, mis guantes. Aun así, siento frío. La piel erizada demasiado tiempo duele. El viento, que atraviesa mis oídos, es interrumpido por un graznido de cuervo. Intento imaginar cómo sería estar aquí a las cuatro de la madrugada, todo oscuro y gélido, la voz de la guardia de turno gritando los números de las presas, la respiración de los perros, algún llanto contenido, el castañeo de una mandíbula incapaz de contener el frío y el pavor. Suspiros quejumbrosos. Tal vez una broma, un comentario sarcástico entre dientes de alguna que todavía conserva cierto ánimo; tal vez otra tararea muy bajito una canción. En la exposición permanente hay una transcripción de la letra de *La paloma*, tan popular que la cantaban hasta las prisioneras checas: «Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona...». Cuánto puede cambiar una canción dependiendo de dónde y quién la cante, quién la escuche.

Al volver a casa releo a Neus Català, cruda y visceral, aquí no hay canción que valga: «Todo lo que nos envolvía era terror. Aquel olor a carne quemada y a podrido; aquel incesante rumor, ruido inimitable, mezcla de quejidos, susurros, aullidos, lamentos, gritos, chasquidos, jadeos, ladridos [...]. Y los hornos crematorios, que no cesaban día y noche [...]. Y los

cuervos siempre graznando. Música funeraria» (55). Releo el testimonio de Alfonsina Bueno Ester: «Cada día estábamos más depauperadas, veíamos más cercano nuestro fin, pero ¿en qué condiciones? Vivíamos como autómatas, no comprendíamos más que los gritos, no oíamos más que quejidos y súplicas, el ruido sordo y seco de los palos, los perros que aullaban y el "tacatac" de las ametralladoras. Vivíamos angustiadas, desesperadas, ¿teníamos reacciones de humanos?» (158).

Recorremos el exterior del campo, cada uno por su lado, siguiendo las cartelas explicativas que señalan los diferentes lugares. No quedan barracones, pero han sido marcados en la tierra con elevaciones, así que no es difícil proyectar el conocimiento que tengo del *Lager* sobre el terreno. Piso el suelo donde estaba la *Revier,* esa enfermería a la que todas tenían miedo de ir porque allí no se curaba, se mataba; piso el suelo de los barracones de las testigos de Jehová, que llegaron a ser ochocientas; busco el barracón 33, donde estuvo Marie-Jeanne y posiblemente Maddi. A la imagen actual superpongo las fotografías que hicieron los SS del campo con motivos promocionales. Son imágenes sin mujeres. Solo edificios: espacio concebido. Ahora contemplo el espacio sin edificios, rebosante de fantasmas de mujeres: espacio vivido.

El recorrido está guiado por una de las exposiciones permanentes de Ravensbrück: veinte estelas que cuentan la historia de veinte mujeres que llevaron a cabo algún tipo de actividad resistente durante su internamiento en Ravensbrück. La mayoría de estas mujeres sobreviven para contarlo, algunas de ellas con cierta notoriedad a lo largo de su vida, como Germaine Tillion, Lise London o Eugenia Kocwa. Es importante reconocer su labor, transformar nuestro imaginario de únicamente víctimas a mujeres con agencia, capaces de grandes gestos como el de Aat Breur, la artista holandesa que se salvó por los pelos de la cámara de gas pero que, después de la liberación del campo, en vez de volver a casa inmediatamente, se quedó durante meses a cuidar de las mujeres enfermas que no podían siquiera ser evacuadas.

Mientras leo estas estelas y me emociono ante las historias de resistencia, me asalta una punzada de incomodidad: qué pasa con mujeres

como Marie-Jeanne, como Félicie o Marie-Louise, mujeres cuyas acciones no transcendieron al lado público de la historia o que como Maddi murieron en el anonimato, posiblemente sin capacidad para un mínimo gesto de resistencia. ¿Son estas veinte historias representativas o, por el contrario, excepcionales? Las supervivientes, lo hemos visto, hablan de la amistad y lo que esa amistad produce y conlleva, como tabla de salvación y como valor supremo en los campos; la heroicidad, sin embargo, es un hecho excepcional. Me inclino por valorar el pequeño gesto frente al grande.

Hay, además, algo en esta forma de presentar la historia que también me inquieta: como si solo convirtiendo a las deportadas en algún tipo de heroínas –por su religiosidad, su rebeldía, su tozudez, su generosidad, su dignidad, su solidaridad– se merecieran permanecer en el recuerdo. Y me digo que también las que murieron sin capacidad de respuesta, las que no soportaron ni siquiera la primera embestida de la bestia concentracionaria, son dignas de recuerdo. Incluso las que cayeron en la degradación moral y actuaron de forma que, desde este desconocimiento de la verdad más profunda del *Lager*, se consideraría poco loable. Margarete Buber-Neumann reflexiona en sus memorias sobre la dificultad de obrar bien en las condiciones del campo, incluso entre las prisioneras políticas que, se supone, tenían una mayor conciencia ética: «Había envidias y celos. Si una conseguía un poco más de comida, un pedazo de pan un poquito más grande, una porción mayor de margarina o salchicha, había inmediatamente escenas de rabia y de resentimiento» (210). Es imposible no pensar en la reflexión sobre la «zona gris» de Primo Levi, esa región mucho más incómoda que el territorio aplanado en el que se señalan con claridad los dos grandes bloques de víctimas y verdugos. La realidad prevalente en el campo fue la zona gris donde, entre la multitud de víctimas, el oprimido puede convertirse en opresor. Y viceversa. «La lección de los campos», resume Giorgio Agamben, es «la fraternidad en la abyección» (16). Y Ruth Klüger estaría de acuerdo en que el sufrimiento no nos hace mejores, no hay ninguna enseñanza en él. La idea de que «el sufrimiento acrisola» es «absurda», dice la superviviente austriaca, para quien las condiciones del campo acrecientan el egoísmo (77). Y aun así, todo esto no es incompatible

con el entramado, fino y al mismo tiempo firme como tela de araña, de la amistad. Margarete y Milena. Marie-Jeanne y Félicie, Charlotte y Poupette.

Avanzamos hacia el norte del campo, la zona industrial donde se albergaba una antigua fábrica textil de las SS. Más allá, a unos trescientos metros, se situaría también la fábrica de Siemens pero esa parte de la historia del *Lager* no está todavía incorporada al memorial. Hay un proyecto que se desarrolla desde 2010 pero que más parece un lavado de cara que un proyecto serio, dados los pocos resultados visibles en quince años. Podemos imaginar por qué. Siemens fue una de las principales beneficiarias del trabajo esclavo de las mujeres de Ravensbrück. Por su fábrica pasaron miles de deportadas forzadas a producir micrófonos, teléfonos, cables y otros aparatos eléctricos para el ejército alemán. Hasta muy recientemente, Siemens ha alegado que desconocía la existencia de una cámara de gas y un crematorio en el campo. Y, sin embargo, varias supervivientes recuerdan las selecciones que se hacían dentro de la fábrica durante los últimos meses: mujeres que eran llevadas directamente de su puesto a la cámara de gas. El hecho de que dos directores de Siemens, los dos miembros de las SS, se suicidaran en 1945 y que el director de la fábrica de Siemens desapareciera sin rastro después de la guerra, dice ya bastante (Helm, 708). La compañía ha pagado alguna compensación pero no ha compartido su archivo ni reconocido públicamente –solo en privado– que su participación en la maquinaria de muerte del Reich era voluntaria e interesada.

Pero volvamos a este edificio donde las deportadas trabajaban haciendo uniformes de las SS. El espacio es gigantesco y está casi vacío. Seguimos estando José y yo solos, en silencio. Sobrecogidos. En el amplio espacio de paredes desconchadas y suelo de baldosa original, nos reciben unas esculturas fascinantes de Stuart Wolfe: cuerpos consumidos hasta los huesos que parecen hechos de ceniza, a cada uno le atraviesa el corazón un clavo de hierro de unos veinte centímetros cuya cabeza es un triángulo de color: rojo, morado, negro, verde. Aquí, en esta sala enorme, en algún momento fue forzada Charlotte Delbo a trabajar: «Cada una en su lugar, cada una con

su máquina, las trabajadoras se inclinaban sobre la obra. Las piezas pasaban de la que juntaba a la que montaba las mangas, a una tercera que colocaba el cuello, a una cuarta que abría los ojales, a la última que cosía el forro [...] Ni levantar la vista, ni hablar ni detenerse» (258). El ruido de todas las máquinas tejiendo a la vez debía de ser ensordecedor.

Salimos del edificio y dejamos atrás el silencio.

El acceso al campo de los hombres colindante, bastante menor en tamaño, está cerrado. Desde la verja que ocupa el mismo lugar en que estaría la original, contemplamos lo que queda de ese otro campo: un barracón de madera y un vagón para transportar ganado y deportados. Lo observamos en la distancia unos minutos y seguimos el recorrido, el espacio vacío únicamente marcado por las estelas conmemorativas. José se adelanta, va caminando lentamente hacia el lago. Yo me demoro. Pienso que en algún lugar de esta explanada gigantesca tenía que estar la tienda de campaña enorme en la que comenzaron a meter a las prisioneras, sobre todo a las judías, a partir del verano de 1944. En principio, la tienda era solo para las deportadas en tránsito pero acabó convirtiéndose para muchas en la antesala de la muerte: las mujeres no estaban asignadas a ningún *Kommando*, no se les permitía salir de la tienda, no disponían de agua ni espacio donde hacer sus necesidades. Simplemente estaban ahí, tumbadas sobre la paja llena de suciedad y excrementos, hacinadas, moribundas. Sus condiciones eran tan deplorables que las guardianas ni siquiera entraban en la tienda. ¿Tenían miedo a contagiarse? ¿Les repelería el hedor? ¿O tal vez tenían miedo de que la escena las impresionara demasiado? Del exterior solo entraban quienes les llevaban las enormes marmitas de sopa una vez al día. Sin ningún tipo de supervisión, solo las más fuertes conseguían comer. En diciembre del 44 llegó un transporte de unas 3.000 judías de Auschwitz y todas fueron enviadas a la tienda. Las que no fueron trasladadas a otros campos murieron en este lugar. Unas dos mil.

En las entrañas de este suelo que piso ¿cuánto dolor impregnado hay?

Sigo el recorrido y distingo a lo lejos la figura de José, mirando al lago. Me acerco. Nos hemos desviado del camino que lleva desde el espacio de la tienda a la cárcel y el crematorio. Igual la vista del lago calma un poco nuestro desasosiego, pienso. Pero no es el caso.

Las aguas del lago lamen los pies del campo de concentración. Desde la orilla, vemos perfectamente el campanario puntiagudo de la iglesia de Fürstenberg, al otro lado. Si yo veo el campanario, ellos, los habitantes de Fürstenberg, posiblemente verían el humo de las chimeneas del crematorio.

Aquí, en este enclave, hay otra estatua monumental que, como nosotros, mira hacia el horizonte del lago, hacia el pueblo y ese campanario puntiagudo tan alemán. Se trata de *Die Tragende*, de Will Lammert: una piedad laica de bronce sobre un pilar de siete metros de altura erigida en 1959. La mujer porta en sus brazos a otra mujer muerta o moribunda y parece estar caminando, como preparándose a dar el primer paso sobre las aguas, gesto que se ha interpretado como el de superación de la muerte. No se lamenta como la Virgen ante la muerte de Cristo –o como las madres de Cremer a la entrada del memorial– sino que da un paso al frente con firmeza, a pesar de la carga simbólica y real de la mujer muerta en sus brazos. Aunque nosotros hemos tomado un desvío, la estatua debe ser el final del recorrido del campo: desbaratada la emoción y el cuerpo, el visitante se detiene ante este monumento portentoso que sugiere que hasta el horror más absoluto se puede superar. La Piedad puede llevar erguida y con resolución el peso de su compañera, representación de todas las muertas en Ravensbrück. Porte heroico, paso al frente, vencedora, caminará sobre las aguas.

Como las *Madres* que dan la bienvenida a Ravensbrück, la *Piedad* –otra madre– ofrece una interpretación reduccionista de la experiencia concentracionaria. Leo después que en el contexto de la Guerra Fría, la figura de la madre se convirtió en un concepto de agitación política para unir a las mujeres en la «unidad antifascista». Es más, el discurso de conmemoración del décimo aniversario de la liberación de Ravensbrück incide claramente en esta idea: «Vuestra sangre no fue derramada en vano. Su caudal se unió con la sangre derramada de los gloriosos héroes de la

Unión Soviética que liberaron a nuestra nación y todas las naciones de Europa del yugo fascista de Hitler [...]. Y vosotras, madres valientes, estáis aquí a nuestro lado, advirtiéndonos y dándonos fuerza» (Eschebach, 147).

Así que no nos tiene que extrañar que la entrada en el campo se significa con la madre sufriente, mientras que la salida se celebra con la madre triunfante. Esta madre aguerrida comunica que todo el sacrificio y el sufrimiento que hemos dejado atrás es superable.

Esta interpretación triunfalista no pertenece solo al contexto de la guerra fría, sino que casa perfectamente con lo que Annette Wieviorka ha denominado el «imperativo optimista» según el cual la historia del Holocausto no puede acabar en negativo, sino que debe ser narrada de tal manera que salve el concepto de «hombre» (*La era del testigo*). Y digo «hombre» y no humanidad con intención, puesto que lo que intenta salvar es la concepción androcéntrica de la civilización. El final feliz de la supervivencia implica que la Historia avanza a pesar de todo, que la base que la sostiene –su concepción patriarcal– no se ha modificado sustancialmente.

A esta interpretación opondría la sentencia lapidaria de Ruth Klüger, que huye de las lecciones morales o triunfalistas que algunos extraen de la experiencia concentracionaria y que buscan algún tipo de consuelo: «Auschwitz no fue un centro de enseñanza de nada, y mucho menos de humanidad y tolerancia. De los campos de concentración no salía nada bueno» (101).

Al lado de esta representación del triunfo de la vida sobre la muerte, le digo a José que todavía nos falta visitar dos lugares terriblemente siniestros: el edificio que albergó la cárcel con las celdas de castigo y el crematorio. Visitamos primero el crematorio, a escasos metros de la orilla del lago.

El crematorio: el único lugar del campo en el que no saco fotografías ni vídeo para documentarlo. En la exposición acabo de ver la imagen de una montaña de cenizas que data de 1948. La cartela explica que es ceniza humana del crematorio que ahora contemplo; todavía en 1948, tres años después de la liberación, las cenizas de las víctimas están a la intemperie en la explanada cercana a esta casita de ladrillo con dos chimeneas en la que

entro. Las supervivientes atestiguan que las cenizas también se echaban al lago o eran esparcidas por los terrenos de alrededor del campo. Acabo de ver dos patos nadar y levantar breves olas en el agua del apacible lago donde, al parecer, en verano se celebran regatas.

Hasta 1943, las prisioneras que morían en Ravensbrück eran llevadas al crematorio municipal de Fürstenberg, pero llega un momento en que el crematorio civil no da abasto y las autoridades del campo tienen que construir el suyo propio. Al principio este pequeño edificio tenía dos hornos al que añadieron otro más a finales de 1944. La cámara de gas provisional se instalaría al lado, a principios de 1945; de ella no queda nada, la destruyeron los SS en los últimos días del campo.

Siento un pequeño mareo, la cabeza ligera, una náusea, un temblor en las piernas ante los tres hornos crematorios.

Me impresiona lo pequeña que es la camilla metálica que se introduce en ellos.

Para cuando construyen este crematorio, finales del 44, ya saben que una mujer que muere en Ravensbrück estará consumida, no llegará a los treinta kilos ni ocupará apenas espacio. La eficacia en el diseño de esas camillas metálicas es repugnante.

En el exterior del crematorio se encuentran enterradas esas cenizas olvidadas y 283 cuerpos que se encontraron en el área del *Lager* durante las tareas de limpieza tras su desalojo.

Nos queda por ver el edificio de la prisión, lo que llamaban el Búnker. En una de sus celdas infectas pasó Margarete Buber-Neumann diez semanas que casi le cuestan la vida; en otra estuvo Geneviève De Gaulle-Anthonioz; en otra todos los viernes había sesiones de tortura, particularmente latigazos; aquí, encerradas, se dejaba morir a las presas de hambre, de desesperación, de locura; también aquí encerraron en el mes de abril de 1945 a los once hombres del *Sonderkommando* que trabajaban en la cámara de gas y el crematorio para hacer desaparecer las huellas del crimen (Helm, 636). Pero no le cuento nada de esto a José. No me quedan palabras ni energía para comunicarme. Recorremos el interior de la prisión

rápidamente. A la salida, tres adolescentes pegan gritos a la orilla del lago. José me dice «no puedo más». Yo tampoco.

Cuando estamos abandonando el campo, en silencio, vemos –ahora sí– a un bedel que entorna la puerta del Centro de Bienvenida y deja entrar a un gatito blanco. Yo también buscaría consuelo si tuviera que venir aquí a trabajar cada día.

Emprendemos el camino de vuelta.

No hay redención posible, por mucha historia de resistencia que busquemos.

No hay renacimiento ni liberación que borre la sensación del horror.

Escribir es revivir y me doy cuenta de que tengo la misma sensación de náusea y angustia que sentí mientras recorría Ravensbrück. Me pregunto si tú, lectora o lector, te estás contagiando de este desasosiego. Si es así, gracias por acompañarme en él. Han sido muchas páginas.

Respira.

Espira.

Toma aire una vez más.

Todavía nos queda un trecho por recorrer.

IX

La piel de mis manos se quemaba, enrojecía y reventaba

Volveremos a Ravensbrück –lo siento, tendremos que hacerlo, aunque sea brevemente– pero ahora te pido que me acompañes un poco más, que vayamos juntas a Berlín y busquemos las huellas de Marie-Jeanne en ese lugar que ella solo menciona una vez por su nombre: Pertrix. En algún momento a Marie-Jeanne la trasladan a trabajar allí. ¿Cuándo? Por ahora, imposible saberlo. En el documento fechado en Biarritz el 20 de julio de 1948 que he mencionado en páginas anteriores, Marie-Jeanne resume su deportación en pocas, poquísimas, palabras: «Dachau, Ravensbrück, Oranienburg, Ravensbrück. Trabajo en Kommando en la fábrica Pertrix en Berlín». No vuelve a mencionar el nombre de esa fábrica. En sus conversaciones con Angélique se referirá a ella como «fábrica de piezas de aviones» sin aclarar que fue la misma instalación donde estuvo Maddi, quien había sido deportada allí, según consta en el archivo del Instytut Pamieci Narodowej de Varsovia, el 27 de septiembre de 1944, es decir, tres semanas después de su llegada a Ravensbrück y posiblemente poco después de que acabara la cuarentena, que en esas fechas solía ser de veinte días aproximadamente. Marie-Jeanne expresó que nunca supo qué fue de su madrina porque las separaron muy pronto en Ravensbrück y, efectivamente, según este archivo, así fue. He llegado a la conclusión de que Marie-Jeanne murió sin saber que había estado, en diferentes momentos, en la misma fábrica que Maddi.

Marie-Jeanne pidió la invalidez por heridas de guerra y esto generó una serie de documentos que también ayudan a deducir información relevante. Dentro del dossier que presenta en 1954, hay un certificado de la médico

polaca y superviviente Haline Wrobleska. Todos los indicios apuntan a que Wrobleska llegó con uno de los contingentes de presas polacas y fue asignada como médico a la enfermería de Köpenick, distrito de Berlín cercano a Pertrix. Según la doctora Wrobleska, en marzo de 1945 trató a Marie-Jeanne por una herida en la rodilla causada por el estallido de un obús y una herida en la espalda de la misma procedencia. En otro documento se especifica más la fecha: el 15 de marzo. Aunque hay otro documento, firmado por Marie-Jeanne y fechado en 1950, en el que señala que las heridas de rodilla y espalda se produjeron el 23 de febrero de 1945.

Mis deducciones sobre cómo fueron estos días en la vida de Marie-Jeanne se refuerzan gracias a la visita que José y yo hacemos al DZ; también al testimonio de Marie-Louise Lasserre y otras mujeres que pasaron por Pertrix. Gracias a ellas podemos ir desgranando y ampliando estos breves –y en algunos casos contradictorios– datos del archivo.

Cuenta Marie-Louise Lasserre: «Después de dos o tres meses en Ravensbrück, nos dividieron en grupos. Las capacitadas fueron a trabajar. Las otras fueron asesinadas. Tuvimos que formar desnudas y pasar por delante de un doctor que estaba sentado a una mesa en el patio. Nos hizo mostrarle las palmas de la mano y, extrañamente, fue así como juzgó quién estaba capacitada para trabajar». Marie, la madre de Marie-Louise, desfila delante del médico después de ella: «Estudió sus manos y le señaló que pasara. La cogí del brazo rápidamente y la conduje lejos de ahí. Por suerte, el doctor no miró hacia arriba ni una vez. Si lo hubiera hecho, habría visto a una anciana canosa y débil» (Ott, 126). Después de este extraño reconocimiento médico, las cargan en vagones de ganado. Marie Bartette da detalles del viaje y la llegada: «Después de unas treinta horas de viaje, durante las cuales recorrimos Berlín durante mucho tiempo, llegamos a un bonito pueblo, Obersprée (sic). Cerca de la estación, varias fábricas, algunas muy dañadas por los bombardeos, en la ciudad, varios edificios completamente demolidos».

Podemos imaginar que durante este nuevo traslado Marie-Jeanne siente otra vez desasosiego e incertidumbre, tal vez pavor: ¿qué otros tormentos le estaría esperando al final de este viaje? Aunque no aparece en la documentación, Félicie iba también en ese convoy. Angélique está segura porque su abuela, en lo poco que contó de su paso por la fábrica, la incluye en el relato.

La mañana anterior del viaje a Ravensbrück, José y yo visitamos el Dokumentationszentrum NS-Zwangsarbeit (DZ) y Pertrix. Nuestro viaje dura un poco más de una hora: de Check-Point Charlie tomamos el metro a Berlín-Schöneweide y después caminamos unos quince minutos hasta el Centro de Documentación. El DZ ocupa parte de los barracones de lo que fue el Lager 75/76 GBI y se sitúa en la intersección de las calles Köllnische y Britzer, a pocos metros de la orilla del río Spree. Es una zona industrial, un barrio obrero en el que comenzamos a ver señales de gentrificación: cafés gourmet, casas restauradas con mucho gusto, una tienda de decoración chic. En el DZ tenemos cita con la directora Christine Glauning y Christian Weber, director de Educación del DZ, con quien he tenido varias conversaciones por correo y teléfono. Un poco más tarde llegará Arne Pannen, director de Educación del memorial y museo Sachsenhausen y especialista en trabajo forzado nazi, con quien hemos reservado un tour de tres horas.

Es la primera vez que estoy aquí, pero conozco mucha de la información que se exhibe en la sala principal del DZ y que investigué para la escritura de *Maddi y las fronteras*. Maddi posiblemente llegó en el primer convoy de mujeres destinadas de Ravensbrück a Pertrix. Llegué a la conclusión de que trabajó por poco tiempo aquí debido a su debilidad. Angélique recuerda que una de las pocas cosas que contaba su abuela sobre Maddi es que ya en el tren se puso enferma y que nunca remontó: «tenía erisipela», afirma Angélique. Por sí misma la erisipela no mata a nadie, pero sus complicaciones infecciosas, combinadas con otras enfermedades causadas por las terribles condiciones de la deportación, pueden ser fatales. Maddi muere el 13 de noviembre de 1944 en Sachsenhausen, campo

principal bajo cuya jurisdicción está Pertrix, fecha aproximada en la que llegaría Marie-Jeanne a la fábrica.

Marie-Jeanne contaba a Angélique que la fábrica para la que trabajó producía piezas de aviones. Aunque no es exactamente así, no iba desencaminada. La fábrica producía baterías especiales para los aviones militares y fusibles con energía eléctrica. Uno de los tipos de fusibles que se producían en Pertrix iba destinado a los misiles V1 y V2 que, supuestamente, propiciarían la victoria a Alemania y que se fabricaban en el terrible campo subterráneo de Dora. En Pertrix también fabricaban linternas para el ejército. Algunas se venden hoy en eBay por unos 150 euros.

En la reunión con Christine Glauning, directora del DZ, me doy cuenta de que mi investigación para *Maddi y las fronteras* fue muy exhaustiva y que, salvo algún detalle en el proceso de la fabricación de las baterías, imaginé con bastante precisión cómo tuvo que ser la vida de Maddi en este lugar. Le pregunto si en el registro de trabajadoras, el cual no está disponible al público, puede encontrar los nombres de Marie (Josefa) Nicolas o Sansberro –los dos apellidos con los que aparece Maddi en los registros de su deportación– y el de Marie-Jeanne Echeverria. Busca durante unos minutos y no encuentra sus nombres ni ningún otro que se les parezca. Me dice que se han podido recuperar 1.704 nombres y me apena que, justo el de ellas, no esté registrado. Para mí esto tiene importancia y recuerdo el deseo de Julia Conesa, una de las Trece Rosas, antes de ser asesinada por el régimen franquista: «que nuestros nombres no se borren de la historia». Frente al vacío en el archivo del DZ me digo: qué fácil es olvidar el destino individual de cada una de estas mujeres, qué fácil borrarlas de la memoria y de la historia; basta con que se pierda un registro o que ni siquiera se registren –porque se las considera material desechable cuya existencia no importa, ni en la vida ni en la muerte– para que desaparezcan. «Hay cosas que nunca llegaremos a saber», me dice Christine. «Pues tendremos que deducirlas o imaginarlas», respondo yo.

Todo lo que rodea el trabajo forzado tiene un halo de desmemoria y sabemos por qué: la mayoría de las empresas, grandes o pequeñas, que estuvieron activas durante el Tercer Reich usaron mano de obra forzada o

esclava. Todavía cuesta aceptar que los trabajadores forzosos eran parte de la vida cotidiana de los alemanes. Esto nos lo explica muy bien Arne Pannen: incluso negocios familiares, como podría ser una pequeña panadería de Berlín, «alquilaban» mano de obra forzada o esclava a muy bajo precio. Aceptar que esta brutalidad estaba normalizada y que muchas familias se beneficiaron de ello no es fácil. La estadística es abrumadora: una de cada siete personas en el Berlín de 1944 era trabajadora forzosa. El caso de Pertrix y de sus dueños, la familia Quandt, es particularmente llamativo. Y escandaloso.

Günther Quandt y su hijo Herbert estuvieron en lo más alto del régimen nazi, fueron de los empresarios que más se beneficiaron de la «arianización» de la economía alemana y firmaron contratos muy lucrativos en los que el trabajo forzado y esclavo era fundamental. Está probado que su imperio, formado por empresas pertenecientes a los grupos AFA y DWM, esenciales para el esfuerzo de guerra, explotó a entre 51.000 y 57.500 trabajadoras y trabajadores forzados, entre ellos las 2.000 trabajadoras de Pertrix.

También fueron de los empresarios a quienes no afectó substancialmente el proceso de desnazificación tras la Segunda Guerra Mundial. Siguen siendo hoy una de las grandes fortunas de Alemania. La conexión de la fortuna Quandt con el nazismo se vio desvelada en el documental *Das Schweigen der Quandts* (El silencio de los Quandt), que causó gran revuelo en Alemania cuando se estrenó en televisión en 2007. Un nieto de Günther Quandt respondió a estas acusaciones diciendo lo que dicen la mayoría de herederos de nazis y fascistas: que «toda familia tiene un lado oscuro» y que los descendientes no son responsables de los actos de sus antepasados (Fröhlich, 18). Así intentaba blanquear el hecho de que la familia se sigue beneficiando de una fortuna labrada sobre miles de vidas destruidas y robadas que, además, se usaron para enriquecer no solo sus bolsillos, sino la maquinaria de destrucción y muerte del nazismo.

A consecuencia del debate público y las fuertes críticas, la familia cambió su estrategia e hizo una donación de más de cinco millones de euros al Dokumentationszentrum NS-Zwangsarbeit. En el catálogo de la

exposición sobre Pertrix publicado por el DZ, se habla con honestidad del conflicto moral que supone recibir este dinero: «A pesar de la alegría de recibir tan inesperada y generosa donación, sentimos todavía cierta incomodidad: la donación permitía establecer un lugar de memoria, pero no beneficiaba a ninguno de los supervivientes que todavía quedaban con vida, ya muy ancianos y que estuvieron enfermos durante muchísimos años, en parte como consecuencia de los trabajos forzosos. El reconocimiento por parte de la familia Quandt de que los trabajadores forzosos estuvieron explotados por sus compañías y murieron como consecuencia llega demasiado tarde para la mayoría de sus víctimas» (Fröhlich, 20). Esos fondos se usaron para reconstruir parte de los barracones donde se alberga el DZ y, sobre todo, para el trabajo de investigación liderado por Uta Fröhlich que culminó en la exposición *Batteries for the Wehrmacht: Forced Labour at Pertrix 1939-1945*, fundamental para esclarecer, en la medida de lo posible, el trabajo y la vida cotidiana de las mujeres que fueron allí deportadas y que, hasta ese momento, nadie había estudiado. Es curioso que, a pesar del esfuerzo y la inversión para recuperar la memoria de este enclave, justamente en la fábrica, escenario del mayor sufrimiento, se haya borrado toda huella del pasado. Será porque ese pasado tiene una clara continuidad en el presente: cada pila Varta que usas para tus pequeños electrodomésticos alberga la huella del sufrimiento de miles.

Para acercarnos a la comprensión de ese sufrimiento es necesario escuchar y leer los testimonios de las mujeres supervivientes que ya conocemos –Marie-Jeanne, Marie Bartette, Marie-Louise Lasserre, Conchita Ramos– y de otras que guarda el archivo del DZ y que se recogen en el catálogo de la exposición, entre las que se encuentran tanto trabajadoras forzosas como concentracionarias.

El trato que recibían las mujeres que trabajaron en Pertrix variaba según su estatus: judía, trabajadora forzada o trabajadora prisionera de campo de concentración. Partiendo de una base de sufrimiento extremo común, las trabajadoras forzosas OST–*Ostarbeiter*, civiles ucranianas y polacas soviéticas–, evacuadas de sus lugares de origen y forzadas a trabajar en Berlín, eran tratadas de mejor manera que las judías y las deportadas de los

campos a las que se les aplicaba la política de «exterminio por el trabajo». Las OST fueron el mayor contingente, unas 760, y llegaron para reemplazar a las trabajadoras judías deportadas, que eran mayoría antes de 1942. Cuenta la superviviente Czesława Daniłowicz que, a finales de 1942, los alemanes llegaron a su pueblo y deportaron a todos sus habitantes para que los *Volksdeutsche* –polacos de etnia alemana– ocuparan sus casas y tierras. Daniłowicz fue seleccionada para hacer trabajo forzado y enviada a Pertrix, donde tuvo que trabajar durante dos años. Cuando llegó, las mujeres judías le enseñaron a llenar las baterías. Una vez que las polacas aprendieron, las judías desaparecieron. En el vídeo de 2004, Czesława Daniłowicz, una anciana chiquitita y arrugada como una pasa, llora de pena y angustia al recordar a aquellas mujeres judías, todas exterminadas.

A partir de septiembre de 1944, Pertrix empieza a recibir presas políticas de Ravensbrück, la mayoría francesas y belgas, también algunas polacas. Se encuentran con las trabajadoras forzadas que, a pesar de sus condiciones de semiesclavitud, gozan de ciertos privilegios que ellas no tienen. Los peores trabajos, los más peligrosos, pasan a hacerlos las concentracionarias. Unas 2.000 trabajadoras forzadas pasaron por Pertrix –el 90% de la fuerza de trabajo de la fábrica eran mujeres–, de las cuales unas quinientas provenían de campos de concentración, principalmente de Ravensbrück, algunas trasladadas a través de Sachsenhausen. Según la investigación hecha en el DZ de las condiciones en Pertrix, el grupo de empresas AFA creaba incentivos como la mejora en la comida, pagas o cuidados médicos para los trabajadores forzosos pero estas medidas no se aplicaban a quienes provenían de los campos de concentración, incluyendo a las mujeres (Fröhlich, 44).

Los turnos de trabajo eran de once o doce horas, de día o de noche. La fábrica nunca paraba de producir. En la manufacturación de baterías muchos de los materiales a los que se exponían las mujeres eran altamente tóxicos, como el polvo de grafito o el mercurio para generar el electrolito, una solución alcalina que contenía cloruro de amonio, cloruro de zinc y cloruro de mercurio. A este líquido se le añadía algún tipo de harina –de castaña, trigo o arroz– para convertirlo en una pasta gruesa y evitar así

escapes o pérdidas en la batería. El cloruro de mercurio es terriblemente corrosivo y en principio las mujeres debían usar guantes especiales y máscaras faciales para protegerse. Pero, por supuesto, nada de esto se ponía a disposición de las trabajadoras y menos de las concentracionarias, que tenían que trabajar exhaustas, desnutridas, sin ningún tipo de protección, vestidas con harapos. Una trabajadora polaca, Janina Łyś, recuerda: «la piel de mis manos se quemaba, enrojecía y reventaba».

Marie Bartette aporta otros detalles sobre el trabajo: «La jornada laboral es de 12 horas, de 6 a 18 horas una semana, de 18 a 6 horas la semana siguiente. El trabajo es continuo y alternamos turnos diurnos y nocturnos cada semana. Observo a las mujeres polacas lavándose en los fregaderos, el agua instantáneamente se vuelve negra, como si hubiera sido usada para lavar los quemadores de carbón. Indago y aprendo que el carbón juega un papel importante en la preparación de baterías eléctricas». En realidad, lo que identifica Marie con carbón es el polvo de grafito. Una doctora polaca, deportada de Auschwitz, le explica que «el trabajo en la fábrica es demasiado duro y la comida demasiado insuficiente para soportar una dieta así durante mucho tiempo». Marie hará todo lo posible para volver a Ravensbrück.

Cuando le pregunto a Angélique si recuerda que Marie-Jeanne le hablara del trabajo forzado, le diera algún detalle, me cuenta: «Mi abuela sí mencionó la fábrica, no sabía cómo se llamaba la empresa, pero hacían aviones. Usaban una cola y un día, que ella tenía hambre, se comió toda la cola y otras también lo hicieron. Después durante la noche fueron los nazis para castigarlas y tenían que quedarse en la intemperie desnudas y era invierno».

¿Comer pegamento? Puede ser. Todo es posible en estas circunstancias. Las supervivientes narran situaciones que, en otros contextos, serían inverosímiles. Pero leo un testimonio que me hace pensar que, en realidad, Marie-Jeanne se refería a otro tipo de «pegamento». Cuenta Genowefa Nóżkowska, presa polaca concentracionaria, que para comer solamente les daban en la fábrica –Pertrix era responsable de su alimentación, no el Reich– un caldo con un pedazo de pan. Desesperadas, algunas mujeres se

comían la harina que se usaba para hacer la pasta del electrolito: «algunas trabajaban con el ácido y robaban la harina. Era algo parecido a la harina de arroz... removíamos la harina y nos la comíamos... era muy pegajosa... apestaba» (Fröhlich, 64). Así que, posiblemente, esta es la cola o el pegamento que comería Marie-Jeanne y por lo que las castigaron. «Entre las compañeras que comieron el pegamento con ella estaba Félicie –prosigue el relato Angélique–, y durante el castigo, se desmayó. Mi abuela quiso ayudarla y la golpearon.»

Otras mujeres también hablan de los castigos extremos que les imponían los SS –encargados de mantener el orden en la fábrica– ante cualquier falta. Cecylia Marta Banaszkiewicz cuenta que unas cuantas mujeres decidieron ponerse en huelga para protestar por las escasas raciones: «dejamos de trabajar. Vino la Gestapo y nos hicieron formar en la plaza, se llevaron a una de cada diez mujeres, en total unas 15. Nos dijeron que nos iban a castigar con la muerte por desobediencia. No sé qué pasó a esas mujeres. Nunca volvieron al campo» (Fröhlich, 67). El recuerdo de esa noche terrible de Marie-Jeanne resuena en este de la belga Julia Pierre-Delpterdange: «Todavía recuerdo muy bien cómo todas las presas de mi grupo tuvimos que salir completamente desnudas en la Navidad de 1944. Estuvimos paradas ahí como tres o cuatro horas. Hacía muchísimo frío, aunque nos intentábamos arrejuntar para darnos calor. Los civiles que vivían al lado del campo nos vieron en ese estado» (Fröhlich, 69-70). También las verían en un estado lamentable los pocos alemanes que trabajaban junto a ellas. Marie-Louise Lasserre recuerda en la fábrica a unos «alemanes ancianos que nos trataban con amabilidad pero tenían estrictamente prohibido compartir su comida con nosotras». Y también el hambre: «A menudo teníamos que formar fuera en la nieve a esperar al cazo de sopa y el pedazo de pan, la única comida del día» (Ott, 156). Conchita Ramos tiene un recuerdo similar: «Nos ponían de pie fuera del bloque, después de doce horas de trabajo y por comida una sopa malísima al mediodía hasta las diez de la noche» (Català, 358).

En un vídeo del archivo del DZ Maria Ungvari cuenta que de Ravensbrück fue transferida a Pertrix en el otoño de 1944 y alojada en el

antiguo salón de baile del Loreley Inn en Berliner Strasse 101 –renombrada Schnellerstrasse–, a unos diez minutos andando desde el *Lager* GBI 75/76 que ahora es el DZ. Mientras recorremos la sala principal de la exposición del DZ, Arne Pannen nos cuenta que las presas que llegaban de campos de concentración, principalmente de Ravensbrück, no se alojaban en estos barracones sino en el Loreley, hasta que fue bombardeado. Nos ofrece llevarnos hasta allí, pero antes visitamos con él un barracón que se conserva en un estado similar al de aquellos años. En estos barracones del *Lager* vivían los prisioneros de guerra, sobre todo italianos, y las familias civiles de trabajadores forzados, entre ellos unos noventa niños menores de catorce años que también eran explotados en la fábrica. Se han conservado las paredes y los suelos tal y como estaban en su momento, pero el espacio está totalmente vacío. En una pared, donde estaban los urinarios de los hombres, se forman unas manchas de tonos ocres que recuerdan a un cuadro de Rothko. Me resulta muy difícil –mucho más que en Ravensbrück– imaginar el espacio vivido. En cualquier caso, el lugar es sobrecogedor, tal vez por la impresión que causa este vacío frío y silencioso.

Abandonamos el *Lager* GBI 75/76. Arne nos señala, fuera ya del recinto, la existencia de otros barracones que también pertenecieron al campo de concentración. En sus entradas y fachadas se exhiben los nombres de las compañías a las que pertenecen: Bosch y BMW. Ironizamos sobre las continuidades históricas de la industria de guerra nacionalsocialista.

Caminamos con Arne desde el DZ hasta el Loreley. Nos paramos enfrente de un edificio de apartamentos de dos o tres alturas de construcción reciente, las ventanas grandes dan al río, un lugar precioso para vivir a las afueras de Berlín. Nada indica que este es el sitio donde se erigió el club náutico con embarcadero y salón de baile Loreley. En el catálogo de la exposición de Pertrix incluyen una postal de 1913. Fue un edificio coqueto y elegante, diseñado para la diversión y la alegría.

Acabamos de ver en la exposición permanente del DZ un vídeo casero grabado durante la guerra. La cámara sigue, durante unos minutos, la vida cotidiana de una madre y su hijo y recoge escenas en varios lugares de Berlín. Uno de ellos es un enclave similar al Loreley, un café a orillas del

Spree. La cámara enfoca varias mesas donde hay hombres y mujeres tomando café, cervezas, refrescos. Sin solución de continuidad, se desplaza a la otra orilla para centrarse brevemente en unos prisioneros de guerra en un campo de concentración, tras lo cual aparecen de nuevo madre e hijo de la mano, paseando alegremente por una calle. El café no es el Loreley, pero tiene sus mismas características. Lo inquietante de esta grabación es la normalidad con la que los presos de ese campo de concentración entran y salen del plano de la cámara. Pienso en ello cuando nos asomamos al Spree. A lo lejos, en nuestra misma orilla, asoma la chimenea de Pertrix:

–Ahí está –dice Arne.

–Qué lejos –respondo extrañada.

Arne calcula que está a unos dos kilómetros andando desde donde se situaba el Loreley. Las gentes del barrio tenían que ver a las mujeres pasar en formación cuando iban y venían de la fábrica; serían, mínimo, unas doscientas por turno. En la exposición del DZ hemos leído algunas citas de comentarios de vecinos del barrio entrevistados en los años noventa del siglo pasado. Una mujer recuerda acercarse a escondidas con su madre a las columnas de mujeres e intentar darles algo de comida. Otra se queja con lo que parece una broma de mal gusto: «no perdonaré que los prisioneros italianos se comieran a mi perro salchicha». José, horrorizado, dice que no sabe qué es peor: que no se hubieran comido al perro y estuviera calumniando a los presos o que tuvieran tanta hambre que fuera cierto y a la mujer solo le preocupara su perro. En cualquier caso, esos vecinos y vecinas eran muy conscientes de las condiciones en las que vivían tanto los prisioneros del *Lager* como las deportadas del Loreley y aun así, algunos testimonios aseguran que las y los prisioneros «vivían como en un hotel».

Según Marie Bartette, cuando llegan al Loreley está ya ocupado por unas «cuatrocientas polacas» a las que, según ella, se suman «ciento cincuenta belgas y cincuenta francesas». No se sabe el número exacto de mujeres que se hacinaron en ese salón de baile; se habían construido también barracones improvisados de madera a su alrededor para distribuir a algunas de las presas. En vez de seiscientas igual fueron quinientas, pero

pasado un número –no sabría decir cuál– y dadas sus condiciones de vida, la imagen de este lugar en el invierno de 1944-1945 resulta pavorosa.

Tampoco sabemos exactamente cuánto tiempo pasan Marie-Jeanne y las otras mujeres de su convoy trabajando en Pertrix y malviviendo en el Loreley o los barracones adyacentes, pero llega un momento en que los bombardeos de los aliados sobre esta zona industrial de Berlín obligarán a las autoridades de la fábrica y el campo a trasladarlas. A las que sobreviven.

Volvamos a consultar el archivo de Marie-Jeanne porque aquí nos encontramos con una diferencia de fechas. Repasemos: en un documento firmado y fechado por ella en 1950 señala que sus heridas de rodilla y espalda se produjeron el 23 de febrero de 1945. Sin embargo, en un dossier que también presenta ella en 1954 para pedir su invalidez por heridas de guerra incluye el certificado ya mencionado de la médico polaca y superviviente Haline Wrobleska en el que indica que fue tratada en la enfermería de Köpenick en marzo de 1945. La doctora señala una herida en la rodilla causada por el estallido de un obús y una herida en la espalda de la misma procedencia. Así que se trata de las dos heridas mencionadas en 1950, ahora explicadas con mayor detalle. En otro documento se especifica el 15 de marzo como el día en que la hirieron. Si comparamos estos documentos con el relato histórico y testimonial, podemos llegar a la conclusión de que la fecha del 23 de febrero es la más cercana, aunque tampoco exacta. Pero esto no implica que la declaración de la doctora Wrobleska sea incorrecta. Me explico.

Que hubo bombardeos durante los meses de febrero y marzo en Berlín y, particularmente, en las fábricas a orillas del Spree, está más que documentado. El día del bombardeo del Loreley y Pertrix también. Según las investigaciones del DZ, hubo un ataque aéreo «el 26 de febrero [que] arrasó el Loreley y las construcciones provisionales en las que alojaban a las mujeres y hubo bastantes muertas. Muchas de estas mujeres fueron evacuadas, a algunas las instalaron en el Campo GBI 75/76 para seguir en Pertrix, otras fueron enviadas por las SS a Sachsenhausen y un tercer grupo estuvo cavando trincheras en Köpenick» (69).

Todo indica que Marie-Jeanne, como Marie-Louise y su madre, pertenecían a este tercer grupo y que fue en esa enfermería de Köpenick donde, días después del bombardeo, la doctora Wrobleska trató a Marie-Jeanne. Sus heridas, aunque graves, no lo fueron tanto como para que los SS la mataran o dejaran morir, como era la costumbre en estos casos, así que no resultaría extraño que Marie-Jeanne tuviera que esperar al traslado a Köpenick para que la asistiera la médico. Deduzco que así fue por el testimonio de Marie-Louise: «Además de los castigos y el maltrato, fuimos bombardeadas. Solíamos escuchar las bombas en la distancia. El ruido que hacían las sirenas era tremendo. Mi madre estuvo traumatizada por ese sonido el resto de su vida. Un día en las barracas nos despertó una bomba. Era en mitad del día, habíamos trabajado durante doce horas seguidas la noche anterior. Nos despertamos asustadas. Una bomba había caído en el barracón. Mató a unas cincuenta deportadas. Por casualidad, estábamos al otro lado del barracón. ¡Pero qué terror, qué pánico! Otra bomba había abierto un agujero en la pared. Nos apresuramos a escapar, pero afuera del barracón era el infierno. Todo el vecindario estaba ardiendo. Los árboles ardiendo, incluso las barcas en el río. Las bombas incendiarias y de fósforo creaban un humo negro y era imposible respirar el aire. Una vez afuera, me di cuenta de que había perdido a mi madre. Volví a entrar en el barracón a través de las llamas para encontrarla. Una amiga vasca de Biarritz me convenció finalmente de que volviera a salir. Mis ropas estaban ardiendo. Encontré a mi madre afuera. ¡Qué alivio! Me había estado buscando y estaba muerta de preocupación» (Ott, 127).

¿Sería esa amiga vasca de Biarritz Marie-Jeanne? Es muy probable. Angélique me cuenta cómo su abuela narraba el momento en el que fue herida. Ella ha asumido que cuando decía «campo» se refería a Ravensbrück, pero posiblemente se estaba refiriendo a las barracas provisionales del Loreley: «el campo fue bombardeado. Las deportadas estaban encerradas, pero lograron salir por ventanas diminutas». Y continúa describiendo una situación similar a la que recordaba Marie-Louise: «Mi abuela intentó escapar. Mientras corría, otro obús estalló cerca de ella y fue gravemente herida en la rodilla. Fragmentos de metralla se alojaron en su

espalda, uno en la columna vertebral. Perdió el conocimiento, pero como estaba nevando, la nieve cubrió su herida y el frío detuvo la hemorragia. Cuando volvió en sí, estaba rodeada de soldados alemanes listos para dispararle si no se levantaba. Me dijo que ella misma se sorprendió al lograr ponerse en pie».

En el archivo personal de Angélique, hay una carta de una mujer llamada Irène Danneel, fechada en Ostende, Bélgica, el 16 de octubre de 1945 destinada a Marie-Jeanne. Irène acaba de llegar a casa y se lo quiere hacer saber. Para que se dé cuenta de quién es, Irène escribe: «Mi querida amiga, sabrás quién soy, dormimos juntas en la enfermería cuando las dos estábamos heridas en las rodillas y hemos pasado juntas nuestras miserias. No pienso que me hayas olvidado, dame noticias de ti. Marie-Jeanne, querría saber si tienes la dirección de la doctora de Köpenick que nos trató. He perdido la dirección». No sabemos si Marie-Jeanne tenía esa dirección –podemos deducir que sí por la carta de Wrobleska fechada en 1954–, o si mantuvo más correspondencia con Irène, pero esta carta confirma la presencia de Marie-Jeanne en esa enfermería y nos da un dato precioso: la amistad que se forja en la convalecencia de estas dos mujeres.

De este grupo no tenemos más testimonios del bombardeo. Marie Bartette está de vuelta en Ravensbrück porque una «doctora en medicina polaca» que es también prisionera le diagnostica erisipela, la misma enfermedad que tuvo Maddi. ¿Y sería esa doctora polaca la misma que le trató las heridas a Marie-Jeanne e Irène y que en 1954, diez años después de estos eventos, la ayudó a conseguir la invalidez? Quiero creer que sí. En realidad no sé si importa, pero me gusta imaginar a estas mujeres conectadas entre ellas, ayudándose en este lugar cruel y desolado, apoyándose años después cuando sus heridas –las visibles y las invisibles– siguen haciéndolas sufrir, saliendo y entrando de aquí, de estos papeles que me hablan a su manera y de esta narración que intenta encontrarles sentido.

Dejamos el espacio del Loreley. Arne nos lleva en su coche hasta Pertrix. Aparcamos enfrente de la entrada principal, una puerta de hierro automática que impide la entrada. La fábrica sigue en pie, un gran complejo con varios edificios viejos de ladrillo rojo ahora ocupados por compañías de

lo más variopintas. Leemos el directorio: Quo Vadis Immobilien AG, Dice Actors, CLR Outdoor GmbH, Twentyeight Tattoos, Jay Jay Models, entre otras. Evidentemente, en ninguno de los edificios se llevan a cabo actividades industriales relacionadas con lo que en su día fue la fábrica. Nada sugiere –ninguna placa conmemorativa o cartela con historia, como se ve en otros lugares de la «topografía del horror» de Berlín– que aquí fueron forzadas a trabajar miles de mujeres. Que muchas, como Maddi, trabajaron aquí hasta la extenuación y la muerte. Me resulta extraño –y sospechoso– que, con toda la labor de recuperación que se ha hecho en el DZ, aquí no haya ninguna mención histórica.

Hay algo siniestro en este complejo y no son imaginaciones mías. José y Arne sienten también cierta turbación mientras caminamos paralelamente a la verja que protege el recinto. Las señales inequívocas de abandono le dan un aire de escenario de película de zombis o de posguerra nuclear: coches viejos y desvencijados aparcados y apilados de cualquier manera en los alrededores de los edificios, basura desperdigada, matojos y malas hierbas en el pavimento levantado y cuarteado. Y al mismo tiempo es un espacio rigurosamente vigilado: rejas por todos lados, cámaras, señales de *Achtung! Bewachtes, Privatgelände! Lebensgefahr!* La última, que José me traduce literalmente como «peligro para la vida», me resulta especialmente siniestra. Hay, además, un silencio inquietante. Salvo una camioneta de reparto a la que abren la puerta automática, no vemos ningún movimiento en el interior. Nadie. Estamos algo aturdidos por la sensación extraña que provoca este espacio. Arne también. No nos atrevemos a llamar a una de las empresas del directorio para que nos dejen entrar. Después de tomar unas cuantas fotos y vídeos, damos por concluida la visita. Nos despedimos de Arne agradecidos por su generosidad y por enseñarnos tanto.

José y yo nos vamos, pero la historia de Marie-Jeanne en este territorio continúa. Después del bombardeo del 26 de febrero y como he mencionado antes, a las mujeres que no se incorporan a Pertrix, que son la mayoría porque la fábrica ha sido inutilizada casi en su totalidad, las devuelven a Sachsenhausen o las ponen a cavar trincheras. Sabemos por la declaración de la doctora Wrobleska que Marie-Jeanne está en Köpenick en marzo, así

que a pesar de sus heridas, está trabajando en el mismo *Kommando* que Marie-Louise al menos durante ese mes: «Durante nuestro último mes en el campo las mujeres estuvimos cavando con picos trincheras en un bosque a las afueras de Berlín mientras los alemanes intentaban detener la invasión de los rusos. Caminábamos diez millas al día, ida y vuelta de las trincheras. Teníamos los pies ensangrentados. Los bombarderos aliados pasaban por encima de nuestras cabezas pero teníamos prohibido parar de cavar. Nuestros guardias nos torturaban comiendo delante de nosotras. En todo el día solo teníamos un cazo de sopa. Las pequeñas raciones de pan habían parado, lo cual era otra tortura. Poco después, los alemanes transfirieron a todas las deportadas a Oranienburg y de allí nos evacuaron, a pie, a un lugar a trescientas millas de allí» (Ott, 156).

Cuando leo este testimonio me entra una duda sobre la última etapa de la deportación de Marie-Jeanne. Antes he señalado que, según el orden de su declaración de 1948, es trasladada de Ravensbrück a Oranienburg, de ahí a Pertrix, desde donde es devuelta a Ravensbrück. Añade, además, que fue liberada en Ravensbrück el 24 de abril. Este dato no vuelve a aparecer. El documento que recoge el destino de las y los deportados del «tren fantasma» señala que fue liberada el 4 de mayo cerca de Neustadt. Y en otro se señala el 5 de mayo como fecha de su liberación, pero no se dice dónde. En todos los documentos se señala el 18 de mayo como fecha de repatriación. De esta última no hay ninguna duda porque es cuando las autoridades francesas la registran en el hotel Lutetia, lugar obligado de paso en París para todos los repatriados. Pero ¿qué ocurre entre Köpenick y París? Si atiendo al testimonio de Marie-Louise, es posible que en realidad Marie-Jeanne fuera trasladada en su mismo convoy a Oranienburg –Sachsenhausen– para iniciar desde allí la marcha de la muerte y no a Ravensbrück. ¿Con qué versión nos quedamos, cuál tiene más sentido si atendemos al detalle de las piezas sueltas con las que contamos?

X

Esperábamos órdenes para morir

Recapitulemos. Marie-Jeanne atestigua en el documento de 1948 que la liberaron el 24 de abril en Ravensbrück y que llegó al hotel Lutetia de París el 18 de mayo. En el archivo de las deportadas del tren fantasma consta, sin embargo, que el Ejército Soviético la liberó cerca de Neustadt el 4 de mayo. Si además consideramos el testimonio de Marie-Louise y la mención de Oranienburg en el documento, habría que añadir la posibilidad de que inició su marcha de la muerte desde Sachsenhausen y que por tanto no pudo ser liberada en Ravensbrück. En el resto de la documentación y en sus cartillas de «voluntaria combatiente resistente» la fecha de repatriación es siempre el 18 de mayo, cuando la registran en el hotel Lutetia. Sin su tarjeta de repatriación, que ni Angélique ni yo hemos conseguido encontrar, es imposible establecer cuál de las posibilidades es la que realmente sucedió, así que vamos a barajar los diferentes escenarios. Todos coinciden en lo fundamental: la vivencia de la marcha de la muerte fue la que fue; el espanto de su esencia, por desgracia, no cambia.

Entre los papeles que guarda Angélique hay una fotografía del mapa topográfico con la marcha de la muerte que sale de Sachsenhausen. Es muy significativo que guarde este y no el recorrido que parte desde Ravensbrück. Aun así, este dato no es concluyente. No hay anotaciones personales, ninguna indicación que nos ayude a interpretar la presencia de Marie-Jeanne a lo largo de estos caminos señalizados con cada una de las etapas del calvario. La cartografía que debemos usar para entender este viaje no es solo la del papel y el documento.

Angélique tiene una versión igualmente vaga de lo que ocurrió en esos últimos días. Para empezar, en el testimonio de Marie-Jeanne o en el recuerdo de Angélique, el episodio del bombardeo y la marcha de la muerte

parecen suceder casi al mismo tiempo, pero en realidad pasaron dos meses entre un evento y otro. Marie-Jeanne fue herida, casi con total seguridad, en el bombardeo del 26 de febrero y las marchas de la muerte de Sachsenhausen y Ravensbrück empiezan a partir del 20 de abril. Durante esos dos meses tenemos que imaginar la debilidad de Marie-Jeanne debido a estas heridas y las posibilidades tan altas que tuvo de, en cualquier momento, ser rematada por las SS al no poder cumplir con el mínimo de salud requerida para trabajar primero, para marchar después. Y es entonces cuando vuelve a entrar en el relato Félicie Virto. Angélique cuenta: «A mi abuela solo le quedaba una pierna buena y era Félicie quien la sostenía sobre su hombro. Hacia el final, cuando los nazis comenzaron a liquidar a los deportados haciéndoles creer que les iban a dar comida, Félicie se quedó con mi abuela, que estaba demasiado cansada para moverse, en lugar de apresurarse como los demás y esto es lo que les permitió salvar sus vidas y luego poder huir». En otro momento, Angélique me escribe compartiendo detalles sobre este momento que son significativos, que lo amplían y lo matizan: «una noche estaban en un bosque y no habían comido desde hacía días». Fue entonces cuando las llamaron para comer, pero ella se negó a ir porque no tenía fuerzas. «Sus amigas se quedaron con ella para convencerla de que comiera. Para cuando se levantó, escucharon las ametralladoras: los alemanes habían ejecutado a todas las que habían ido».

Si te preguntas por qué no matan a las que no fueron a por comida, no tengo respuesta. Solo sé que el asesinato de mujeres hambrientas mientras esperan en fila también se practica en Ravensbrück en los últimos días. No sé si es casualidad o metodología.

¿Dónde ocurre esta masacre que recuerda Marie-Jeanne? ¿Ha salido de Sachsenhausen o de Ravensbrück? Las dos rutas pasan por el bosque de Below y acabarán juntándose mucho más al noroeste, en Crivitz.

Consideremos la posibilidad remota pero tal vez cierta de que Marie-Jeanne fue liberada en Ravensbrück el 24 de abril. Volvemos a Ravensbrück entonces para ver qué está ocurriendo en esos días.

En la madrugada del 16 de abril de 1945 el ejército soviético inicia su ataque masivo a las puertas de Berlín con tanta furia que el estruendo se

escucha desde Ravensbrück. Dos días después, el campo recibe órdenes de destruir todos los expedientes de las prisioneras y todos los informes y órdenes escritos desde la comandancia de Ravensbrück: listas de transportes, *Kommandos*, contabilidad... todo. Las pertenencias que llevaban consigo las deportadas, sobre todo durante los primeros años del campo, cuando eran detenidas y trasladadas desde sus casas con maleta, se mantenían custodiadas en una sala de la comandancia. Nunca se supo qué fue de todas estas alianzas, sortijas, pulseras y pendientes, camafeos y fotografías, cartas y libros, esos pocos objetos personales que las presas llevaban consigo –sus bienes más preciados– cuando todavía el mundo tenía cierto orden. Desaparecieron como muchas de sus dueñas.

En abril se producen una serie de negociaciones que permiten que miles de mujeres, muchas de ellas judías polacas supervivientes del gueto de Varsovia y de Auschwitz, sean evacuadas en autobuses y camiones de la Cruz Roja sueca. En estos transportes van también las deportadas británicas, francesas y belgas que quedan en el campo, aunque no todas. Las más débiles y enfermas no son entregadas: demasiado obvio el horror que revelan sus cuerpos. Estos transportes salen de Ravensbrück entre el 23 y el 25 de abril –en ellos viaja Charlotte Delbo– con destino Dinamarca y después Suecia. Si realmente Marie-Jeanne hubiera sido liberada entonces, su testimonio no incluiría la marcha de la muerte y hubiera mencionado su estancia en Suecia. Así que, si realmente estaba en Ravensbrück en esas fechas y fue dejada atrás –tal vez por sus heridas– le aguardaban todavía unas semanas de sufrimiento.

Mientras se negocia la liberación de estas presas –fueron finalmente evacuadas unas 7.700– el Comandante del campo, Fritz Suhren, empieza a cumplir la orden de quemar documentos y destruir pruebas. Parte de la destrucción de pruebas significa también hacer desaparecer los cuerpos que queden en el campo: quienes no puedan incorporarse a la marcha, serán eliminadas antes de que llegue el Ejército Soviético. Pero no da tiempo a rematar la faena. El crematorio no es capaz de quemar los cuerpos con suficiente velocidad. Una prisionera austriaca que trabaja en la administración deja este testimonio espeluznante: «nos dijeron que

teníamos que quemar en el crematorio los dosieres que quedaban. Por primera vez vi los tres hornos. Pero según llegamos con los camiones, los hombres que trabajaban en los hornos nos dijeron: “no podemos quemar papel porque tenemos que quemar gente”. Uno de ellos nos dijo: “quemamos dieciséis delgadas o cuatro gordas en un horno”. Así que nos llevamos los documentos y los quemamos en zanjas» (676). Recuerdo ahora el tamaño de las camillas metálicas y de los hornos y no concibo dieciséis cuerpos; tampoco concibo mujeres «gordas» en este campo de cadáveres vivientes.

Las mujeres, ante esta actividad desenfrenada de destrucción, esperan sin saber qué va a ser de ellas. Por un lado, los autobuses de la Cruz Roja sueca se iban llevando a presas, mientras que camiones supuestamente de la Cruz Roja pero en realidad comandados por las SS sacan a otras para gasearlas o fusilarlas, sobre todo a las del Bloque 10, el de las enfermas. Entre los testimonios de esas mujeres que quedan sin evacuar, algunas hablan de masacres de las SS contra mujeres que se agolpaban en el reparto de comida de las cajas de la Cruz Roja que empezaron a llegar, lo cual se asemeja al relato de Marie-Jeanne. El terror de las mujeres en los últimos días se resume en esta frase de la superviviente Mary O’Shaughnessy: «esperábamos órdenes para morir» (Helm, 635).

El éxodo de las no liberadas comienza el sábado 28 de abril, cuando el personal del campo organiza a las prisioneras más o menos sanas a la puerta de Ravensbrück. Justo después de salir del campo, los SS separan las columnas de prisioneras y marchan hacia Mirow en diferentes rutas. Desde ahí, la mayoría de ellas son conducidas hasta el campo satélite en Malchow, otras siguen la marcha a través del bosque de Below. Mientras tanto, aproximadamente 30.000 deportados han salido de Sachsenhausen el 20 de abril hacia el norte, obligados a caminar unos cuarenta kilómetros diarios y dormir, la mayoría, a la intemperie. Entre ellos están Marie-Louise y su madre y es probable que también estén Félicie y Marie-Jeanne. En las dos marchas quien no puede andar es ejecutado o asesinado a golpes. Las interminables columnas atraviesan pueblos, bosques, carreteras llenas de soldados de la Wehrmacht en retirada y de gente que ya huye del Ejército

Rojo. Marie-Louise lo describe así: «La carretera estaba llena de cuerpos, la mayoría hombres. Me concentré en ayudar a mi madre, que tenía los pies ensangrentados y un reumatismo tremendo. Por suerte, otras deportadas hacían turnos para ayudar a llevarla» (Ott, 127). También a Marie-Jeanne la lleva al hombro su amiga Félicie. Las dos marchas se encuentran a la altura de Crivitz, pero no sabemos si para ese entonces Marie-Louise, su madre Marie, Félicie, Marie-Jeanne y otras compañeras, ya han sido abandonadas por los SS o han huido de ellos.

Según Angélique, su abuela y sus amigas huyen en algún momento. Es posible; como también lo es que un buen día se encontraran sin supervisión y se vieran de repente libres para huir hacia las filas soviéticas o norteamericanas. Marie-Louise cuenta: «Cayó la noche y dormimos en un bosque. Al día siguiente cuando nos despertamos, nos sorprendimos al vernos rodeadas de cascos, armas y máscaras de gas tirados alrededor de nosotras. Nuestros guardas se habían ido» (Ott, 127). Todos los testimonios de estas marchas apuntan a la desbandada de los guardas, los montones de uniformes y armas que se encontraban por el camino y a los prisioneros que de repente se encuentran libres, estupefactos, sin saber adónde ir.

Entre las compañeras de Marie-Jeanne está Lulu. Hasta ahora Lulu no ha estado presente en este relato porque Marie-Jeanne solo la menciona en una anécdota. Cuando Lulu murió, Angélique acompañó a su abuela al funeral. En ese momento de despedida de la amiga, Marie-Jeanne comparte un recuerdo que la nieta no conocía: «Me contó que cuando fueron liberadas por los rusos, Lulu cogió un cuchillo y tenía la intención de vengarse. Decía: “si me cruzo con un soldado SS, lo mato”. Sus amigas intentaban disuadirla pero al final ni siquiera tuvo la oportunidad».

Me pregunto si ese cuchillo no serviría también para protegerse de los soldados soviéticos.

XI

Les decíamos que estábamos agotadas, que nos dejaran en paz

La Europa de abril y mayo de 1945 es un caos absoluto y violento al que se tienen que incorporar las mujeres que llevan meses –algunas años– viviendo una existencia brutal. No voy a añadir adjetivos. Para estas alturas ya te haces una idea del estado en el que se encuentran. Lo normal sería pensar que el momento de la liberación es un estallido de alegría y celebración pero la realidad se muestra obstinadamente compleja.

Marie-Louise cuenta que «justo después [de huir sus guardias] se encuentran con los primeros tanques rusos» (128). Y esto lo corrobora Angélique con el testimonio de su abuela: después de huir «se encuentran con soldados soviéticos, originarios de Mongolia. Se asustaron porque los soldados las confundieron con alemanas y amenazaron con matarlas. Por suerte, una mujer polaca que iba con ellas les explicó quiénes eran y los soldados se las llevaron con ellos». ¿Qué ocurrió entonces? Marie-Jeanne contó que «fueron testigos de escenas horribles: los soldados entraban en los pueblos y violaban y masacraban sistemáticamente a todas las mujeres».

Aquí tenemos que hacer una pausa y considerar estas palabras con atención.

Es bien sabido que los soldados aliados, particularmente los del ejército soviético, violaron a cientos de miles de mujeres alemanas según iban ganando terreno y ocupando sus pueblos y ciudades. La sistematicidad de las violaciones a lo largo de todo el territorio del Tercer Reich y el altísimo número de alemanas violadas son una prueba innegable de que la violación formaba parte de una estrategia punitiva. Los últimos consensos sobre el número de mujeres violadas por el ejército soviético en su ofensiva hasta

Berlín estiman que «el Ejército Soviético violó una de cada tres mujeres del millón y medio que había en Berlín o aproximadamente dos millones de mujeres en su avance desde Europa del Este hasta la caída de Berlín» (Paulovicova, 28). Pero no solo violaron los soviéticos: la investigadora Miriam Gebhardt calcula que al menos 190.000 mujeres fueron violadas por soldados estadounidenses, británicos, belgas o franceses en los territorios que fueron recuperando de los alemanes (7). Los soldados de los ejércitos de ocupación aliada violaron sistemáticamente hasta 1949, aunque el mayor número de agresiones se dieran justo al final de la contienda. Tanto en la Alemania del Oeste como la del Este estos crímenes quedaron impunes y silenciados; el relato del triunfo aliado occidental y soviético evitó mencionar esta forma de reconquista de la tierra del Reich. No ha sido hasta después de la reunificación de Alemania que se han recogido miles de historias de violación «por los proyectos alemanes de historia oral, archivos parroquiales y también por el gobierno alemán» (Lowe, 79).

Los soldados ocupaban las ciudades y pueblos alemanes, ocupaban los cuerpos de las mujeres y expresaban así, de la manera más radical posible, la destitución y la derrota del enemigo: poseyendo hasta el extremo –es decir, desde la violación hasta la muerte– a sus mujeres, ancianas y niñas incluidas. La violación sistemática en contexto de guerra no tiene una base de orden sexual sino del orden del poder, como bien señala Rita Segato (18). A través de la dominación y destrucción de la mujer, se escenifica la victoria total, se culmina la humillación absoluta. El cuerpo femenino es el medio donde se inscribe el mensaje de los vencedores a los vencidos: se convierte en significante de la derrota. Estos violadores actúan en grupo, en tropa. La violación en manada –lo ha demostrado el feminismo con estudios cualitativos y cuantitativos– es, durante el «patriarcado de baja intensidad», es decir, en contextos no excepcionales, la más común. No sorprende, entonces, que en contextos de guerra también lo sea. Pero en este caso, la violación grupal trasciende el acto social y comunicativo destinado a ser interpretado entre los perpetradores y va más allá: permea en la comunidad a la que pertenece la mujer violada. El poder se ejerce no solo sobre la

víctima directa –la mujer violada y en ocasiones asesinada– sino sobre la sociedad que la sobrevive.

Todo esto es bien sabido. El testimonio de Marie-Jeanne lo ratifica y añade su dimensión de testigo de estos actos brutales que se repiten por todo el escenario de «reconquista». Lo que es menos sabido es que los soldados soviéticos también violaron a las mujeres que «liberaban» de los campos de concentración y de las marchas de la muerte. Toda violación es un acto de barbarie pero lo que cuentan estas testigos y supervivientes es realmente inconcebible. A las condiciones terribles en las que quedaron al salir de los campos nazis sumaron la violencia y el terror de la violación por parte de quienes, en principio, habían llegado para salvarlas. Si Jean Améry decía que con la tortura el torturado perdía la fe en el prójimo por el desamparo que causa la violencia directa del verdugo sobre su cuerpo, ¿qué podrían decir estas mujeres, violadas por aquellos en quienes habían puesto sus esperanzas de salvación? ¿Qué re-entrada al mundo después del *Lager* es esta?

Ilse Heinrich, una presa «asocial» alemana, cuenta que, cuando los primeros soldados soviéticos entraron en Ravensbrück, estaba demasiado débil como para salir de la cama, así que se quedó en el barracón de las enfermas junto a otras mujeres. Después de unas horas, los soldados, ya borrachos, entraron en la enfermería y comenzaron a violar sistemáticamente a todas. Estas mujeres habían sido abandonadas por los SS, dadas por muertas. Y los soldados soviéticos las violan. Dice: «Solo tenía un pensamiento: morir, porque era poco más que un cadáver» (Helm, 689). Es casi imposible saber cuántas mujeres fueron violadas en Ravensbrück ya que muchas morirían en los días, semanas y meses después de la «liberación». Las prisioneras del ejército rojo guardaron silencio durante décadas sobre las violaciones de sus compañeros, pero una comunista destacada, la doctora checa Zdenka Nedvědová, dio cuenta de estos sucesos. Nedvědová dejó testimonio de que no solo los soldados violaron a las mujeres enfermas y moribundas, también violaron a las mujeres que acababan de dar a luz. Ante la denuncia inmediata de algunas

testigos, parece ser que el comandante Sergej Bulanov fusiló a los soldados implicados la mañana después de los hechos (Helm, 689).

En cuanto a las mujeres de la marcha de la muerte: supervivientes polacas, yugoeslavas, checas y francesas atestiguaron haber sido violadas nada más alcanzar las líneas soviéticas. Decían que «las cazaban», «capturaban», «acorralaban» y después las violaban (691).

Krystyna Zając intenta huir de los soldados rusos con su madre; a pesar de decirles que no eran alemanas, sino polacas, son violadas. Esa misma noche matan a una madre por intentar proteger a su hija (681-682).

Jana Gottshall recuerda su liberación como una «cosa terrible» al ver cómo soldados rusos que durante el día les habían dado comida y las habían tratado con respeto y cariño a la noche entran en el cobertizo para violar a mujeres, casi niñas, que solo eran hueso y piel (Paulovicova, 226).

La profesora francesa Micheline Maurel pesa 35 kilos en el momento de su «liberación», tiene el cuerpo lleno de llagas infectadas y destrozado por la disentería. Aun así, ella y dos compañeras con las que ha escapado de la marcha de la muerte son violadas sistemáticamente por diferentes soldados rusos: «podían ser hombres enormes y rubios con bigote, pequeños mongoles amarillos con las piernas curvadas, impresionantes cosacos oscuros, a cada uno le decíamos: "llevamos dos años en el campo, estamos exhaustas, dejadnos en paz". Pero ellos querían hacer el amor a sus hermanas francesas» (Helm, 692-693).

La idea expresada por Rita Segato de que el género no conoce tiempo de paz, alcanza aquí un matiz aberrante (160). Y a pesar de lo extremo de estos hechos, a pesar de su magnitud inconcebible, las violaciones a estas mujeres al borde de la muerte forman parte, también, de la lógica patriarcal. Estas mujeres moribundas forman parte del botín de guerra tanto como lo puede ser un cerdo, una botella de vino o un reloj. Sus cuerpos son una forma más de cobrarse sus servicios a la Patria. Pero podemos llevar el argumento un poco más allá. Siguiendo la lógica patriarcal que establece el dominio de la mujer como subordinada y teniendo en cuenta el grado de insensibilización que han alcanzado estos hombres, el contacto con las mujeres-amigas-pero-reacias-al-sexo no puede ser otro que violento.

La ininteligibilidad de estos hechos solo se puede dilucidar abandonando la idea de que son excesos o comportamientos irracionales y patológicos. Debemos interpretarlos como la reificación más absoluta y aberrante de la estructura simbólica patriarcal y misógina, su paroxismo. La mujer no pertenece al «bando enemigo»; es, en sí misma y por su condición de mujer, enemiga, «otra». Y, por tanto, violable, quebrantable.

No puedo evitar preguntarme: ¿Marie-Jeanne fue solo testigo o también víctima? ¿Qué silencios abriga su relato? ¿Tengo derecho a siquiera plantear la posibilidad de que sufriera ella lo que sufrieron tantas otras? ¿No es esto revictimizarla, imponerle una experiencia terrible que tal vez no haya sufrido? A pesar de mis dudas éticas, considero importante dejar constancia de la posibilidad de que Marie-Jeanne fuera víctima de esta violencia. El mero hecho de plantearlo implica narrar y exponer esa parte de la guerra que ha sido silenciada por el relato hegemónico, tanto el de los vencedores como el de los vencidos. La guerra, lo hemos dicho ya, ha sido narrada por los hombres. El autorretrato heroico de los libertadores –del Este o del Oeste– no permite zonas grises y menos contar la violación de millones de mujeres y menos aún de las supervivientes de los campos; el autorretrato del vencido no incide en el trauma y la humillación de ver a «sus» mujeres violadas. La interpretación androcéntrica de la guerra, tanto de vencedores como de vencidos, tiene como consecuencia que la violencia sexual permanezca no narrada. Incluso en el caso de las violaciones de mujeres alemanas, que sí fueron reconocidas por la República Federal Alemana, estas no se contaron como actos de violencia sexual contra mujeres y niñas, sino que se usaron como imágenes políticas dentro del discurso antisoviético de la Guerra Fría (Paulovicova, 29).

Es obvio, pero hay que señalarlo: el género es importante en el momento de la victimización, pero también en el relato posterior como «víctima ideal». Una mujer violada no lo es, sobre ella recaen todo tipo de sospechas que se añaden a la sospecha de por qué y cómo ha sobrevivido. Las mujeres que han sido violadas lo saben. De ahí, también, surge el silencio. Cuando estábamos en Pertrix y durante los bombardeos he mencionado una carta que recibe Marie-Jeanne fechada el 16 de octubre de

1945 de Irène, su compañera de enfermería en Köpenick. Esa carta empieza así: «Te quiero hacer saber que he llegado bien a Bélgica y que los últimos momentos han sido muy duros. Nos han salvado los rusos». Después, silencio. Punto y aparte. Ninguna explicación de por qué han sido tan duros, ninguna información sobre el trato de los rusos. Ese silencio significa. Se intuye en él la violencia no narrada porque lo más traumático queda siempre sin nombrar.

Pero el silencio en torno a la experiencia de violencia sexual no es el resultado solo de la amnesia traumática. La comunidad conoce los hechos y los silencia y ese silencio, supuestamente, beneficia a todos, incluso a la víctima, dicen, porque así esconden su «vergüenza». Como señala Ruth Klüger: «El lenguaje está de parte de los hombres, al poner el pudor de la víctima al servicio del violador» (266). Porque su silencio beneficia sobre todo a los perpetradores, y también a los testigos y a las autoridades. El silencio social en torno a la violación se convierte en hecho histórico y es, precisamente ese silencio histórico el que debemos romper. Vuelvo a Klüger: «Las guerras pertenecen a los hombres. Incluso como víctimas de la guerra les pertenece a ellos» (267).

XII

Tengo ganas de comer chuletas con fideos

Pero vayamos saliendo de esta oscuridad, avancemos en el regreso a casa, aunque vayamos rodeadas de sombras.

En algún momento después de encontrarse con los soldados soviéticos, o tal vez mientras están todavía bajo su recaudo, Marie-Jeanne y su grupo deambulan por los pueblos buscando comida. «En un pueblo lograron cocinar un pollo», dice Angélique, pero «enfermaron gravemente porque sus cuerpos ya no podían digerir este tipo de comida». Imagino la inmensa alegría de «las chicas de Ravensbrück» al encontrar ese pollo. ¿Cómo sería? ¿Lo encontrarían vivo o muerto? ¿Hicieron un fuego y lo cocinaron ensartado en un palo? ¿Entraron en una casa abandonada y usaron la cocina? Las imagino persiguiendo al pollo y quizás Lulu, que guarda todavía el cuchillo, es la encargada de degollarlo. Las imagino ansiosas, buscando algún arbusto de laurel o tomillo para condimentarlo, riendo y salivando. Las imagino después, dobladas por el dolor y la diarrea, enrabietadas con sus pobres cuerpos hambrientos que han olvidado lo que es comer.

¿Dónde están Marie-Louise y su madre en estos momentos? No sé si participan en la escena del pollo. El testimonio de Marie-Louise no recoge ninguna interacción con los rusos ni ese vagar por los caminos buscando comida. En el testimonio que recogió Robert Elissondo hay un pequeño detalle significativo que nos hace deducir que sus caminos se separaron. Según ella, los soldados soviéticos les dieron un poco de leche, pan y galletas pero decidieron no quedarse con ellos, tal vez a tiempo de que esa amabilidad se transformara en violencia, «porque gritaban constantemente y parecían salvajes». Después de ese encuentro, fueron acogidas por tropas americanas: «Fueron muy amables con nosotras. Nos pusieron en sus

barracones, que tenían un comedor y habitaciones de verdad. Como madre y yo estábamos muy enfermas, nos repatriaron en un día. Nos enviaron por camión a Holanda, de ahí a Lille, donde nos bañamos y nos dieron ropa nueva. Hasta entonces habíamos estado vestidas como gitanas, con batas grandes que caían a nuestros pies como mantas inmensas. En Lille cogimos un tren a Burdeos» (Ott, 128).

Lo que me cuenta Angélique sobre las últimas peripecias de su abuela en la deportación es similar, pero con algún matiz diferente: «después, pasaron a la zona americana, pero mi abuela hablaba mal de los americanos. Primero, porque las bombardearon en Berlín, después porque mientras estaban en el campo de tránsito, las fumigaron con aerosoles para desinfectarlas de parásitos y como ella tenía tantas heridas y los pulmones destrozados, sufrió mucho». No sabe cuánto tiempo estuvieron con los estadounidenses, «después fueron repatriadas a Francia, primero a París, luego a Burdeos». Hay constancia también de que Marie-Jeanne y Félicie pasaron por Lille, como Marie-Louise y su madre y tantas más. Conchita Ramos cuenta que, antes de llegar al hotel Lutetia, tuvo en Lille su primera revisión médica y comió la chuleta con fideos que tanto ansiaba (Català, 362). Parece que a ella no le sentó tan mal como a Marie-Jeanne el pollo. En Lille, entonces, las repatriadas reciben atención médica, comida, aseo, ropa decente. Seguramente, hasta llegar a Lille no comienzan a sentir que, en efecto, van a regresar a casa, que lo peor esta vez sí que ha terminado.

Las sensaciones de esos primeros días de libertad son difíciles de imaginar. Ya conocemos el terror de Gilberte en el hotel Lutetia. A la angustia de sentirse separadas de quienes han sido su principal soporte en los campos, las mujeres suman el desconcierto de enfrentarse a la normalidad social, de recuperar hábitos perdidos. Simone Veil cuenta: «Los primeros días después del regreso son difíciles de describir. Había perdido la costumbre de dormir en una cama, de comer sentada a una mesa. Me costaba reconstruir mis recuerdos, expresarme... Habíamos cruzado al otro lado. No creo que hayamos vuelto nunca a ser normales» (Amanecer, 93).

Imaginamos a Marie-Jeanne en este tránsito hacia la vida en un estado de salud que debía de ser realmente preocupante. Después de ser registrada

en el hotel Lutetia, estuvo ingresada en un hospital de París donde solo podían administrarle pequeñas cucharadas de agua con azúcar cada pocos minutos. Cuando estuvo lo suficientemente recuperada la enviaron a Burdeos a casa de una hermana que, al ver su extrema delgadez, la obligó a comer, con lo que casi muere al ser incapaz de procesar los alimentos.

Se puso tan enferma que su hermana la llevó a la casa familiar porque pensaba que moriría sin volver a ver a sus padres y hermanos. ¿Qué sentiría la familia al volver a verla tan deteriorada? ¿Qué preguntas le harían? ¿Cómo sería su primer encuentro con Lucien? ¿Cómo contaría la desaparición de Maddi? Recuerdo el miedo de Gilberte –«no puedes quedarte aquí eternamente»– a enfrentarse a su padre, a contarle la muerte de la hermana que no ha regresado. ¿Qué palabras buscaría Marie-Jeanne para responder a quienes no saben siquiera cómo ni qué preguntar?

Es difícil imaginar el reencuentro, la reacción de la familia que recuerda a Marie-Jeanne como en esa fotografía junto a Maddi y el perrillo: guapa, sana, feliz, valiente. Y se encuentran ahora ante esta mujer destrozada.

> Querríais saber
> hacer preguntas
> y no sabéis qué preguntas
> entonces preguntáis
> cosas sencillas
> el hambre
> el miedo
> la muerte
> y no sabemos contestar
> y no sabemos contestar con vuestras palabras
> y nuestras palabras
> no las comprendéis.
>
> (DELBO, *La medida*, 61)

Pasan semanas y al parecer Marie-Jeanne no acaba de remontar, así que se acoge a un programa de recuperación sanitaria para «deportadas

retornadas» en Monnetier-Mornex, en un enclave idílico de montaña en la frontera alpina con Suiza.

Durante nuestra entrevista de septiembre, Angélique y yo nos detenemos en un recorte de periódico singular, diferente al resto de los documentos. Se trata de una noticia sobre una representación teatral de *Fausto* que hacen las ex-deportadas de ese centro de recuperación. Posiblemente Marie-Jeanne guardó este recorte como recordatorio de su estancia allí. Traduzco parte del texto: «Gracias al Comité de Servicio Unitario, que ha puesto a disposición del Centro una cantidad importante de preciosos productos alimentarios, nuestros deportados pueden recuperar las fuerzas físicas y morales que perdieron en los infames campos de Alemania». Después, pasa a describir el programa de actividades en anticipación de la Navidad, entre las que se encuentra la representación de *Fausto* y un baile a cargo de la «orquesta Lucas-Comelli» que las parejas jóvenes disfrutan en una «atmósfera muy simpática». Los recuerdos que guardaba Marie-Jeanne de sus días en Monnetier eran bonitos, me dice Angélique, allí descansó y recuperó parte de sus fuerzas. Pero echaba de menos su hogar. Posiblemente regresó a casa para pasar en familia las navidades de 1945.

Marie-Jeanne no quiso quedarse ahí eternamente. Quiso volver.

XIII

Al volver, quise un hijo

Quiero hacerme una idea del mundo íntimo de Marie-Jeanne, cómo sobrelleva las consecuencias de la deportación y establece vínculos afectivos, cómo construye una vida a partir de 1945. No me quiero quedar únicamente en el relato de la heroína resistente y víctima de la deportación, porque Marie-Jeanne fue eso, pero también fue más. Tampoco quiero perpetuar la visión de la víctima como persona rota, quiero encontrar cierto equilibrio al documentar el daño permanente de la deportación.

Leo un estudio sobre entrevistas a mujeres supervivientes de la Shoá que cita el promedio de cuánto espacio dedican a narrar la experiencia de la deportación y los campos dentro de su relato biográfico global. La relación es de 20:60:20. El grueso central de su narrativa es el acontecimiento traumático, mientras que los dos veintes que lo flanquean son el antes y el después (Paulovicova, 42). Desde que Marie-Jeanne es detenida hasta el día de su repatriación el 18 de mayo pasan once meses, pero Marie-Jeanne vivirá 62 años más. Soy consciente de que, aunque he hecho un esfuerzo por conocer y entender el antes y el después, yo también centro su relato biográfico en la deportación. Pero es que ese acontecimiento es la piedra angular sobre la que se asientan los 62 años posteriores. Angélique lo expresó así: hasta que Marie-Jeanne no le comenzó a contar la deportación, sentía que no la conocía, que había conocido a la abuela, pero no a la mujer que era. Ninguna de las supervivientes vuelve siendo la misma persona. Marie-Jeanne tampoco.

Nos adentramos ahora en esa parte del relato biográfico en el que empiezan a desaparecer los archivos –no todos, volveremos a entrar en ellos– y Marie-Jeanne se desvincula de los grandes acontecimientos

históricos; el desarrollo de la vida íntima, con todos sus dramas y alegrías, los pequeños placeres cotidianos, las luchas del día a día, entran en escena.

Quiero que Angélique me cuente cómo fue su abuela, no solo qué hizo. «Descríbeme su personalidad –le pido–, tal y como la recuerdas: qué le hacía feliz, qué le gustaba, con qué se emocionaba, con qué se enfadaba.» Angélique me hace este retrato a vuelapluma en nuestra primera conversación: «era alegre, animosa, le encantaban los zapatos –lo dice riéndose–, se enrabietaba ante las injusticias, no soportaba ver a alguien pasar hambre, siempre llevaba monedas en los bolsillos para dar a quien le pidiera, tenía periodos tristes y necesitaba medicación para dormir, no creía en la política, era feminista sin saberlo, era coqueta y generosa». «Mi madre –añade Angélique–, posiblemente fue testigo de cosas que no me quiso contar.» Esa parte del retrato de Marie-Jeanne quedará en la sombra para ella. Nosotras solo lo podremos intuir, como mucho deducir, por lo que han escrito las supervivientes, por ejemplo, Simone Veil en este párrafo de *Amanecer en Birkenau*: «La experiencia de los campos deja una huella instintiva, algo sensorial, indeleble, que es muy difícil de explicar. [...]

»Aún hoy en día, un olor en particular, cierta sensación de frío, una imagen pueden provocar lo que llamaría un flash, una reminiscencia brutal. Esas manifestaciones son imprevisibles. A veces, una percepción a priori positiva, o incluso feliz, se carga de angustia» (99). Poupette, otra de las «hermanas de campo» de Charlotte Delbo, dice: «Que necesitáramos una voluntad sobrehumana para aguantar y regresar, eso lo entiende todo el mundo. Pero nadie tiene ni idea de la voluntad que necesitamos al volver para revivir» (104).

Mientras mujeres como Charlotte Delbo, Margarete Buber-Neumann, Germaine Tillion, Ruth Klüger o Simone Veil escriben sobre sus experiencias y dan a conocer al mundo –a quien quiera escucharlas– la realidad insondable de los campos de concentración, ¿qué hacen mujeres como Marie-Jeanne que no tienen esas herramientas intelectuales, que tampoco tienen una clara militancia política como Neus Català o Conchita Ramos en la que puedan volcar su labor testimonial y pedagógica? ¿Qué

hacen mujeres trabajadoras, enfermas, sin apenas recursos, para seguir viviendo? ¿A qué asideros se agarran?

Me da la impresión de que Marie-Jeanne tuvo tres: la familia, la religión y la amistad.

Marie-Jeanne conoce al que será su marido, Jean-Léon Olçomendy, en 1950 o 1951 y poco después se casan en Pau. En su hoja del registro civil consta que se casó el 18 de abril de 1952. Angélique conserva un retrato de medio busto de ese día. Se casaron, según la costumbre de la época, de negro. A ella le cubren la cabeza y los hombros un velo corto y sencillo con diadema de puntilla blanca. No lleva pendientes ni adornos, solo un ramo de claveles blancos en la mano. No mira a la cámara, sino a un lado. Esboza una sonrisa leve y sus ojos tienen una expresión tremendamente amorosa y triste al mismo tiempo. Él, de sobrio traje negro, clavel blanco en la solapa, mira a la cámara con gesto orgulloso, digno; al mismo tiempo tiene un rostro que comunica ternura.

¿Quién es este hombre, el abuelo de Angélique? ¿Qué hizo durante la guerra? Angélique me muestra un retrato de juventud, está vestido con abrigo militar, posiblemente de la armada. En el reverso de la fotografía, escritos en lápiz, figuran estos datos:

> Olçomendy Jean-Léon
> N8 = 28496 Stalag VID
> Kommando = 521
> Juv 17

Esa misma tarde, de regreso a casa, pienso lo desdibujado que está el abuelo en la memoria de Angélique, comparado con la abuela. Se lo he comentado durante nuestra conversación y me ha contestado con una frase muy significativa: «él murió cuando yo tenía diecisiete años, para mí era solo mi abuelo. Sin embargo, Marie-Jeanne vivió hasta que yo tenía treinta, a ella llegué a conocerla como mujer».

Le enseño a José la inscripción del reverso de la fotografía, nos entra la curiosidad y comenzamos la búsqueda. Enseguida encontramos que el

Stalag al que se refiere es el campo de prisioneros de guerra de Dortmund. Sigo buscando información durante los próximos días. Encuentro en la base de datos de *Gallica* la lista de prisioneros de guerra franceses que se publicaba a través de bandos. Creo encontrarle en el bando del 14 de abril de 1941, pero resulta ser otro Olçomendy, nacido en 1910. No encuentro más información. Angélique nunca le oyó contar sus experiencias como prisionero de guerra y entre los papeles no guarda ningún documento sobre él. No fue condecorado ni reconocido, pero en las fotografías de las conmemoraciones y eventos de deportados a las que asiste Marie-Jeanne se le ve frecuentemente acompañándola. Según Angélique, posiblemente sus abuelos hablaban, compartían sus vivencias: «Mi abuelo estuvo cuatro años de servicio militar, después vino la guerra, después fue prisionero de guerra... sufrió mucho, pero era un hombre muy tranquilo, muy agradable y creo que para mi abuela fue un consuelo muy grande».

Marie-Jeanne siempre quiso tener hijos. No todas las supervivientes querían ni podían. Marceline le cuenta a Charlotte: «yo tardé cuatro años en casarme. Y no quise tener hijos... Te aseguro que no habría tenido fuerzas. Además, me daba miedo tener un hijo discapacitado. No, no tenía suficiente salud como para dársela a un hijo» (*La medida*, 139). Otras, como Mado, lo buscan: «Al volver quise un hijo». Cuando lo consigue es feliz, parece que por un momento el nacimiento del bebé tiene un efecto curativo: «Cuando nació mi hijo, me inundó la alegría... un agua suave y tibia que me empapaba por fuera, por dentro, que me arrastraba y me volvía ligera, feliz, me inundaba de alegría. El hijo que había deseado estaba allí, era mío. Una algarabía sosegada y benéfica». Pero el recuerdo de las que nunca pudieron, de las que se quedaron allí eternamente, impide que esa felicidad sea duradera: «No pude dejarme llevar por esa alegría, no pude abandonarme a ella. [...] mi cuarto era invadido por los espectros de nuestras compañeras» (45).

No sabemos hasta qué punto Marie-Jeanne pudo tener momentos de felicidad sostenida, pero sí que la buscó en su proyecto de familia. Intentó desde el principio quedarse embarazada y lo consiguió después de varios años. La madre de Angélique nació en 1955. Después, Marie-Jeanne se

volvió a quedar embarazada, pero tuvo un aborto natural estando de siete meses. No puedo imaginar el desgarro de esta nueva pérdida. Su amiga Félicie tuvo tres hijos, una de ellas discapacitada. Las dos culpaban a los experimentos en Ravensbrück de sus problemas de salud y de su dificultad para desarrollar embarazos sanos.

Cuenta Angélique que su abuela iba a Lourdes todos los años. Miramos juntas una fotografía de ella al pie del santuario. Tendría unos setenta años; la acompaña su marido y una de sus hermanas. Según Angélique le hizo una promesa a la Virgen: si sobrevivía, iría todos los años a verla en peregrinación. Leyendo el *Bosquejo etnográfico* de Barandiarán leo también que «los matrimonios que tardan en tener hijos visitan a la Virgen de Lourdes implorando descendencia» (237). Es posible que este fuera también un motivo de su devoción a la Virgen y de que Jean-Léon la acompañara.

Le pregunto a Angélique por la relación de Marie-Jeanne con la Iglesia y me dice riendo que las visitaba todas. «A cada sitio de vacaciones que íbamos, entraba en la iglesia. Y en Biarritz también. Todos los sábados iba al mercado y a la iglesia que estaba delante.» Era muy católica.

La devoción, el marido, la hija que crece y que a su vez se casa y tiene cuatro hijos, entre ellos Angélique, el trabajo. Marie-Jeanne trabaja durante unos años, otra vez como limpiadora en casas particulares y hoteles, pero su salud le impide hacerlo por mucho tiempo. La vida sigue y para que siga son también indispensables las «hermanas de campo» y sobre todo, Félicie. Estas mujeres tienen un conocimiento mutuo, una forma de conocerse a la que nadie más tiene acceso. «Entre nosotras», escribe Delbo, «no hay que hacer ningún esfuerzo, no hay ninguna obligación, ni siquiera la cortesía habitual. Entre nosotras, somos nosotras» (148).

Le pregunto a Angélique si, además de las fotografías y documentos que comparte conmigo, tiene algún objeto que le dejara su abuela en herencia. Tiene unos poquitos y cada uno de ellos es un relato que da cuenta de la relación de Marie-Jeanne con la vida después de la deportación. Todos son objetos religiosos: un platito de la Virgen de Lourdes, un rosario humilde

hecho de semillas, un imán con la representación de San Cristóbal y una estatuilla de Juana de Arco.

Angélique recuerda a su abuela rezando el rosario cada día. Yo también recuerdo a la mía recitando la letanía como si fuera una especie de conjuro que consuela con su cadencia. Y me vienen a la mente los rosarios que vi en Ravensbrück; me pregunto si Marie-Jeanne echaba de menos el suyo, si recitaba con Félicie y con las otras hermanas de campo esa letanía consoladora. Si en algún momento el horror hizo tambalear su fe.

Todo objeto alberga una historia; tenerlo delante invoca a la memoria de la persona a la que pertenecía. Angélique, al hablarme del imán de San Cristóbal, hace presente con su risa la personalidad alegre de su abuela. «En los años sesenta y setenta mis abuelos tenían un Citroën dos caballos en el que siempre llevaban como protección el imán de San Cristóbal pegado al techo. Tuvieron un accidente en Biarritz y se les volcó el coche. Mi abuela tenía puesto el cinturón, pero su cara chocó contra el techo, donde seguía el imán de San Cristóbal. A ella no le pasó nada, pero durante bastantes días tuvo la marca de San Cristóbal en la frente». Nos reímos ante el peculiar *estigma*. Para Marie-Jeanne era una anécdota divertida, pero el hecho de que regalara a su nieta el santo protector tiene también un significado importante: el accidente pudo ser otro momento en la vida en el que sintió que podía haber muerto.

Al principio me sorprende que Marie-Jeanne tuviera una estatuilla de Juana de Arco, la santa patrona de Francia que ha sido apropiada por la extrema derecha francesa en sus ditirambos patrióticos. Pero Angélique me dice que su abuela la admiraba porque fue luchadora y santa después. Si añadimos que Juana de Arco era de orígenes campesinos y que fue quemada en la hoguera con solo diecinueve años por los ingleses, el otro gran enemigo de Francia –además de los alemanes, se entiende–, tiene todo el sentido. Es una estatuilla de metal que enfatiza el lado guerrero de Juana de Arco: vestida de armadura –la famosa armadura de plata que le regala el futuro Carlos VII–, portando la espada y el estandarte que ella misma diseñó. El pelo suelto, el casco a sus pies. Una imagen icónica y heroica. Su santidad es invisible porque es, en cierto modo, la cifra de su derrota. La

Juana de Arco mártir, ardiendo en la hoguera, no enciende el fuego patriótico, pero sí adquiere una dimensión representativa para mujeres como Marie-Jeanne. Marie-Jeanne tuvo una relación muy interesante con la memoria pública –la conmemoración– de los eventos históricos de los que fue parte. Antes de entrar en este tema, me detengo en un juego de tazas de chocolate que también ha heredado Angélique. En algún momento le he preguntado qué relación tenía su abuela con la comida. «Le gustaba comer, en Biarritz había un salón de té y su placer era ir allá cada semana, tomar un chocolate y cada vez me decía (se ríe): es un placer poder comer. Le gustaba la vida y los placeres simples de la vida».

XIV

Se preguntaba si el sacrificio mereció la pena

A lo largo de estas páginas he mencionado los documentos que he consultado tanto del archivo institucional como del archivo privado que guarda Angélique que se refieren a las actividades de Marie-Jeanne en la Resistencia y a los detalles de su deportación. Esta documentación se produce a partir de 1948 como parte del proceso de reconocimiento como «resistente deportada», que le aseguraba una pequeña pensión y el reconocimiento institucional de servicio a la patria. También esta documentación constata las secuelas físicas de la deportación y es parte del proceso de Marie-Jeanne para conseguir los grados de invalidez que le permiten aumentar su pensión. Estos dos procesos duran hasta 1956. Es decir, durante más de una década tiene que lidiar con burocracia directamente relacionada con su trauma.

En octubre de 1956 se le reconoce por fin un grado de invalidez del 40% por enfermedades pulmonares relacionadas con las condiciones de la deportación, un 10% por problemas gástricos producidos por lesiones en la boca, un grado del 10% por las heridas de la rodilla y un 10% por las de la espalda. En total, adquiere un grado de invalidez global del 70% con derecho a pensión.

Otra parte del archivo refiere a los reconocimientos gubernamentales por los servicios prestados, condecoraciones y medallas. Muchos de estos documentos los guarda Angélique. Los repasamos juntas y Angélique me va contando alguna anécdota relacionada.

La Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas el 25 de febrero de 1949 la reconoce como «agente ocasional de las Fuerzas Francesas Combatientes del Interior», desde el 1 de junio de 1942 al 6 de junio de 1944. Otro documento de la misma fecha la reconoce como Agente P2 de la

Red Shelburn en la deportación, desde la fecha de su detención hasta su liberación. Su grado de Subteniente fue finalmente homologado el 29 de septiembre de 1950 por la Oficina Nacional de Antiguos Combatientes y Víctimas de la Guerra con número 66.636.

Recibe varios reconocimientos y medallas al mérito por parte del Estado francés y también del británico y el estadounidense por sus servicios a la patria y a la liberación de Europa, todo oficialmente documentado. Entre ellas, la Medal for Freedom del gobierno de Estados Unidos, la Médaille de la Libération, concedida por el alto mando del Ejército de Liberación y el grado de Chevalier de la Légion d'Honneur. Esto explica que los soldados se cuadraran ante ella en cada conmemoración, ante la mirada estupefacta de Angélique y su hermano.

Angélique guarda un artículo de periódico en el que aparece un cura poniéndole una condecoración a Marie-Jeanne. Es la medalla de la Legión de Honor. Me cuenta que en 1972 le ofrecen ser ascendida de oficial a comandante de la Legión de Honor, pero que ella rechaza ese reconocimiento porque no la podía condecorar un cura. Las condecoraciones solo las puede poner alguien del mismo grado o superior y, al parecer, no había ningún sacerdote comandante, así que Marie-Jeanne lo rechazó. No soportaba que un militar la condecorara porque, asegura Angélique, «decía que todos tenían las manos manchadas de sangre». En otra foto muy posterior, de 1995, Marie-Jeanne posa en una de esas conmemoraciones. Jean-Léon ha muerto hace un año. Aparece en primera fila junto a otra mujer, delante de ellas una corona de flores con los colores de la bandera francesa y una gran F en el medio. Una cinta recuerda a los «mártires» de 1945. En el abrigo gris de Marie-Jeanne se intuye la pequeña insignia de la Legión de Honor. Angélique me cuenta que tenía muchísimas medallas –más de las tres que he mencionado– pero que nunca se ponía ninguna, solo cada 30 de abril esa pequeña insignia. Siendo una niña un día le preguntó a su abuela qué era ese «pin». A la abuela le encantó la ocurrencia de su nieta, esa forma de quitar solemnidad a la insignia. Así que, a partir de entonces, el distintivo de tan alto honor fue, simplemente, un pin.

Como se puede deducir de estas dos anécdotas, la relación de Marie-Jeanne con estos reconocimientos fue ambigua. No solo por su desconfianza hacia el ejército, también porque tenía muy claro que la memoria institucional era injusta. Su querida Félicie, que sufrió tanto como ella y a quien debía la vida, jamás fue reconocida. Las hazañas de su amiga nunca entraron en el archivo y, si llegan hoy a estas páginas, es gracias a la memoria de Angélique. Félicie, como tantas otras, nunca contó su historia en casa. Esto lo ha comprobado Angélique en dos ocasiones: «Félicie tenía una nieta que trabaja en el hotel de Baiona y que conocí. Comentaba que no sabía nada de la historia de su abuela». También habló con su hijo y él confirmó que no tenían ninguna documentación y que su madre nunca habló del tema.

Marie-Jeanne le contó a Angélique que Félicie era de Ziburu y que desde que se conocieron –deducimos que esto fue en Hendaia o Fort du Hâ– se habían llevado muy bien: las unían sus orígenes y el idioma materno en el que se comunicaban, el euskera. Félicie había sido arrestada durante los mismos días que Marie-Jeanne por sus actividades en la Resistencia. Trabajaba en un bar cuya dueña formaba parte de una célula resistente y ella la ayudaba en sus trabajos clandestinos. Las arrestaron a las dos y las llevaron a Hendaia. Lo terrible es que la Resistencia organizó una operación para liberar a la jefa, pero a ella la dejaron en prisión. La Resistencia la abandona entonces y, después, lo hacen los organismos oficiales que tampoco registran su participación en la liberación de Francia. Será una deportada sin historia heroica y, por tanto, sin narración que la reconozca. Como lo serán las mujeres judías francesas que vuelven de los campos de exterminio. Simone Veil nos da una buena medida de la marginación de quienes no son interpretadas como heroínas al comparar el trato que reciben ella y su hermana Milou frente a la hermana que participó en la Resistencia: «Queríamos hablar, pero nadie estaba dispuesto a escucharnos. Eso fue lo que sentí cuando volvimos, tanto por mí como por Milou: a nadie le importaba lo que habíamos vivido. En cambio Denise, que había vuelto poco antes que nosotras, con la aureola de su paso por la Resistencia, era invitada a dar conferencias» (*Una vida*, 67). El relato que ofrecía Denise, la

hermana resistente, era lo que todo el mundo quería escuchar: una lucha con sentido y lógica, con heroísmo y hazañas, con recompensa. Un relato según la concepción viril de la historia; al fin y al cabo, eran mujeres que, según la interpretación oficial, se comportaron como hombres y por eso merecen reconocimiento. Así se deja entrever en el recorte de periódico que recoge la ceremonia en la que se le otorga a Marie-Jeanne la cruz de oficial de la Legión de Honor: enfatiza lo raro que es que una mujer reciba este reconocimiento militar. La excepción que confirma la norma patriarcal.

La incomodidad de Marie-Jeanne por la injusticia que se comete contra Félicie –o la frustración que expresa Simone– tiene su articulación histórica. Las narrativas que reclama el nuevo gobierno tras la liberación son épicas que presentan al pueblo francés unido detrás del liderazgo del general De Gaulle. Al fin y al cabo, ya desde el exilio se había creado el mito en torno a la unidad de los franceses bajo el mando de De Gaulle y frente a los ocupantes y Vichy. Al mismo tiempo que se construye el relato épico de la Resistencia, se minimiza el castigo a los colaboracionistas. La gran purga ya se ha producido entre 1944 y 1945, antes de que las deportadas vuelvan a casa. Lo que queda después es una limpieza de cara más bien superficial. Las cifras son estas: «De los más de 311.000 casos [de colaboracionismo] investigados en Francia, solo alrededor de 95.000 tuvieron algún tipo de castigo –un 30% del total–. Menos de la mitad de esos –unas 45.000 personas– recibieron una condena de prisión o peor. El castigo más común era la pérdida de los derechos civiles, como el derecho a voto o el derecho a ostentar un cargo público. Sin embargo, la mayoría de esos castigos fueron revocados tras una amnistía en 1947. Tras una nueva amnistía en 1951 solo quedaron en prisión 1.500 de los peores criminales de guerra. De los 11.000 funcionarios que perdieron su trabajo en los primeros días de la depuración, muchos de ellos regresaron a sus puestos al cabo de seis años» (Lowe, 188).

Las conmemoraciones participan en esta construcción del relato hegemónico sobre la guerra, la Ocupación y la Resistencia. La conmemoración toma un hecho concreto del pasado y lo institucionaliza: fija su interpretación para que se convierta en verdad indiscutible; unifica

por decreto, y, con ello, margina a una parte de los sujetos de la historia; simplifica el pasado y lo encapsula, lo vacía de complejidad para venderlo en píldoras digeribles. Si no la acompañan medidas de justicia y reparación, si no va de la mano de un análisis del pasado en profundidad y una atención a la complejidad de las memorias que entretejen la historia, la conmemoración es un ritual vacío.

Mado le dice a Charlotte: «no son nada esas ceremonias de recuerdo, esas conmemoraciones, esas parodias reconfortantes para la gente a quien damos la ocasión de compadecerse una vez al año, la ocasión de tener buena conciencia» (48). Marie-Jeanne participaba cada año y llevaba su «pin» de la Legión de Honor con orgullo, así que su visión no debía de ser tan negativa como la de Mado, pero en alguna ocasión compartió con Angélique su incomodidad ante estos eventos militarizados. También porque, durante años, Maddi estuvo ausente de ese discurso público de memoria. Recordemos su disgusto en el cementerio de Sara, cuando ni siquiera había una placa con el nombre de María Josefa Sansberro. Ese fue uno de los pocos momentos en que mencionó a Maddi, reconoce Angélique: «Maddi falleció sin saber todo lo que vendría después. Y ella, que falleció en 2007, ya veía que en la política francesa el fascismo estaba de vuelta; me dijo que fue un sacrificio y se preguntaba si ese sacrificio había realmente servido a alguien, si mereció la pena». A Angélique le entristece recordar las dudas de su abuela: «en su momento yo le dije que estaba muy, muy orgullosa de todo lo que hizo y que hay muchas personas que vivieron después gracias a ellas dos». Si Marie-Jeanne levantara la cabeza hoy, casi veinte años después de su muerte, y viera la deriva que ha tomado Francia en las últimas dos décadas, tal vez tendría más dudas sobre si tanto sufrimiento mereció la pena. Sobre todo si la muerte de Maddi mereció la pena.

Aunque Marie-Jeanne nunca habló de Maddi en presencia de Angélique, hay un hecho que muestra la fidelidad que tenía a su memoria. Se trata del episodio por el que rompió su relación con Lucien. Angélique solo vio a Lucien en casa de Marie-Jeanne, parece que con el resto de la familia no tenía tanta relación. Su recuerdo de los dos es alegre: se llevaban

bien y Marie-Jeanne, a pesar de su catolicismo, nunca tuvo reparos hacia la homosexualidad del hijo de Maddi. Pero el día que Lucien fundió el oro de alguna pequeña joya de Maddi, la única memoria material que quedaba de ella, Marie-Jeanne lo consideró una traición, una falta de respeto imperdonable. Cada objeto tiene su propia biografía, su propio valor; para Marie-Jeanne el valor del oro de Maddi no era económico. Le dejó de hablar. Lucien murió pocos meses antes que ella y nadie en la familia se enteró. Marie-Jeanne murió el 23 de noviembre de 2007, diez días después del aniversario de la muerte de Maddi.

XV

Los muertos nos ponen tareas

Marie-Jeanne Echeverria fue agente de una memoria comunicativa a través de todo lo que le contó a su nieta; también fue agente de una memoria pública a través de su presencia en las ceremonias de conmemoración, en las actividades de reconocimiento y entrega de medallas, y en los eventos de supervivientes en los que participó. Con esos actos performativos, Marie-Jeanne entra en el imaginario colectivo de resistentes deportadas supervivientes y se convierte en alguien que pertenece a una memoria cultural y política compartida. Su supervivencia tuvo un significado político que le es negado a otras como Félicie o a las deportadas judías, otro ejemplo de cómo la historia se construye sobre el olvido de las más marginadas.

A lo largo de estas páginas ha podido parecer en algún momento que las informaciones que recibimos a través de Angélique sobre el testimonio de su abuela contradicen el archivo o son demasiado vagas como para tejer una biografía, pero en realidad lo que hacen es señalarnos la complejidad del relato histórico cuando intentamos reconstruir una experiencia traumática individual de la que apenas quedan rastros ni restos. También pone en entredicho la idea del archivo como un mero repositorio de información. El archivo es un agente de producción de conocimiento en el que falta o está infrarrepresentada la experiencia de las mujeres. Tanto los testimonios escritos de las supervivientes como el testimonio oral, en este caso legado a una nieta, nos ayudan a interpretar nuevos significados en los documentos del archivo; a veces incluso nos hacen leer a la contra, o leer la información de manera que revele la complejidad de las vivencias de las mujeres con sus particularidades de género.

Si esas vivencias de las mujeres están infrarrepresentadas, más lo están las vidas de las mujeres trabajadoras que lucharon contra el fascismo o el nazismo, que tuvieron un papel fundamental en la historia pero que nadie consideró introducir en el relato histórico; mujeres con agencia cuyas acciones apenas se registraron y que, si lo hicieron, nadie consideró historiables; mujeres que no tuvieron ni el tiempo ni las herramientas –posiblemente ni siquiera se les pasó por la cabeza– para escribir su propio testimonio. El género y la clase en esta historia importan; mujeres como Marie-Jeanne importan. Desde sus «pequeñas» historias, se pueden iluminar dimensiones del pasado y concretamente de la experiencia de las mujeres que necesitamos entender.

Reivindico este tipo de búsqueda de historias hasta ahora minoritarias también por otro motivo: las habilidades cognitivas de la mujer, su capacidad para recordar y contar con veracidad lo vivido, se han cuestionado a lo largo de la historia. La mujer ha sido considerada narradora no fidedigna, sospechosa, dudosa por su afectividad inestable, por su subjetividad, incluso por sus ciclos hormonales. Sus testimonios, relegados a segundo plano o directamente silenciados; sus experiencias, consideradas secundarias, poco relevantes y nada representativas. En el orden simbólico masculino que ha regido toda representación histórica, las mujeres –y, sobre todo, las mujeres en contexto de guerra– han sido narradas como agentes pasivos que han sufrido la historia, jamás han contribuido a hacerla.

En este libro he intentado responder al «deseo de narración» –robo el término a Adriana Cavarero– que Angélique tenía de la vida de su abuela Marie-Jeanne y quiero pensar también al deseo de narración que tenía la propia Marie-Jeanne cuando intentaba compartir esos fragmentos de la experiencia traumática con su nieta. A lo largo de estas páginas he intentado entretejer la memoria íntima que apenas se pudo esbozar con la narrativa histórica y la multiplicidad de testimonios para así darle un contexto y un sentido.

Saul Friedländer defendió la escritura de la historia que no elimina ni domestica la sensación inicial de incredulidad cuando nos enfrentamos a

hechos aberrantes, en su caso, el exterminio de los judíos de Europa. En la escritura de este libro he intentado seguir su ejemplo, pero sé que no he llegado a comunicar la vastedad del horror de las experiencias a las que fueron forzadas Marie-Jeanne y tantas como ella. Si lo hubiera conseguido, posiblemente ni tú ni yo hubiéramos llegado a este punto, a este final. No puedo evitar tener una sensación de inevitable fracaso. Recuerdo las palabras de Germaine Tillion cuando criticaba los juicios de Núremberg porque decía que los jueces, los fiscales y los abogados, y las leyes que se usaban para juzgar pertenecían a un «mundo normal», mientras que los crímenes, los verdugos y sus víctimas formaban parte de un «mundo anormal», solo comprensible para ellos. Por muchos libros que leamos y escribamos, ese mundo anormal es impenetrable para nosotras. Por muy buenas intenciones que tengamos, nunca llegaremos a entenderlo. Pero aun así es imprescindible intentar hacerlo. Entre otros motivos, porque nos lo piden ellas. Nos lo pide Mado: «no espero que lo comprendan. Quiero que lo sepan, aunque no sientan lo que siento yo. Lo que quiero decir cuando digo que no lo comprenden es que nadie puede comprenderlo. Pero al menos deben saberlo» (44).

Si este libro ha contribuido un mínimo al saber, me daré por satisfecha. Al menos, estas páginas dejarán constancia de todas las mujeres que nos han acompañado hasta aquí. Y romperemos el maleficio al que se refiere, amarga, la superviviente Regina Arrieta: «Para ellos, los honores; para nosotras, el olvido» (Català, 96).

Cuando escribí *Maddi y las fronteras* lo hice, entre otros motivos, para crear un lugar hospitalario donde la memoria de Maddi pudiera vivir. Con este libro, amplío ese lugar para darle espacio a Marie-Jeanne. «Los muertos nos ponen tareas», dice Ruth Klüger, y yo he realizado lo mejor que he podido las tareas que me pusieron estas dos mujeres admirables. Mientras escribo las últimas páginas de este libro, recibo de Angélique una tanda de fotos que acaba de encontrar en una caja en casa de sus padres. En ella hay una imagen de Maddi y Marie-Jeanne que ella no había visto nunca y yo, por supuesto, tampoco. Están sentadas en la hierba, me las imagino en los alrededores del hotel, en una de las campas de la ladera del Larrún. Es

verano. Tal vez 1943, el último verano que compartieron en ese territorio querido. Maddi lleva un vestido negro de tirantes con lunares blancos y por debajo de él un jersey negro cubre sus brazos, un medio luto por la muerte de su marido Louis; está extremadamente delgada –los altos pómulos se marcan afilados, las mejillas hundidas, la barbilla picuda y sobresaliente– y no mira a la cámara. A su lado, contrasta la imagen de Marie-Jeanne: sonríe ampliamente a quien toma la fotografía, su aspecto es lozano y sano, lleva un vestido claro de cuadros de manga corta, enseña las rodillas, brazos y piernas bien torneados, fuertes.

Me quedo con esta imagen, Marie-Jeanne y Maddi juntas de nuevo.

Y me digo que me alegro muchísimo de haberlas conocido.



María Josefa Sansberro (Maddi) y Marie-Jeanne Etcheverria. Foto cedida por Angélique Bereau.

Agradecimientos

Hubiera sido incapaz de escribir este libro sin la colaboración generosa de Angélique Bereau, principal transmisora de la memoria de Marie-Jeanne Echeverria. Ojalá sienta que he cuidado a su abuela y que lo que cuento de ella se convierta, junto a las memorias de quienes la recuerdan, en un legado para su familia.

A José Ovejero le debo infinitos, pero para este libro en particular le agradezco: su voluntad de acompañarme a Berlín y asomarse conmigo al agujero negro de Ravensbrück y Pertrix; su ayuda incondicional a la hora de descifrar documentos, algunos casi ilegibles, en alemán y francés; su lectura atenta, inteligente y sensible del manuscrito; su amor y sus cuidados siempre, pero sobre todo cuando mi ánimo ha flaqueado, que no ha sido pocas veces.

A Arne Pannen, que nos guió por los espacios de Pertrix y compartió con nosotros su conocimiento; a Christine Galuning, directora del Dokumentationszentrum NS-Zwangsarbeit y Christian Weber, Director de Educación, por la conversación y el catálogo de la exposición sobre Pertrix que tanto me ha ayudado a reconstruir la experiencia de Marie-Jeanne y otras deportadas.

A Robert Elissondo, que compartió conmigo el testimonio de Marie-Louise Lasserre y a Sandra Ott, que amablemente me puso en contacto con él.

A Chantal Maillard le agradezco su palabra luminosa y la conversación que, durante dos intensos días, sostuvimos en el otoño de 2025 en Palma de Mallorca. No sabría decir concretamente cómo, pero sé que sus reflexiones alumbraron este proceso de escritura. A ella también le debo el concepto de «lesión activa» que he usado en varios momentos a lo largo del libro.

Joan Tarrida es un editor como pocos. Es exigente y tenaz, sensible a la vez. Cuida de mí y de mis libros con un cariño y un respeto que agradezco en estos tiempos de mercado literario lleno de pirotecnia. A él le agradezco que confiara desde el principio en este proyecto, que compartiera conmigo su extenso conocimiento sobre el tema, que leyera y comentara el manuscrito con rigor y minuciosidad, también con entusiasmo. [Querido Joan: mientras escribo estos agradecimientos me doy cuenta de que en septiembre de 2026 se cumple mi décimo aniversario contigo. Gracias, también, por todos estos años en los que además de editor, te has convertido en amigo.]

Al equipo de Galaxia Gutenberg a quienes cariñosamente llamo «las chicas galácticas»: Blanca Navarro, Lidia Rey, Montse Ferré, Júlia Castells, Nuria Cicero, María Olivera, Dolors Blanch: un equipo de mujeres tremendamente inteligentes, eficaces y profesionales, sensibles y entusiastas que cuidan de nuestros libros desde que les llega el manuscrito en un documento Word hasta que sale de la librería convertido en este objeto que tienes entre las manos. Por el camino estas mujeres leen, corrigen, maquetan, diseñan, dirigen la campaña de prensa, hacen números y cábalas, hablan con traductoras y editoriales extranjeras, contactan con librerías, planean presentaciones, encuentros. A todas ellas les agradezco su trabajo. Y las risas que compartimos cada vez que tengo la suerte de verlas.

A mi aita y a mi ama que, en los días difíciles y sin ellos saberlo, me ayudan a darme cuenta de la vida que realmente importa.

Obras citadas o consultadas

ALEGRE LORENZ, David, *Colaboracionistas: Europa occidental y el Nuevo Orden nazi*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022.

ALEXIÉVICH, Svetlana, *La guerra no tiene rostro de mujer*, trad. Yulia Dobrovoiskaia y Zahara García González, Barcelona, Debate, 2015.

ANDRÉS, Alfonso y Javier Barajas, *Una esvástica sobre el Bidasoa*, 2013. Documental.

ANTONIOU, Antonis, «Haunting pasts: traumatic memory, performance and intersubjectivity in a forced labour camp survivor's life-story», *Oral History*, vol. 50, n.º 2, 2022, pp. 52-61.

AMAT-PINIELLA, Joaquim, *K. L. Reich*, trad. Baltasar Porcel y Joaquim Amat-Piniella, Barcelona, Libros del Asteroide, 2014.

AMAT, Jorge, *Les résistants du train fantôme*, 2017. Documental.

AMÉRY, Jean, *Más allá de la culpa y la expiación*. *Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, trad. Enrique Ocaña, Valencia, Pre-Textos, 1977 (2001).

AUBRAC, Lucie, *Outwitting the Gestapo*, trad. Konrad Bieber y Betsy Wing., Plunkett Lake Press, 1984 (2015).

BARANDIARÁN, José Miguel, *Diario Personal. Volumen II (1936-1953). Durante los años de su exilio en el País Vasco Continental,* Colección Sara n.º 8, Vitoria-Gasteiz, José Miguel de Barandiarán Fundazioa, 2009.

—, *Bosquejo etnográfico de Sara*, Colección Sara n.º 3, Vitoria-Gasteiz, José Miguel de Barandiarán Fundazioa, 2000.

BAROJA, Pío, *Los contrabandistas vascos*, ed. Caro Raggio, 2012.

BARTETTE, Marie, *Les étapes d'une déportée* – 1. https://htba.fr/marie-bartette-les-etapes-dune-deportee-1/. Publié Par Aimé Sur 10 août 2020. Originalmente en *Journal d'Arcachon* a partir del n.º 45 de 16 de junio de 1945 al 30 de marzo de 1946.

BENJAMIN, Walter, *Illuminations*. *Essays and Reflections*, intro. Hannah Arendt, Nueva York, Schocken Books, 1968.

BUBER-NEUMANN, Margarete, *Milena*, trad. Ralph Manheim, Nueva York, Arcade Publishing, 1977 (2011).

—, *Under Two Dictators: Prisoner of Stalin and Hitler*, trad. Edward Fitzgerald, Londres, Pimlico Random House, 1949 (2008).

CARRASCO-CONDE, Ana, *Decir el mal*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021.

CATALÀ, Neus, *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas. De la resistència i la deportació. 50 testimonis de dones espanyoles,* Barcelona, Memorial Democràtic, 2015.

CATE-ARRIES, Francie, *Spanish Culture Behind Barbed Wire: Memory and Representation of the French Concentration Camps, 1939-1945,* Lewisburg, Bucknell University Press, 2004.

CAVARERO, Adriana, *Cuéntame mi historia. Filosofía de la narración*, trad. Celina Penchansky, Buenos Aires, Katz Editores, 2024.

D'ALBERT-LAKE, Virginia, *An American Heroine in the French Resistance: The Diary and Memoir of Virginia D'Albert-Lake*, ed. e intro. Juddy Barrett Lioff, Nueva York, Fordham UP, 2006.

DEÁK, István, *Europe on Trial: The Story of Collaboration, Resistance and Retribution During World War II*, Nueva York & Londres, Routledge, 2015.

DELBO, Charlotte, *Ninguno de nosotros volverá*, trad. Regina López Muñoz, Barcelona, Libros del Asteroide, 1970 (2020).

—, *La medida de nuestros días*, trad. Palmira Feixas, Barcelona, Libros del Asteroide, 1971 (2025).

DE CERTEAU, Michel, *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1978 (2006).

DE GAULLE ANTHONIOZ, Geneviève, *La travesía de la noche*, trad. Chantal Jaillais, Madrid, Arena Libros, 1998 (2006).

DERRIDA, Jacques, *Espectros de Marx,* trad. José Miguel de Alarcón y Cristina de Peretti, Madrid, Trotta, 2026.

DÍAZ ÁLVAREZ, Enrique, *La palabra que aparece: El testimonio como acto de supervivencia*, Barcelona, Anagrama, 2022.

DURAS, Marguerite, *Cuadernos de la guerra y otros textos*, ed. Sophie Bogaert y Olivier Corpet, trad. María Condor, Madrid, Ediciones Siruela, 2006 (2008).

—, *El dolor,* trad. Clara Janés, Madrid, Alianza Editorial, 1985 (2019).

ESCHEBACH, Insa, «Processes of Sacralization at the Former Ravensbrück Concentration Camp», *History and Memory*, 23, 1 (Verano/Primavera 2011), pp. 131-156.

FARALDO, José M., *Contra Hitler y Stalin: La Resistencia en Europa (1936-1956)*, Madrid, Alianza Editorial, 2022.

FRIEDLÄNDER, Saul, *El Tercer Reich y los judíos. Los años de la persecución (1933-1939),* trad. Ana Herrera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997 (2016).

—, ed. *Probing the Limits of Representation: Nazism and the «Final Solution»,* Cambridge, Harvard University Press, 1992.

FRIEDLER, Eric, *Das Schweigen der Quandts*, 2007. Documental.

FRÖHLICH, Uta e Isabel Panek, *Batterien für die Wehrmacht. Zwangsarbeit bei Pertrix 1939-1945. Batteries for the Wehrmacht. Forced Labor at Pertrix 1939-1945,* Berlín, Dokumentationszentrum NS-Zwangsarbeit der Stiftung Topographie des Terrors un die Urheberrechteinhaber, 2015.

GASPAR CELAYA, Diego, «Combatir sin armas. Mujeres españolas al servicio de la Francia Combatiente: 1940-1945», *Historia Social*, n.º 97, 2020, pp. 135-155.

GEBHARDT, Miriam, *Crimes Unspoken. The rape of German Women at the End of The Second World War,* trad. Nick Somers, Cambridge, Polity Press, 2017.

GUÉHENNO, Jean, *Diary of the Dark Years (1940-1944): Collaboration, Resistance, and Daily Life in Occupied Paris,* trad. David Ball. Nueva York, Oxford UP, 1947 (2014).

GILDEA, Robert, *Combatientes en la sombra: La historia definitiva de la resistencia francesa*, trad. Federico Corriente, Madrid, Taurus, 2015.

GLOWACKA, Dorota, «Gender and the Holocaust», en *Lessons and Legacies XIII: New Approaches to an Integrated History of the Holocaust*, ed. Alexandra Garbarini y Paul B. Jaskot. Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2018, pp. 310-334.

HERNÁNDEZ DE MIGUEL, Carlos, *Los campos de concentración de Franco: Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas,* Barcelona, Penguin Random House, 2021.

HELM, Sarah, *If this is a Woman. Inside Ravensbrück: Hitler's Concentration Camp for Women*, Londres, Abacus, 2016.

HUMBERT, Agnès, *La resistencia*, trad. Mario Merlino, Barcelona, RBA, 1946 (2008).

ITURRIOZ, Manuel, *Manuel Iturrioz (1902-1991). Memorias de un luchador*. Inédito.

IZAGIRRE, Ander, *Vuelta al país de Elkano*, Madrid, Libros del K.O., 2022.

JIMÉNEZ DE ABERASTURI, Juan Carlos y Rafael Moreno, *Al servicio del extranjero. Historia del servicio vasco de información de la Guerra Civil al exilio (1936-43)*, Madrid, Editorial Machado, Papeles del Tiempo (15), 2009.

—, *Camino a la libertad,* Donostia, Txertoa, 2019.

JUDT, Toby, *Postwar*: *A History of Europe since 1945,* Londres, Penguin Books, 2006.

KADLECOVÁ, Šárka, «Relating to the Distant Past: Routes of Memory of Women Concentration-Camp Survivors», *Český lid*, vol. 104, n.º 4 (2017), pp. 473-494.

KLEMPERER, Victor, *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1945. Una selección,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022.

KLÜGER, Ruth, *Seguir viviendo*, trad. Carmen Gauger, Zaragoza, Editorial Contraseña, 2008 (2020).

LACOUDE, Rene, *Amicale des déportés du Train Fantôme*, http://www.lesdeportesdutrainfantome.org/index.htm.

LANZMANN, Claude, *Shoah*, trad. Federico de Carlos Otto, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1985 (2025).

LE FOULON, Marie, *Le procès de Ravensbrück. Germaine Tillion: De la verité a la justice,* París, Cherche Midi, 2016.

LERNER, Gerda, *Why History Matters*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

LEVI, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, trad. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Península, 2018.

LEVY, Marc, *Los hijos de la libertad*, trad. Julia Alquézar, Barcelona, Roca Editorial, 2007 (2016).

LORIDAN-IVENS, Marceline, *Y tú no regresaste*, trad. José Manuel Fajardo, Barcelona, Salamandra, 2015.

LOWE, Keith, *Continente salvaje: Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, trad. Irene Cifuentes, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2023.

LUTAUD, Laurent y Patricia Di Scala, *Les naufragés et les rescapés du «Train fantôme»*, París, L'Harmattan, 2003.

MEGARGEE, Geoffrey (ed.), *The United States Holocaust Memorial Museum Encyclopedia of Camps and Ghettos, 1933-1945: Early Camps, Youth Camps, and Concentration Camps and Subcamps under the SS-Business Administration Main Office (WVHA)*, Bloomington, Indiana University Press, 2009.

MÍGUEZ BARCIELA, Aida, *El llanto y la pólis*, Madrid, La oficina, 2019.

MIKELARENA PEÑA, Fernando, «Contrabandistas de ganado y redes de evasión en Navarra durante la guerra civil española», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* vol. 42, 2020, pp. 263-283.

MONMANY, Mercedes, *Algo quedará de mí: Historia de diez heroínas de la Resistencia en el campo de Ravensbrück,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2026.

MORRISON, Jack G., *Ravensbrück: Everyday Life in a Women's Concentration Camp 1939-1945,* Princeton, Markus Wiener Publishers, 2000.

OPHÜLS, Marcel, *Le Chagrin et la pitié*, 1969. Documental.

OTT, Sandra, *War, Judgement, and Memory in the Basque Boderlands, 1914-1945,* Reno, University of Nevada Press, 2008.

OVEJERO, José y Edurne Portela, *Una belleza terrible*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2025.

PAULOVICOVA, Nina, Anna Cichopek-Gajraj y Joana Beata Michlic (eds.), *Shattered Liberation: Sexualized Violence Against Holocaust Survivors, 1943-1946,* Indiana,

Purdue University Press, 2025.

PAXTON, Robert O., *Vichy France: Old Guard and New Order (1940-1944)*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1972.

RESNAIS, Alain, *Nuit et brouillard*, 1955. Documental.

ROBERTS, Mary Louise, *What Soldiers Do: Sex and the American GI in World War II*, Chicago, University of Chicago Press, 2013.

ROIG, Montserrat, *Los catalanes en los campos nazis,* trad. Carme Vilaginés, Barcelona, Ediciones Península, 2017.

ROSADO ORQUÍN, Amalia, *Españolas en los campos nazis*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2024.

ROUSSET, David, *El universo concentracionario*, trad. Michel Mujica, Barcelona, Anthropos, 1965 (2004).

RIDING, Alan, *Y siguió la fiesta: La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, trad. Carles Andreu, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010 (2011).

SCHWARZ, Géraldine, *Los amnésicos: Historia de una familia europea*, trad. Núria Viver Barri, Barcelona, Tusquets Editores, 2019.

SEMPRÚN, Jorge, *Ejercicios de supervivencia*, trad. Javier Albiñana, Barcelona, Tusquets, 2016.

—, *El largo viaje*, trad. Jacquiline y Rafael Conte, Barcelona, Tusquets, 1963 (1994).

—, *La escritura o la vida*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Tusquets, 1995.

—, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, trad. Carlos Pujol, Barcelona, Tusquets, 2011.

SOMMER, Robert, «Camp Brothels: Forced Sex Labor in Nazi Concentration Camps», en *Brutality and Desire: War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Dagmar Herzog, Genders and Sexualities in History (eds.), Basingstoke, Inglaterra; Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, p. 171.

SEGATO, Rita, *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de sueños, 2016.

TILLION, Germaine, *Ravensbruck*, trad. Gerald Satterwhite, Nueva York, Anchor Books, 1975.

TODOROV, Tzvetan, *Hope and Memory*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

—, *Facing the Extreme: Moral Life in the Concentration Camps*, trad. Arthur Denner y Abigail Pollack, Londres, Phoenix, 1997.

VEIL, Simone, *Amanecer en Birkenau*, ed. David Teboul, Valencia, Pretextos, 2022.

—, *Solo la esperanza calma el dolor*, trad. Lydia Vázquez, Barcelona, Lumen, 2025.

—, *Una vida*, trad. Mateo Schapire, Madrid, Clave Intelectual, 2011.

WALLACH SCOTT, Joan, *In the Name of History,* Budapest, Central European University, 2020.

WACHSMANN, Nikolaus, *KL. A History of the Nazi Concentration Camps,* Nueva York, Little & Brown, 2015.

WIESEL, Elie, *Night*, trad. Marion Wiesel, Nueva York, Hill and Wang, 1958 (2011).

ZGUSTOVA, Monika, *Soy Milena de Praga*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2024.

Índice

A ti, que entras en estas páginas
I. Una historia que es la mía pero que no conozco
II. Todo ello en medio del mayor silencio
III. No fuimos simples auxiliares, fuimos combatientes
IV. Entonces llegó el día terrible
V. No llegaréis, no llegaréis
VI. Hoy, no estoy segura de que lo que escribí sea verdad. Estoy segura de que es verídico
VII. Una pequeña villa llena de flores
VIII. Todo lo que nos envolvía era terror
IX. La piel de mis manos se quemaba, enrojecía y reventaba
X. Esperábamos órdenes para morir
XI. Les decíamos que estábamos agotadas, que nos dejaran en paz
XII. Tengo ganas de comer chuletas con fideos
XIII. Al volver, quise un hijo
XIV. Se preguntaba si el sacrificio mereció la pena
XV. Los muertos nos ponen tareas
Agradecimientos
Obras citadas o consultadas